

COLECCIÓN CLÁSICOS UNIVERSALES

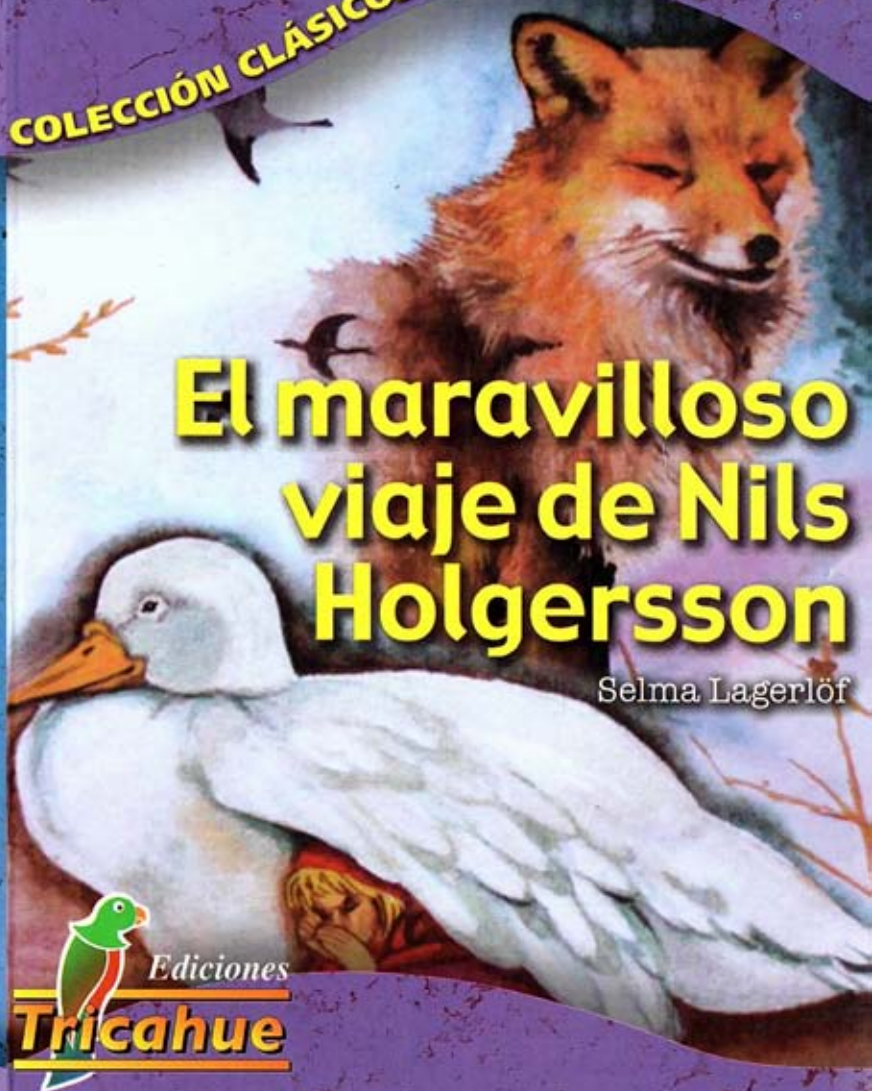


Colección
Clásicos
Universales

Selma Lagerlöf

Novelista y premio Nobel sueca, autora de gran cantidad de novelas y narraciones breves sobre la vida cotidiana y la historia de su país. Nació en Marbacka y, entre 1885 y 1895, fue maestra en una escuela de Landskrona. Sus primeros dos libros La leyenda de Gosta Berling (1891), y Lazos invisibles (1894). En 1896 se dedica a la literatura ya que la Corona le concedió un estipendio anual a perpetuidad. Selma Lagerlöf recibió el Premio Nobel de Literatura en 1909. El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia (1907), su libro más conocido mundialmente, fue un encargo de las autoridades escolares para que escribiera un libro de texto para todas las escuelas en las que se contara la vida y la historia de Suecia.

Ediciones
Tricahue



El maravilloso viaje de Nils Holgersson

Selma Lagerlöf

Ediciones
Tricahue

{ El maravilloso viaje } de Nils Holgersson

SELMA LAGERLOF



EL DUENDE

Domingo 20 de marzo

Erase un muchacho de no más de catorce años, alto, piernilargo, de cabellos rubios como el cáñamo. Pero el chico no servía para nada. Dormir y comer eran sus ocupaciones favoritas; era también muy dado a juegos en los que demostraba ciertas inclinaciones perversas.

Un domingo, sus padres se disponían a ir a la iglesia; el muchacho, sentado sobre un ángulo de la mesa, se regocijaba al verles a punto de partir, pensando en que iba a ser dueño de sí durante un par de horas.

–Cuando se vayan –pensaba– podré descolgar la escopeta y hacer un disparo sin que nadie se meta conmigo.

Se hubiera dicho que el padre adivinaba las intenciones del muchacho, pues en el momento de salir se detuvo y dijo:

–Ya que no vienes al templo, podrías leer en casa los sermones. ¿Lo harás?

–Lo haré, si usted quiere –dijo, sin pensar hacerlo.

El padre lo miró cazarmente y agregó:

–A mi vuelta te preguntaré por cada una de las catorce páginas.

Por fin partieron. Desde la puerta vio el muchacho como se alejaban. Sus padres eran modestos terratenientes. Cuando se instalaron apenas si les bastaba para el sustento de un cerdo y un par de gallinas. Duros y activos, habían logrado reunir algunas vacas y patos.

El muchacho comprendió que tendría que obedecer a su padre. Se acomodó en el sillón y estuvo leyendo a media voz, hasta que se adormeció.

Hacía un tiempo magnífico, y la primavera había partido ya francamente.

El muchacho leía, se amodorraba y daba cabezadas, y acabó por dormirse.

—¿He dormido mucho tiempo o sólo unos instantes? —se preguntó al despertarle un ligero ruido que oyó a sus espaldas.

En el alféizar de la ventana, frente a él, descubrió un lindo espejito, en el que se reflejaba casi toda la habitación. Y quedó atónito al ver, por él, que la tapa del cofre de su madre había sido levantada. La madre poseía un gran cofre de roble, pesado y macizo, que nunca dejó abrir a nadie. Allí conservaba todas las cosas que heredara de su madre y que tenía en mucha estima.

El muchacho no comprendía cómo había sido esto posible.

Sintió que se apoderaba de él un gran malestar. Temía que un ladrón se hubiera deslizado en la casa. Inmóvil, miraba fijamente al espejo. Se sentía atemorizado en espera de que el ladrón se presentara, cuando le extrañó ver cierta sombra negra sobre el borde del cofre. Poco a poco fue precisándose lo que al principio no era más que una sombra y no tardó en darse cuenta de que la sombra era ni más ni menos que un pequeño duende sentado a horcajadas en el canto del cofre.

El muchacho ciertamente había oído hablar de los duendes, pero jamás pudo imaginar que fuesen tan pequeños. No tendría mayor altura que el ancho de la mano. En verdad no se asustó del duende; no creía del caso tener miedo de cosa tan pequeña.

Su valor no llegaba hasta el extremo de atreverse a coger el duende con sus manos, por lo que se dedicó a buscar con la vista y al fin clavó

sus ojos en una red para cazar mariposas que había en lo alto de la ventana.

Distinguirla y cogerla fue todo uno, y enarbolándola corrió hacia el cofre, y su satisfacción no tuvo límite al ver que el duende quedó preso en la red.

En el primer momento el muchacho no supo qué hacer con su presa. Agitaba la manga hacia uno y otro lado para que evitar que el duende trepase.

Cansado el duende de tanta danza, le habló para suplicarle que lo soltara. Si le dejaba en libertad le daría una antigua moneda de plata, una cuchara del mismo metal y una moneda de oro grande como la tapa del reloj de su padre.

El muchacho no encontró muy generoso el ofrecimiento; pero le tomó miedo al duende después de tenerle en su poder. Así es que no tardó en acceder a la proposición y levantó la manga para que pudiera salir. Pero en el momento en que su prisionero estaba a punto de recobrar la libertad se le ocurrió que podía exigirle muchas cosas.

—¡Qué tonto hubiera sido dejarle escapar! —se dijo. Y se puso de nuevo a agitar la manga

Pero en este mismo instante recibió una bofetada tan formidable que su cabeza pareció que iba a estallar. Primero fue a dar contra una pared, después contra la otra, y, por último, rodó por los suelos donde quedó aturdido.

Cuando recobró el conocimiento no había rastro del duende. La tapa del cofre estaba cerrada, la manga pendía junto a la ventana. De no sentir el dolor de la bofetada en la mejilla, hubiera creído que todo era un sueño.

—Sea lo que sea —murmuraba—, mis padres serán los primeros en afirmar que todo ha sido un sueño. Seguramente no me perdonarán lo del

sermón a causa de lo sucedido. Por lo tanto, lo mejor es que me ponga a leer de nuevo.

Se dirigió hacia la mesa cuando de repente observó algo extraño. No era posible que la casa se hubiera hecho más grande. ¿Pero cómo podía explicarse de otro modo la gran distancia que tenía que recorrer para llegar a la mesa? ¿Y qué le pasaba a la silla? Para sentarse debió subir hasta el primer travesaño y ascender así hasta el asiento. Lo mismo ocurría con la mesa, cuya superficie no podía ver sino trepándose al brazo del sillón.

—¿Qué es esto? Parece que el duende embrujó toda la casa.

El sermulario continuaba abierto sobre la mesa; pero algo extraordinario ocurría allí cuando para leer tenía que ponerse de pie sobre el mismo libro.

Levantó la cabeza. Miró el espejo y exclamó en alta voz:

—¡Otro!

En el espejo veía claramente un hombrecito, muy pequeño con gorro y pantalón de cuero semejantes a los suyos, de pie.

—Viste exactamente como yo —gritaba, juntando las manos con la mayor sorpresa. Entonces el hombrecito del espejo hizo el mismo ademán.

El muchacho se tiraba de los cabellos, se pellizcaba, hacía piruetas y el chico del espejo reproducía con exactitud sus movimientos.

Rápidamente le dio una vuelta al espejo para ver si había alguien oculto tras él; pero no vio a nadie. Entonces se puso a temblar porque comprendió que la imagen que reflejaba el espejito no era otra que la suya propia

LOS PATOS SILVESTRES

El muchacho no podía convencerse. —Esto no puede ser más que un

sueño o una ilusión —pensaba—. Hay que esperar un poco y volveré a ser humano.

Se puso ante el espejo y cerró los ojos. Transcurridos algunos minutos volvió a abrirlos; continuaba siendo tan pequeño como antes. Era inútil esperar. Lo mejor era buscar al duende y ver modo de hacer las paces con él.

Saltó a tierra y se puso a buscarle. Miró por detrás de las sillas y los armarios, bajo la cama y en el horno.

Todas estas pesquisas iban acompañadas de llantos, súplicas y promesas de todo género; nunca más faltaría a su palabra, jamás se dormiría durante el sermón. Pero era inútil prometer, de nada le servía.

En esto recordó de pronto haber oído decir a su madre que los duendes tienen la costumbre de esconderse en el establo; y hacia allí se dirigió.

Sobre la vieja grada de roble que había ante la puerta, saltaba un pajarillo que comenzó a piar y gritar apenas descubrió al muchacho.

—¡Tuit-tuit! ¡Miren a Nils, el guardador de patos, más pequeño que un liliputiense! ¡Miren a Nils Holgersson, Pulgarcito!

Los patos y las gallinas se volvieron rápidamente hacia Nils, promoviendo un alboroto con sus cloqueos y cacareos verdaderamente formidables.

Los patos se reunieron apretándose los unos contra los otros, alargando sus cabezas al mismo tiempo y preguntando:

—¿Quién habrá podido hacer esto? ¿Quién lo habrá podido hacer?

Lo más maravilloso era que el muchacho podía comprender el lenguaje de los animales.

—Comprendo el lenguaje de las aves y los pájaros— se decía—, porque he sido transformado en duende.

Le parecía insoportable que las gallinas no cesaran de repetir a gritos

pelado que estaba bien hecho. Todas ellas corrieron hacia él y, rodeándolo, se pusieron a cacarear. ¿El muchacho intentó escapar, pero las gallinas le persiguieron gritando hasta volverle sordo. No hubiera podido desprenderse de ellas fácilmente de no presentarse en ese momento el gato de la casa. Al verle callaron las gallinas y fingieron dedicarse únicamente a escarbar la tierra.

El chico corrió hacia el gato. –Mi pequeño Minet –le dijo–, ¿dónde podré encontrar al duende?

Era un gran gato negro con el pecho blanco. Sus pelos brillaban al sol. Sus uñas estaban recogidas. Su aire era de mansedumbre.

–Yo sé muy bien dónde está el duende –dijo con una voz muy dulce– pero crees que te lo voy a decir?

–Mi querido Minet, es preciso que me ayudes. ¿No ves lo que me pasó?

–¿Quieres que te ayude para agradecerte las muchas veces que me has tirado el rabo?

–¡Y podría tirarte todavía de él! –y diciendo esto se dirigió hacia el gato.

El muchacho dio un paso hacia adelante. Entonces el gato saltó sobre el muchacho, lo arrojó al suelo y quedó sobre él con las patas delanteras sobre su pecho y la boca abierta, a punto de morderle en la garganta.

El muchacho creyó llegada su última hora. Transcurrido un momento vio como le abandonaba sin hacerle nada más.

–Esto me basta –dijo entonces el animal.

El muchacho estaba tan corrido y avergonzado, que optó por marcharse hacia el establo en busca del duende.

En el establo sólo había tres vacas, pero cuando llegó el muchacho se desencadenó tal estruendo que parecían treinta. Lanzaban coces, agitaban sus rabos y movían sus cabezas amenazando cornearle.

–Acércate un poco –gritaba una de ellas– y te daré una patada que no olvidarás en mucho tiempo.

–Ven aquí, aproxímate un poco y sabrás lo que yo sentía cuando en el verano último me tirabas tus zuecos –rugía otra.

–Ven y te haré pagar la avispa que me metiste en la oreja –bramó la tercera.

El muchacho hubiera querido decirles que deploraba el haber sido tan malvado con ellas, que se arrepentía para siempre y que no volvería a hacerles nada si accedían a decirle dónde estaba el duende; pero las vacas armaban tal alboroto y se agitaban tan violentamente que tuvo miedo de que llegaran a soltarse, y juzgó que lo más prudente era salir del establo. Ya en el corral, se sintió terriblemente desalentado. Nadie parecía dispuesto a ayudarle a encontrar al duende.

Después de reparar por la pared que cercaba la granja se sentó para reflexionar. Esto le aterraba ¡Qué desgracia la suya! Poco a poco comenzaba a darse cuenta de lo que representaba el no volver a ser humano. En adelante no podría jugar con otros niños, no podría hacerse cargo de las propiedades de sus padres, ni podría encontrar ninguna joven que quisiera ser su esposa.

Ahora contemplaba su casita. Era una pequeña cabaña que parecía hundirse en la tierra bajo el peso de su techumbre de paja, y los cuadros de cultivo tan reducidos, que un caballo apenas sí tendría espacio para dar la vuelta; pero por muy pequeña y pobre que fuese, aún era demasiado buena para él. No tenía derecho a pedir otra vivienda que un agujero en la cuadra.

Hacía un tiempo maravillosamente hermoso. Se oía el murmullo del agua en los regatos, las ramas echaban sus hojas, los pájaros piaban alegres. Y, volando a baja altura, los patos silvestres regresaban de su migración invitando burlescamente a los patos domésticos: – ¡Venid con nos-

otros! ¡Vamos hacia las montañas felices! ¡Venid con nosotros!

Un pato joven, infundido de vivos deseos de partir volando, dijo: –Si pasa otra bandada me iré con ella

Pasó otra bandada. El pato desplegó sus alas y se elevó en el aire, pero tenía tan poca costumbre de volar que cayó desde lo alto.

El muchacho lo vio desde el sitio en que se hallaba oculto.

–¡Qué dolor si el pato joven llegara a escaparse! Mis padres tendrían una gran pena al volver de la iglesia.

Olvidando que era pequeño, saltó en medio de los patos y echó sus brazos al cuello del ave para sujetarle.

–Tú te quedarás aquí, ¿me oyes? –gritaba.

Pero en aquel preciso momento el pato hendió los aires como si una fuerza extraña le impulsara al vuelo. No pudo detenerse y se llevó al muchacho.

La ascensión fue rápida y el vértigo se apoderó del chiquillo; pero ya estaba tan alto que se hubiera matado al caer. No le quedaba otro remedio que montar sobre el pato, lo que logró a costa de no poco riesgo. Tampoco era fácil sostenerse sobre las espaldas lisas, entre las alas batientes. Tuvo que hundir sus manos en las plumas para no rodar por el espacio.

LA TELA A CUADROS

Durante mucho rato el muchacho experimentó vértigos. Los ojos deslumbrados y los oídos ensordecidos, cuando pudo reponerse comprendió que debía intentar saber adóndeiba. Pero ¿cómo atreverse a mirar hacia abajo?

El muchacho tuvo, por fin, suficiente valor para lanzar una mirada hacia tierra. Quedó sorprendido al ver extendido allá abajo un lienzo

parecido a un gran mantel, dividido en un sinnúmero de grandes y pequeños cuadros.

–¿Qué será esa gran pieza de tela de cuadros? –decía para sí el chiquillo, sin esperar respuesta.

Pero los patos silvestres que volaban a su alrededor le respondieron:

–Campos y prados. Son campos y prados.

Entonces comprendió que la tela a cuadros era la llanura de Escania sobre la cual volaban. El muchacho no pudo menos que reír, pero al oírlo los patos silvestres, le gritaron en tono de reproche:

–País bueno. País bueno y fértil.

El muchacho vio más de la Escania en ese día que durante todos los años de su vida.

Cuando los patos silvestres encontraban patos domésticos, es cuando mejor lo pasaban. Deteniendo mucho su vuelo gritaban:

–Vamos camino de las montañas. ¿Quieren venir? ¿Quieren venir?

Pero los patos domésticos, respondían:

–Todavía es invierno en el país. Han llegado demasiado temprano.

Escuchando estas cosas el muchacho reía. Después lloraba al recordar su desgracia, para reír de nuevo un poco más tarde. Nunca había viajado con tan vertiginosa rapidez; siempre había tenido la ilusión de montar a caballo para correr desenfrenadamente; pero jamás imaginó que el aire fuese allá en lo alto de tan deliciosa frescura ni que se aspiraran tan olorosas fragancias, emanadas de la tierra humedecida y de los pinares resinosos.

¡Esto era como volar por encima de las penas!

LA TARDE

El pato joven que se había lanzado tras los patos silvestres, se sentía

muy orgulloso de recorrer el país en su compañía, pero al sobrevenir la noche comenzó a sentirse fatigado; pese a sus esfuerzos se fue quedando rezagado.

Cuando los patos que volaban en último término advirtieron que no podían seguirles, dijeron a gritos al guía de la bandada, que volaba en el vértice del ángulo que los patos formaban: –¡Okka!, ¡Okka!

–¿Qué ocurre?

–El pato se ha quedado atrás.

–Díganle que es más fácil volar rápida que lentamente –contestó Okka, sin dejar de volar como antes.

El pato procuró seguir el consejo y aumentar la rapidez de su vuelo, pero pronto descendió casi al nivel de los sauces.

–¡Okka, Okka! –gritaron nuevamente los que iban a retaguardia y veían los penosos esfuerzos del pato blanco.

–¿Qué sucede ahora? –preguntó el jefe de la bandada, en tono colérico.

–El pato blanco va a morir; el pato blanco va a morir.

–Díganle –contestó el guía de la bandada –que el que no pueda seguirnos debe volverse a su casa

Y todos siguieron volando sin moderar la marcha

–Ah, muy bien –se dijo el pato. Acababa de comprender que los patos silvestres no habían pensado nunca en llevarle a la montaña. Sólo se burlaban de él. De repente, la partícula de hombre que llevaba sobre sus espaldas, le dijo: –Mi querido pato Martín, comprende que ha de serte imposible, ya que no has volado nunca, seguir a los patos silvestres. ¿No sería mejor que volvieras a casa antes de sufrir algún daño?

El pato tenía horror al hijo de la casa, a este mal bicho que llevaba a cuestas. Así es que apenas oyó que el muchacho le creía incapaz de llegar al término del viaje, optó por decirle:

–Si añades una palabra más te arrojo en la primera laguna que encontremos.

Y la cólera le dio energías para volar casi tan bien como los otros.

El sol descendía rápidamente y los patos volaban veloces. Antes de que hubieran podido darse cuenta, el muchacho y el pato se encontraron en las orillas de un lago.

–Aquí pasaremos la noche –se dijo el muchacho, saltando del lomo del pato

Estaba sobre una estrecha faja de arena; ante él se extendía un lago de aspecto poco tranquilizador, cubierto casi por completo por una capa de hielo oscuro, agrietado y lleno de agujeros, como suele estar en la primavera.

Tenía hambre ya que no había comido en toda la jornada. ¿Dónde encontrar algo nutritivo? ¿Quién le daría albergue? ¿Quién le calentaría en su refugio? ¿Quién le protegería de las bestias salvajes?

Advirtió entonces que el pato estaba aún mucho peor. No se había movido del sitio donde cayera y parecía próximo a morir.

–Querido Martín, procura beber un poco de agua; el lago está a dos pasos. Pero el pato no hizo el menor movimiento.

El muchacho comprendía que el pato era su único apoyo y temía perderle. Sacando fuerzas de flaqueza quiso arrastrarle al lago. Martín era grande y el muchacho se vio en apuros para conseguirlo. Al fin, salió con la suya.

Martín cayó en el lago, de cabeza. Durante un instante permaneció inmóvil, sumergido en el limo; pero pronto irguió su cabeza, sacudió el agua que le cegaba y respiró. Seguidamente se puso a nadar entre los juncos y los cañaverales y tuvo la suerte de descubrir una pequeña trucha. La cogió rápidamente, nadó con ella hacia la orilla y se la ofreció al muchacho.

–Te agradezco que me hayas arrojado al agua –le dijo.

Era la primera palabra amistosa que le decían en todo aquel día, y se puso tan contento que hubiera querido saltar al cuello del pato. En un principio juzgó imposible comer un pescado crudo, pero acabó por hacerse el ánimo.

–Se ve que no soy un ser humano, sino un verdadero duende .

Mientras el chiquillo comía, el pato permanecía silencioso y sin apartarse de su lado. Después del último bocado, le dijo en voz baja:

–Estamos en una bandada de patos silvestres que desprecian a los patos domésticos, y sería para mí motivo de orgullo poderles seguir hasta la Laponia... Te pido que me acompañes para que nos ayudemos uno al otro. En ese momento, los patos silvestres se acercaban. Eran menores que los patos domésticos, grises con rayas oscuras, con ojos amarillos que brillaban como si tras ellos hubiese fuego. Martín apenas tuvo tiempo para decirle a Nils: –Ten ánimo para contestar, pero no digas quién eres.

Habían llegado ya. Los patos silvestres saludaron doblando el cuello varias veces, y el pato hizo otro tanto, aunque más lentamente. Terminados los saludos, preguntó el guía:

–Quisiéramos saber quién eres.

–No puedo decir muchas cosas de mí –respondió el pato.

–Respondes valerosamente a las preguntas y el que es bravo puede llegar a ser buen compañero, aunque sea torpe al principio. ¿Y si te invitásemos a permanecer unos días entre nosotros, hasta ver de lo que eres capaz?

–Acepto muy gustoso –respondió el pato con satisfacción.

Okka descubrió en esto al muchacho. –¿A quién llevas contigo? Jamás he visto un ser como ese.

–Es mi compañero de viaje –dijo Martín-. Ha sido guardián de patos toda su vida. Creo que podría sernos útil.

Al oír estas palabras el muchacho adelantó un paso resueltamente.

–No oculto quien soy. Me llamo Nils Holgersson y soy hijo de un terrateniente. Hasta hoy he sido humano pero esta mañana...

No pudo continuar. Apenas hubo dicho que era humano, todos ellos extendieron el cuello y silbaron furiosos:

–Eso es lo que sospeché –exclamó Okka-. Vete. No toleramos la presencia de un humano entre nosotros.

Pero Martín se interpuso a su favor –No es posible que ustedes tengan miedo de un ser tan pequeño. Mañana volverá a su casa seguramente.

El pato silvestre se aproximó entonces, pero con visible desconfianza.

–He aprendido a temer todo cuanto sea humano, pero si tú respondes de que no nos hará daño alguno, puede quedarse.

Después de pronunciar estas palabras voló hacia el hielo, seguido de los otros patos silvestres, uno tras otro.

–Esto va de mal en peor, pato. Vamos a morir de frío sobre el hielo.

Pero Martín era valeroso. –No hay ningún peligro. Te ruego que recojas toda la hierba y la paja que puedas.

Cuando el muchacho hubo recogido una buena cantidad de hierba seca, le cogió el pato por el cuello de la camisa y voló con él hacia el hielo, donde los patos silvestres, puestos de pie, dormían ya con la cabeza bajo el ala

–Ahora extiende la hierba sobre el hielo para que haya algo debajo que nos impida helarnos –dijo el pato.

El muchacho obedeció y cuando hubo terminado el pato le tomó por el cuello de la camisa y le guareció bajo una de sus alas.

–Creo que así estarás caliente –dijo apretando el ala.

El muchacho se hallaba tan tapado que no pudo contestar; en efecto, estaba muy calentito, y como su fatiga era grande se durmió en un momento.

LA NOCHE

Es verdad que el hielo es pérfido y es error fiarse de él. Ya mediada la noche, la capa de hielo flotante cambió de sitio y fue a estrellarse contra la orilla. Sucedió entonces que Esmirra, la zorra que había descubierto desde la tarde del día anterior la presencia de los patos silvestres, no abrigaba la esperanza de poder atrapar a ninguno.

Al verles ahora al alcance de sus garras, corrió hacia ellos, pero habiendo dado un tropezón, sus uñas hicieron ruido sobre el hielo y los patos despertaron y batieron sus alas dispuestos a emprender el vuelo; pero Esmirra dio un salto, logró coger a uno por el ala y huyó con él hacia tierra.

Pero los patos silvestres no estaban solos aquella noche; entre ellos había un hombre, aunque pequeño. El muchacho despertó cuando Martín abrió sus alas. Al caer se encontró de repente sobre el hielo, no llegando a comprender los motivos de esta alarma hasta que vio un perro, que procuraba huir con un pato entre sus dientes.

El muchacho se precipitó tras él dispuesto a liberar al pato, y oyó como Martín le gritaba: "¡Cuidado, Pulgarcito! ¡Mucho cuidado!".

Pero a pesar de la oscuridad de la noche, el muchacho ahora tenía ojos de duende que le permitían ver en las tinieblas y distinguir perfectamente como si fuera pleno día, las aguas del lago y las orillas.

Esmirra, la zorra, salió del hielo por la parte que comunicaba con la tierra, dispuesta a escalar la pendiente de la orilla, cuando oyó que le decían: "¡Deja el pato, canallal ¡Qué perro tan desvergonzado!".

Esmirra se dio cuenta de que su agresor era un ser inofensivo, dejó el pato en tierra, sujetándole con las dos patas delanteras, y se preparó a cortar el pescuezo; pero no resistió a la tentación de asustar un poco al muchacho.

—Ve con tus lamentaciones ante tu amo, porque voy a matar al pato —le dijo.

El muchacho agarró fuertemente la cola de su enemigo, apoyándose en una raíz de haya, y en el momento en que la zorra abría sus fauces para cortar la garganta del pato, tiró bruscamente con todas sus fuerzas. La sorpresa de Esmirra fue tan grande, que no pudo evitar retroceder un par de pasos, por lo que el pato silvestre recobró su libertad, emprendiendo el vuelo con alguna pesadez, por tener herida una de sus alas de la que apenas si podía servirse.

Esmirra dio un salto para atrapar al muchacho: —Si uno ha logrado escapar, todavía me queda otro —dijo con voz que la rabia hacía temblorosa

—¿Lo crees tú? Pues te equivocas —contestó el muchacho, envalentado por su triunfo y sin soltar el rabo de la zorra.

Y comenzó una danza loca en medio del bosque y entre torbellinos de hojas secas. Esmirra daba vueltas en redondo, su rabo agitábase con violencia y el muchacho no se soltaba por nada del mundo. Súbitamente soltó el rabo de la zorra y comenzó a trepar por el tronco de un pequeño arbolito.

Tal era su ardor que Esmirra no se dio cuenta de inmediato lo sucedido y continuó dando vueltas.

—No bailes más —gritó el muchacho.

Esmirra, que no podía soportar la vergüenza de haber sido chasqueada, se echó al pie del arbolillo dispuesta a darle guardia todo el tiempo necesario. El muchacho estaba incómodamente encaramado sobre una rama. Pronto quedó transido de frío y sin fuerzas casi para mantenerse en su puesto; también tuvo que luchar contra el sueño, por temor a caer.

Por fin, amaneció. Todo adquiría su aspecto ordinario, aunque hacía más frío. Cuando apareció el sol, no era amarillo, sino rojo.

De la parte del lago llegaron los gritos de los patos que se preparaban a volar. Un momento después pasaban los catorce patos por encima del bosque. Nils comenzó a llamarles, pero volaban a demasiada altura; su voz no llegaba hasta los patos que, al parecer, no pensaban ya ni en buscarle.

EL JUEGO DE LOS PATOS

Lunes 21 de marzo

En el bosque no pasó nada durante el tiempo que los patos necesitaron para el desayuno, pero ya al finalizar la mañana pasó bajo la espesa techumbre del ramaje un pato silvestre solitario. Avanzaba despacio. Parecía buscar lentamente su camino entre los troncos y la enramada. Apenas lo vio Esmirra abandonó el puesto que ocupaba junto a la joven haya y se deslizó en su persecución. El pato no se alarmó ante su presencia y continuó volando lo más cerca posible de ella. Esmirra dio un salto para alcanzarle pero no pudo, y el pato prosiguió su vuelo hacia el lago.

Un momento después apareció otro pato. Seguía el mismo camino que el primero y volaba todavía más bajo y más despacio. Pasó también casi rozando a la zorra, y ésta dio un gran salto cuando le creyó al alcance de sus dientes, sin otro resultado que rozar las patas del perseguido.

Transcurrido un instante paso otro pato silvestre, que volaba más bajo y más lentamente y al que parecía serle muy difícil encontrar su camino entre los troncos de las hayas. Esmirra dio un salto; un dedo más y le hubiese atrapado. Esta vez también se salvó el pato que voló hacia el lago. Apenas hubo desaparecido se presentó el cuarto pato, que volaba tan a ras del suelo y despaciosamente que Esmirra pensó que era cosa fácil el darle caza; sin embargo, temió fracasar de nuevo y resolvió dejarle pasar para asegurar el golpe. Siguiendo el mismo camino de los otros,

llegó junto a Esmirra, que al verle tan bajo no resistió a la tentación de saltar sobre él. Lo rozó una de las patas, pero el pájaro esquivó el cuerpo tan oportunamente que pudo salvarse.

Cuando aun no había tenido tiempo ni para respirar vio que se aproximaban otros tres patos. Estos hicieron lo mismo que los demás, y Esmirra saltó sobre ellos, vanamente también. Después fueron cinco los que aparecieron. Volaban mejor que los otros y aunque tentaron a Esmirra con su proximidad, les dejó pasar sin pretender atraparles.

Transcurrió un momento y apareció un pato solo, el décimo tercero. Parecía no poderse valer de una de sus alas y volaba penosamente de lado. A veces casi llegaba a tocar el suelo. Esmirra prefirió correr y saltar persiguiéndolo hasta llegar junto al lago, mas tampoco pudo esta vez salirse con la suya.

El pato que hacía catorce ofreció un bonito espectáculo. Era todo blanco; se hubiera dicho que un rayo de luz atravesaba el sombrío bosque cuando agitaba sus grandes alas. Esmirra juntó todas sus fuerzas y dio un salto; pero el pato blanco escapó sano y salvo. Hubo un momento de tranquilidad bajo las hayas. Esmirra recordó de súbito a su prisionero y elevó sus ojos hacia el árbol. El pequeño Pulgarcito ya no estaba allí.

Esmirra no pudo lamentarse mucho tiempo de su pérdida, porque el primer pato volvía del lago, volando lentamente bajo el ramaje. A pesar de su reciente mala suerte, Esmirra se lanzó en su persecución; pero fracasó al dar el salto final por no haber calculado la distancia.

Después de este pato regresaron el segundo, el tercero, el cuarto, el quinto, hasta que acabó la serie con el desfile del viejo pato de un gris de acero y el gran pato blanco. Todos llegaron muy lentamente y a poca altura y en el instante en que se hallaban encima de Esmirra aun descendían más, como para invitarla a saltar. Y Esmirra saltaba y daba brincos y se lanzaba en su persecución, pero sin tocar uno solo.

Fue la peor jornada que Esmirra pudo tener en todos los días de su vida. Los patos silvestres iban y venían y volvían a pasar sin que ella pudiese dar caza a uno solo para aplacar el hambre que sentía.

Esmirra no era una zorra joven. Había burlado repetidas veces la persecución de las jaurías y oído el silbido de las balas. Permaneció oculta en el fondo de su madriguera, mientras los podencos rastreaban los hoyos subterráneos, próximos a darle caza. Pero la angustia que experimentaba durante estas persecuciones, no era comparable a la que sentía ahora, cada vez que fracasaba en sus intentos.

Por la tarde Esmirra fue víctima de una especie de delirio provocado por el cansancio. Por todas partes veía patos volando. Saltaba sobre las manchas de sol que había en el suelo y sobre una mariposa recién salida de su crisálida.

A todo esto los patos silvestres no dejaban de volar por el bosque y de atormentar a Esmirra, que no les inspiraba ninguna piedad, a pesar de que aparecía aniquilada, temblorosa, loca. Y allí continuaban aún comprendiendo que Esmirra casi no podía verles, pues saltaba sobre las sombras que los patos proyectaban en tierra.

Cuando Esmirra cayó desvanecida sobre un montón de hojas secas, impotente, a punto de expirar, se decidieron los patos a abandonar su juego.

–Zorra, escucha bien: de hoy en adelante recordarás lo que cuesta atacar a Okka y su bandada –gritaron en su oreja, dejándola al fin.

EN EL PARQUE

Durante el día que los patos destinaron a jugar con la zorra, estuvo durmiendo Nils en un nido de ardillas abandonado. Cuando despertó, ya casi de noche, estaba muy inquieto. “Me llevarán a casa de noche y no

podré evitar la presencia de mi padre y de mi madre”, pensaba.

Los patos despertaron al apuntar la claridad del día, mucho antes de salir el sol, y luego de alimentarse emprendieron vuelo sin decirle una palabra.

Cuando a la hora matinal pasaron los patos por encima de un castillo, no se habían levantado aún sus moradores. Bien seguros de ello, descendieron hasta la garita del perro, y gritaron: –¿Cómo se llama esta pequeña cabaña?

El perro guardián se precipitó fuera de su refugio, ladrando hacia el cielo.

–¡Esta no es una pequeña cabaña, es una mansión señorial!

–Nosotros no nos referimos a la casa grande – respondieron riéndose los patos–. Nos referimos a la casucha en que vives tú.

Los patos silvestres prosiguieron su vuelo, no tardando en descender sobre uno de los grandes campos situados al este del castillo para picotear los granos caídos entre las hierbas, lo que les ocupó algunas horas. Durante este tiempo, Nils se dedicó a buscar algún fruto entre los avellanos.

Mientras erraba por el parque, el viejo pato que guiaba a la bandada se aproximó al muchacho para preguntarle si había encontrado qué comer. El pato se decidió a cortar con su pico otros frutos que el Nils comió con deleite.

Cuando los patos silvestres hubieron jugado bastante, se marcharon a descansar sobre el hielo que cubría el lago. Antes de dormirse, Nils enumeró mentalmente todas las ventajas que le reportaría seguir a los patos. No le regañarían; podría gandulear y su único cuidado estribaría en encontrar qué comer; pero como ahora necesitaba tan poquita cosa, no sería muy difícil.

Ese día amaneció como todos. Los patos se solazaban recorriendo la

extensión de los campos y el muchacho cruzaba el bosque para encontrar qué comer. Al rato Okka fue en su busca para informarse de si había comido algo, y al decirle que no, le ofreció una espiga que conservaba todos sus granos.

Cuando los hubo comido, Okka le aconsejó que anduviese con mucho cuidado por el bosque. Cuando se paseara por el parque debía precaverse contra la zorra y la marta; en la orilla del mar debía precaverse de las nutrias; si se sentaba contra alguna pared no debía olvidar a la comadreja, que se oculta en los agujeros e intersticios más pequeños; antes de acostarse sobre algún montón de hierba haría bien observando si ocultaba alguna víbora que pasara allí su sueño de invierno. Una vez en campo descubierto debería espiar la presencia de los gavilanes y los buitres, de las águilas y los halcones que cruzan los aires. Al hallarse al abrigo de un avellano corría el riesgo de ser apresado por un gavián; las urracas y los cuervos saltaban a cada paso, y la prudencia aconsejaba no fiarse de ellos, y por las noches debía ser todo oídos para adivinar la aparición de los búhos y mochuelos que vuelan tan silenciosamente que aun estando a su lado no se les percibe.

Oyendo hablar de tantos seres que constituían un peligro para su vida, pensaba Nils cuán imposible le sería escapar a sus acechanzas, por lo que le preguntó a Okka qué debía hacer para protegerse. Okka le aconsejó que se congraciara con los pequeños animales silvestres, las ardillas, las liebres, los gorriones, las alondras... Si llegaba a ser amigo de ellos podría advertirle de los peligros, procurarle escondrijos y unirse para su defensa.

Pero cuando aquella misma tarde, siguiendo este consejo, se dirigió a Sirle, la ardilla, en demanda de protección, ésta se negó a concedérsela.

—No esperes nada de mí ni de los otros pequeños animales —le dijo—. ¿Crees que no sé que tú eres Nils? El último año destruiste los nidos de

las golondrinas, rompiste los huevos de los estorninos, dejaste en libertad a los pequeños cuervos y los llevaste a la balsa, cazaste mirlos con cepo y encerraste ardillas en las jaulas. ¡Cuídate tú solo!

Tal respuesta no la hubiera dejado pasar impunemente en otro tiempo, cuando todavía era Nils, el guardador de patos; pero, ahora, era grande su temor a que los patos silvestres averiguaran lo malo que había sido siempre para los animales. El miedo a ser enviado a casa no le había dejado cometer la más pequeña travesura desde que iba con ellos. Es verdad que siendo tan pequeñito no estaba en condiciones de cometer muchos males. Había sido bueno, no había arrancado ni una sola pluma de las alas de los patos, ni había dado a nadie una respuesta inconveniente; y cada mañana al darle los buenos días a Okka, la había saludado sacándose respetuosamente la gorra.

Todo el día lo pasó imaginando qué cosa podría hacer para que los patos se lo llevaran hasta la Laponia. Por la tarde, al saber que la compañera de Sirle había sido cazada y que sus pequeñuelos estaban a punto de morir de hambre, se resolvió a correr en su ayuda.

Al día siguiente, al llegar al parque, oyó cantar por todas partes a los pinzones que saltaban de rama en rama y referir con sus pidos cómo había sido cazada la mujer de Sirle, y como Nils, el guardador de patos había desafiado los peligros de los hombres y le había llevado a los pequeñuelos.

—¿Quién es más festejado en el parque —cantaban los pinzones— que el pequeño Pulgarcito, al que todos odiaban cuando era Nils, el humano?

Los patos pudieron solazarse por los campos que circundan un castiello sin ser hostilizados por la zorra Esmirra; pero, ese día, apenas volvieron a los campos, les descubrió la zorra y los persiguió. Cuando Okka comprendió que no les dejaría tranquilos, adoptó una decisión rápida y se elevó por los aires con toda su bandada, les condujo a varias leguas

más allá, volando sobre las llanuras y las desnudas colinas que había en esa región. Los patos no se detuvieron hasta llegar cerca del mar Báltico.

NILS QUIERE SER DUENDE

Había transcurrido una semana desde que Nils fue transformado en duende.

No por esto experimentaba inquietud. A mediodía se instaló en lo alto de un sauce crecido, junto al agua, y se divirtió tocando la flauta. En torno suyo habían ido reuniéndose abejorros, pinzones y estorninos, tantos como las ramas podían soportar, y los pájaros cantaban y silbaban aires que él trataba de imitar con su flauta. Tocaba tan mal que sus maestros gritaban y agitaban sus alas desesperadamente. El muchacho se divertía mucho con todo esto y la risa le hizo interrumpir su sonata

De súbito tiró saltó a tierra. Acababa de descubrir a Okka y los otros patos que se acercaban en fila. Avanzaban solemnemente y creyó adivinar que, por fin, iban a decirle lo que habían decidido. Cuando se detuvieron, dijo Okka:

–Pulgarcito; yo no te he dado las gracias todavía por haberme salvado de las garras de Esmirra. He enviado un mensaje al duende. En un principio no quería oír hablar de volverte a tu primitiva forma, pero le he enviado mensaje tras mensaje para decirle lo bien que te has portado entre nosotros. Y me ha dicho que permitirá que vuelvas a ser hombre cuando regreses a tu casa.

Si grande fue la alegría que experimentara al oír las primeras palabras de Okka, grande fue también la tristeza que se apoderó de su ánimo, y volviendo la espalda rompió a llorar.

–¿Qué significan esas lágrimas? –preguntó Okka

–No quiero volver a ser hombre –exclamó.

–Escúchame –contestó Okka–: voy a decirte una cosa. El duende es tan irascible que temo que si no aceptas ahora lo que te ha concedido, resulte imposible inclinarle de nuevo en tu favor.

Cosa extraña, aquel muchacho no había sentido nunca amor por nadie; no había querido jamás a su padre ni a su madre, ni a sus condiscípulos ni a los chicos de las granjas vecinas.

–No quiero volver a ser hombre –gritó el muchacho–. Sólo por eso he estado portándome bien durante toda la semana.

–No me opondré a que nos sigas tan lejos como quieras –dijo Okka–; pero reflexiona. Algún día puedes lamentar tu resolución.

–No, no lo lamentaré –contestó el muchacho–. Nunca me he encontrado tan bien como entre ustedes.

LA CIGUEÑA

Sábado 26 de marzo

A primera hora de la mañana los patos silvestres que dormían sobre el hielo del lago, fueron despertados por unos gritos agudos que venían del cielo. “¡Triop, triop!”, se escuchaba. Trianuta, la grulla, saludó a Okka y a su bandada; le hizo saber que al día siguiente se celebraría el gran baile de las grullas en Kullaberg. Okka extendió su cuello, y contestó: ¡Salud y gracias!

Los patos silvestres quedaron muy contentos ante este mensaje.

–Hay que pensar en que haremos mañana con Pulgarcito –dijo Okka.

–Pulgarcito no se quedará solo –respondió el pato–. Si las grullas no permiten que vea su baile, tampoco iré yo.

–Ningún ser humano ha presenciado todavía la reunión de los animales en Kullaberg –dijo Okka– y no seré yo quien se atreva a llevar a Pulgarcito. Ahora hay que ver si encontramos algo con qué alimentarnos.

Condujo muy lejos a su gente, a causa de haber advertido la presencia de Esmirra, la zorra, atisbando en los prados inundados al Sur de Glimminge.

Nils estaba de un humor de los mil diablos. Le lastimaba que Okka no tuviera confianza en él. Más tarde creyó llegado el instante favorable para decirle a Okka que le llevara a ver el baile de Kullaberg; pero se lo impidió la aparición de un pájaro muy grande.

Okka extendió sus alas, saludó un gran número de veces con la cabeza y avanzó hacia la cigüeña. Le sorprendía que la cigüeña compareciera ante ella, porque generalmente no visitan a nadie más que a las gentes de su raza.

–Espero que no encuentres tu nido en mal estado –dijo Okka

La cigüeña preguntó si los patos habían visto desfilar las ratas grises que se dirigían hacia Glimminge; y al oír la respuesta afirmativa de Okka, el señor Ermenric le refirió la historia de las valientes ratas negras, que tantos años habían defendido el castillo. “Pero esta noche, Glimminge caerá en poder de las ratas grises”, terminó diciendo con un suspiro.

–¿Por qué esta noche, señor Ermenric? –preguntó Okka.

–Todas las ratas negras marcharon ayer a Kullaberg porque saben que los otros animales irán también: las ratas grises se han abstenido de ir y ahora se reúnen para penetrar esta noche en el castillo, defendido por algunos ratones viejos, sin fuerzas para llegar hasta Kullaberg.

–¿Has enviado algún mensaje a las ratas negras, señor Ermenric? –interrogó Okka

–¿Para qué? Les faltará tiempo para regresar antes de la toma del castillo.

–No es tan seguro como parece, señor Ermenric –contestó Okka–. Conozco una vieja pata silvestre que no quiere otra cosa que impedir tal atrocidad.

Okka ya estaba resuelta a prestar ayuda a las ratas negras. Llamó al pato Yksi y le ordenó que condujera a los patos a otro lugar, y a las objeciones que el otro le opuso, respondió con autoridad: “El único que vendrá conmigo es Pulgarcito porque tiene buena vista y puede estar despierto toda la noche”.

El muchacho, al escuchar las palabras de Okka, se irguió para fingirse mayor y avanzó con las manos cruzadas detrás.

–Yo me vuelvo a Glimminge, señora Okka. –dijo entonces el señor Ermenric–. Todos sus moradores están muy inquietos. Se pondrán contentos cuando sepan que Okka, la pata silvestre, y Pulgarcito correrán a salvarles.

Okka comprendió que el señor Ermenric se burlaba pero fingió ignorarlo.

Un instante después Okka, se posaba sobre el nido de cigüeñas en la techumbre de Glimminge. Desde el primer momento Okka y el muchacho pudieron darse cuenta de que todo estaba revuelto en la casa. Ninguno de ellos se volvió para mirar a Okka y darle la bienvenida. Entregados por entero a sus preocupaciones seguían con la mirada las largas filas grises que se veían en los campos, pelados. Las ratas negras se sentían desconsoladas; no había esperanza; se daban cuenta de que no podían defender el castillo ni su propia vida, y el ya anciano gato que convivía con ellas en el viejo castillo, suspiraba sabiendo que le esperaba su batalla final.

Las doce ratas negras no se atrevían a chistar, pero la cigüeña, a pesar de su enojo, decía con sorna: “¡No temas nada! ¿No ves que la señora Okka y Pulgarcito han venido a salvar el castillo? Mañana, cuando me despierte, no quedará ni un solo ratón gris en Glimminge”.

Nils se sentía tan fastidiado que pensó en tomar algún desquite, pero la vieja pata Okka le guiñó un ojo diciendo:

—Ten por seguro que salvaremos este castillo y a sus moradores,—siempre y cuando los dos mochuelos que viven en el entretecho quieran servirme de mensajeros esta noche.

Los mochuelos se mostraron dispuestos a ejecutar sus órdenes. Okka encargó al marido que fuese a buscar a los ratones negros que habían partido para ordenarles que volvieran a su refugio. La madre mochuelo fue enviada en busca de Flama, el mochuelo que habitaba en la torre de la catedral de Lund. Debía llevar un mensaje tan secreto que Okka apenas si se atrevió a comunicárselo al oído, con voz casi imperceptible.

EL ENCANTADOR DE RATONES

Casi era media noche cuando las ratas grises descubrieron un ventanuco abierto. Se hallaba a bastante altura, pero lograron acertar el camino y pronto la más audaz de las ratas escaló la abertura para introducirse en el castillo.

Las otras siguieron a su jefe. Se deslizaban hacia el interior con mucha prudencia, y no se atrevieron a creer en su suerte hasta llegar al primer piso.

Una vez allí, les dio en las narices el olor del trigo amontonado. Pero aún era prematuro todo canto de victoria. Los ratones negros continuaban invisibles. La gran sala del dueño del castillo estaba tan fría y desnuda como las demás. Llegaron, por último, al piso superior, una vasta sala vacía. El único sitio que no pensaron en reconocer fue el gran nido de cigüeñas que había en el tejado, y donde precisamente en aquel instante despertaba a Okka el mochuelo hembra para anunciarle que Flama, el mochuelo de la torre; había accedido a su requerimiento, enviándole lo que necesitaba.

Las raas grises comprendieron que los ratones negros habían huido, y

se precipitaron sobre los montones de trigo. Apenas si habrían devorado algunos granos cuando oyeron en el patio el agudo sonido de un pito. Levantaron la cabeza, escucharon con inquietud y dieron algunas vueltas; pero no tardaron en reanudar el opíparo banquete, mordisqueando en el trigo.

El pito resonó de nuevo agudo y penetrante; entonces ocurrió algo extraordinario. Un ratón, dos ratones, un ejército de ellos abandonaron el trigo. Al oír por tercera vez el sonido del pito siguieron el camino los demás. Se atropellaban locamente, corrían por los estrechos orificios de las paredes y se pisoteaban por salir antes.

En medio del patio había un hombrecito que tocaba el pito; en torno suyo le escuchaba un círculo de ratones sorprendidos y encantados. A cada minuto llegaban nuevos ratones. Cuando el pequeñín vio que todos los ratones salían de Glimminge, marchó hacia la carretera andando lentamente, seguido de todos sus oyentes. Las notas del pito sonaban tan dulcemente en sus oídos que no podían resistir a su encanto.

El hombrecito les llevó hacia la parte de Vallby. Conducía les por mil senderos a través de vallados y barrancos; y le seguían por todas partes. Era cierto que las ratas no podían resistir el encanto del pito. El muchacho anduvo tanto tiempo como duró el resplandor de las estrellas, y no dejaron de seguirle, de seguirle siempre.

EL GRAN BAILE DE LAS GRULLAS EN KULLABERG

Domingo 27 de marzo

Kullaberg no descansa como muchas otras montañas sobre la tierra, rodeada de llanuras y valles; Kullaberg se ha adentrado en el mar tan lejos como ha podido. No hay faja de tierra que se extienda a sus pies y la proteja contra las olas. Estas se extinguen al chocar en sus murallas y vuel-

ven a formarse a su capricho. No sé lo que atrae a los animales hacia aquel sitio; pero allí se reúnen todos los años multitud de ellos para entregarse a juegos misteriosos.

Cuando va a reunirse la asamblea, los ciervos, los corzos las liebres, las zorras y los otros cuadrúpedos se ponen en camino durante la noche para evitar ser vistos por los hombres.

El sitio para el juego está rodeado de alturas lo ocultan. Durante el mes de marzo es muy extraño que alguien se aventure por allí.

Llegados al punto de los juegos, se instalan en las colinas, cada especie de animales por separado, aunque en esos días la paz es general y no hay agresión alguna que temer. Cuando todos han ocupado su sitio se disponen a esperar la llegada de los pájaros. Casi siempre suele hacer buen tiempo durante la celebración de esta clase de fiestas. Las grullas son muy hábiles para conocer el tiempo; si hay lluvia, no convocan jamás a los animales.

Sobre la llanura sólo pasaban de tarde en tarde nubecillas negras. Pero ¡ah! Una de estas nubecillas venía hacia Kullaberg y al llegar a la altura del punto destinado para la fiesta, la nube prorrumpió súbitamente en cantos, trinos y música. Era una nube de pájaros.

Pronto llega la nube mayor. Está formada de bandadas de pájaros de todas partes. Es de un gris azul muy cargado y no hay rayo de sol que la pueda atravesar, como nube tormentosa.

Los últimos en llegar a Kullaberg, porque habían tenido que cruzar Escania en toda su extensión, fueron el pato sobre el que viajaba Nils y Okka con su bandada de patos silvestres. Además, antes de ponerse en camino, habían tenido que buscar al muchacho, que desde hacía varias horas iba tocando delante de las ratas grises, a las que llevaba lejos de Glimminge.

Hay que hacer constar que no fue Okka la primera en descubrir a

Nils, caminando lentamente, seguido del cortejo de ratones grises; tampoco fue Okka la que descendió rápida como una flecha, y lo remontó en los aires, sino que fue el señor Ermenric, la cigüeña. Era el mismo señor Ermenric en persona el que se hallaba dedicado a la busca de Pulgarcito.

Nils quedó muy amigo de la cigüeña. Okka se mostró también muy amable con él, y después de rozar su venerable cabeza contra su brazo lo elogió por haber prestado su auxilio a los que se hallaban en trance tan difícil. Okka le preguntó a la cigüeña si creía prudente llevar a Pulgarcito a Kullaberg. "Mi opinión —añadió— es que podemos fiarnos de él como de nosotros mismos".

Descendieron en lo alto de la colina reservada a los patos silvestres. Al pasear sus miradas por las alturas próximas, vio el muchacho, en una, los bosques de cuernos de los ciervos; en otra, los plumeros grises de las garzas reales. Una colina estaba cubierta del rojo de las zorras; otra, negra y blanca de los colores de las gaviotas. Una colina estaba ocupada por cuervos negros que no cesaban de graznar, otras por alondras que no podían estar quietas y de cuando en cuando se lanzaban por los aires cantando alegremente.

Era una costumbre establecida de antiguo que las cornejas comenzaran los juegos y ejercicios del día con una danza aérea. Se dividieron en dos grupos, a los que se vio volar uno hacia el otro, confundirse y separarse para volver a comenzar. Apenas terminaron las cornejas saltaron las liebres.

Unas veces se erguían sobre sus patas traseras, otras corrían tan furiosamente que sus orejas daban vueltas vertiginosas. Sin dejar de correr, formaban verdaderos torbellinos, saltaban y se golpeaban el pecho con las patas delanteras, haciendo oír los golpes. Aunque en medio del mayor desorden, resultaba muy alegre la danza de las liebres. Luego fueron los

grandes pájaros de los bosques los que se dispusieron a hacer gala de sus habilidades.

Cuando el primer gallo silvestre comenzó a silbar, cantaron los tres gallos que se hallaban debajo de él; y antes de que hubiesen terminado su canción, otros diez que se encontraban en las ramas un poco más abajo, comenzaron a hacer lo mismo, y así fueron cantando poco a poco todos los del árbol; los cien gallos silvestres cantaban, cloqueaban y silbaban. De todos se apoderó el mismo estremecimiento y esto influía sobre el resto de los animales como una embriaguez contagiosa. La sangre, que al principio corría alegre y ligera, ahora era pesada e hirviente: "Es la primavera –decían los animales–. Ha desaparecido el frío del invierno. El fuego renovador caldea la tierra".

Apenas hubo terminado, avanzaron los ciervos. Varios grupos de grandes ciervos luchaban a la vez. Avanzaban uno contra otro con formidable impulso, entrechocaban sus astas con estrépito y se enredaban sus cuernos, tratando cada uno de hacer retroceder a su contrincante. En las colinas reinaba un silencio expectante; los animales estaban poseídos de sentimientos desconocidos. Todos se sentían valerosos y fuertes, reavivados por la primavera, atentos y preparados para hacer frente a toda clase de aventuras. No les animaba la cólera de unos contra los otros; sin embargo, las alas se movían nerviosamente, se les erizaban las plumas del cuello y afilaban sus garras.

Cuando los ciervos terminaron su lucha, se escuchó un murmullo que se extendía de colina en colina: "Las grullas, llegan".

Llegaban en efecto, los pájaros grises, coloreados por el resplandor del crepúsculo, con las alas adornadas de largas plumas flotantes y una cresta roja sobre la nuca. Los grandes pájaros de largas patas, de cuellos finos y sutiles y cabeza pequeña, descendieron como si resbalaran en el aire, poseídos de un vértigo misterioso. Se deslizaban adelante y volvían

hacia atrás, mitad volado y mitad bailando. Con las alas elegantemente desplegadas, se movían con una rapidez incomprensible. Su danza tenía era singular y de extraña, tenía algo de sortilegio. Todos los que concurrían por primera vez a Kullaberg comprendieron al fin por qué se llamaba a la reunión el baile de las grullas.

Esta nostalgia de lo inaccesible, de lo que permanece oculto en el más allá de la vida, sólo la sentían los animales una vez cada año, viendo el gran baile de las grullas.

LA QUINTA DE VITTSKÖRLE

Un par de días después se registró un extraño acontecimiento. Una bandada de patos silvestres se dejó caer una mañana sobre los campos, allá en la Escania del este, no lejos de la gran quinta de Vittskörle.

Había una bandada de trece patos grises, y un pato blanco que llevaba en su lomo un muchacho que vestía pantalón amarillo de cuero, chaleco y gorro. Cuando los patos hubieron picoteado un rato, vieron venir unos muchachos; el pato centinela, se lanzó al aire batiendo sus alas, para que toda la bandada pudiera darse cuenta de que había peligro a la vista. Todos levantaron su vuelo menos el pato blanco, que al ver volando a los otros, dijo:

–No hay necesidad de huir, no son más que un par de niños.

El liliputiense que había cabalgado a sus espaldas, se hallaba sentado en tierra, en los linderos del bosque, y rompía una piña para comer la semilla.

Los pequeños se hallaban tan próximos a él que no se atrevió a correr hacia el pato blanco, y presuroso se escondió bajo una gran hoja seca, dando al mismo tiempo un grito de alerta.

El pato blanco había determinado no dejarse amedrentar y continuó

su camino por el campo, sin preocuparse de la dirección que pudieran seguir los pequeños, quienes se separaron del camino, y a través del campo se dirigieron hacia él, y cuando éste por fin vino a darse cuenta, se hallaban tan cerca que del sobresalto olvidó que podía volar y echó a correr, hasta caer en un hoyo, y allí lo cogieron. El mayor de los muchachos se lo llevó debajo del brazo.

El pato gritaba con todas sus fuerzas, pidiendo auxilio:

–¡Pulgarcito, ven a salvarme, ven a salvarme!

Pulgarcito, angustiado, le contestó: –¡Bueno estoy yo para ayudar a nadie!–; pero guiado de su cariño al pato, dijo para sí: “Si no puedo auxiliarte, podré al menos saber lo que hacen con él y adónde se lo llevan”.

Los muchachos llegaron a una hendidura del terreno por la que corría un pequeño arroyo.

Al pasar corriendo junto a una dependencia de trabajo, oyó que un pato gritaba y vio sobre la escalera un vellón de pluma blanca “Ahí, ahí está el pato”; y sin pensar se lanzó escalera arriba y se metió en el vestíbulo de la habitación. Una vez dentro, oyó como gritaba y se quejaba el pato, sin que lograra abrir la puerta. Sus perseguidores se aproximaban y el pato, desde dentro, dejaba oír sus lamentos cada vez más angustiosos. Apremiado por estas circunstancias, el liliputiense empezó a golpear la puerta con toda su fuerza.

Abrió entonces un niño y Nils vio a una mujer que sentada en medio del suelo tenía cogido al pato para cortarle las alas para que no pudiese volar y marcharse; el pato se quejaba amargamente. Por fortuna, sólo había cortado dos plumas al pobre pato, cuando se presentó el liliputiense. La mujer no pudo menos que creer que se trataba de un duende y llena de asombro dejó caer las tijeras y soltó el pato. Este, al verse libre corrió hacia la puerta y sin detenerse cogió al liliputiense por el cuello del chaquetón, y abriendo sus alas al llegar a la escalera se elevó por los aires

con presteza, dejando a las gentes del castillo admiradas de lo que habían visto.

LLUVIA

Miércoles 30 de marzo

Mientras los patos habían permanecido en los alrededores, había reinado un tiempo espléndido; pero comenzó a llover el día en que emprendieron el vuelo hacia el norte. El muchacho tuvo que estar algunas horas sobre las espaldas del pato, empapado y tiritando de frío. El viaje resultaba monótono. Cuando aparecieron las primeras nubes Nils creyó que aquello iba a ser muy divertido. Al caer el primer aguacero primaveral, los pequeños pájaros prorrumpieron en gritos de alegría.

–Ya llueve, la lluvia trae la primavera, la primavera trae las flores y las hojas verdes, las flores y las hojas verdes dan larvas e insectos, larvas e insectos nos alimentan, un alimento bueno y abundante es lo mejor que hay en el mundo –cantaban los pájaros. Los patos silvestres también celebraban la lluvia, que fecundaría las plantas y desharía el hielo de los lagos.

El cielo adquiriría tintes sombríos y el sol se había ocultado de tal modo que nadie hubiera podido adivinar dónde estaba. La lluvia chocaba fuertemente contra las alas de los patos, y, atravesando sus grasientas plumas exteriores, les llegaba al cuerpo. Nils sentía más el frío; pero conservó su valor.

Sobrevino la noche y las sombras eran tan impenetrables que ni aun los ojos de Nils podían atravesarlas. Se cubría bajo el ala del pato; pero no podía dormir porque estaba mojado y tenía frío. Poseído de un gran terror, no sabía dónde refugiarse. Le era preciso ir adonde brillaban el fuego y la luz.

–¡Si pudiese llegar a cualquier casa sólo para pasar la noche! –pensaba–. ¡Sólo para sentarme un instante cerca del fuego y comer algo! Antes de amanecer podría estar de regreso, junto a los patos.

Se desenvolvió de su lecho de plumas y con mucho sigilo atravesó la marisma. Vislumbró a lo lejos un pueblo, hacia el que dirigió sus pasos. Pronto llegó a una calle bordeada de árboles y con casas de madera. Oía Nils las conversaciones de los humanos. No distinguía las palabras; pero pensó que era bueno oír voces humanas. “Me imagino lo que dirían si llamara a la puerta y les rogara que me dejaran entrar”.

Experimentaba la misma timidez que sentía siempre que se hallaba en la vecindad de los hombres, y se contentó con pensar que haría bien en pasearse un poco por la ciudad antes de pedir cobijo en algún sitio.

Un momento después se abrió el balcón de una casa y un haz de luz amarilla atravesó las cortinas finas y ligeras. Una hermosa joven se asomó.

En seguida pasó frente a un comercio. A la puerta había una sembradora mecánica roja, y saltando sobre el asiento del cochero, se sentó. Una vez instalado hizo ademán de empuñar el volante. Pensó cuán divertido sería conducir una máquina tan hermosa entre un campo de trigo. Por un instante se olvidó de su condición, pero pronto lo recordó; entonces saltó bruscamente a tierra. ¿A cuántas cosas tendría que renunciar por vivir entre animales? Los hombres eran realmente asombrosos y hábiles.

Cuanto más cosas iba viendo más grande era su amor a los hombres. Nils no comprendió hasta este momento lo que había perdido al transformarse en duende, y se apoderó de él un miedo atroz ante el temor de no recobrar su primitiva condición. ¿Qué haría para convertirse nuevamente en hombre?

–Este asunto –se decía– es harto difícil para quien como yo, no ha estudiado nada ni sabe nada.

De repente, vio aparecer un gran búho en lo alto de un árbol de la calle. Un mochuelo oculto bajo un canal, se agitó al gritar

–Por fin, te vuelvo a ver, búho. ¿Cómo lo has pasado por el extranjero?

–Muy bien, mochuelo. ¿Ha sucedido algo de particular durante mi ausencia?

–En Blekinge, nada, búho; pero en la Escania ha sucedido que un niño ha sido metamorfoseado por un duende y le ha hecho tan pequeño como una ardilla. Después, ha marchado a la Laponia con un pato doméstico.

–Es una cosa muy extraña ¿Y podrá transformarse en hombre alguna vez?

–Esto es un secreto, búho; pero voy a revelártelo. El duende ha declarado que si el muchacho cuida del pato y lo conduce a casa sano y salvo y...

–¿Qué dices, mochuelo, qué dices?

–Ven conmigo hasta el campanario, búho, y te lo contaré todo. Tengo miedo a que alguien nos oiga desde la calle.

Los pájaros de la noche volaron entonces. Nils echó su gorra al aire: “Si yo cuido del pato y lo llevo a casa sano y salvó volveré a ser hombre. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Yo volveré a ser hombre!”.

Gritó tanto que fue raro no se le oyera desde las casas próximas. Y corrió velozmente hacia la marisma donde reposaban los patos.

LOS TRES ESCALONES

Al día siguiente, cuando ya había recobrado su buen humor por lo que le aconteciera la noche anterior, pasó volando sobre Blekinge.

Una espesa niebla cubría Blekinge, de modo que Pulgarcito no pudo percatarse del aspecto del paisaje. “No sé –pensaba– si esta tierra es

buena o mala". Y trató de recordar lo que sobre ella había leído en la escuela; pero tenía la costumbre de no aprender las lecciones. Se imaginó la escuela. Los pequeños, sentados junto a los pupitres; el maestro, colocado en su sitial, tenía un ceño de disgusto, y él, de pie junto al mapa, debía de contestar algunas preguntas referentes a Blekinge. No podía articular una sola palabra.

El maestro dejó su sitio y dirigiéndose a él le quitó el puntero y le mandó a su puesto. Marchó seguidamente hacia una ventana y después de permanecer en ella algún rato mirando hacia afuera, volvió a su sitial. Y lo que el maestro dijo fue tan divertido que pudo recordar cada una de sus palabras.

El maestro les dijo: Esmaland es una casa alta con abetos sobre el tejado; delante de ella hay una ancha escalera llamada Blekinge, que tiene tres escalones. Han transcurridos muchos años desde que se formó el primer escalón en la piedra dura. Como es tan vieja, puede comprenderse que ya no tiene el mismo aspecto que de nueva.

Algunos años después empezó a crecer allí el musgo y la hierba, y las hojas y ramaje seco caían sobre ella en los otoños, mientras que en la primavera quedaba cubierta de tierra y piedras que rodaban. Y andando el tiempo, al quedar esto en forma compacta, acumulóse tanta tierra sobre ella, que no sólo crecieron raíces y hierbas, sino arbustos y árboles enormes.

A pesar de tener igual origen, se ha producido una diferencia grande en estos tres escalones. El más alto, se halla cubierto de tierra poco productiva, no desarrollándose en ella más que abetos y algunas que otras especies de álamo que pueden resistir el frío de aquellas alturas.

En el segundo escalón la tierra es mejor y el frío es menos intenso. Allí crece el roble y el tilo; la tierra fue cultivada en mucha mayor extensión y las gentes construyeron grandes y bonitas viviendas. Hay allí puebleci-

tos que testimonian que aquí, en este segundo escalón, se pasa mejor que en el de arriba. Pero el mejor de todos es el tercero. Se halla todo él cubierto de tierra laborable y como linda con el mar, no se siente allí el frío.

Cuando llueve arriba el agua, que por algún sitio ha de buscar su salida, corre escalones abajo. En un comienzo corría cubriendo los escalones en toda su anchura; luego se fueron formando ranuras en las que el agua encontraba su cauce y, por último, canales bien construidos.

Aún no se ha dicho todo acerca del país de los escalones. Hay que añadir que allá arriba habitó en cierta época lejana un gigante que había llegado a viejo, por lo que le molestaba mucho bajar estos escalones para ir a la pesca del salmón.

Y creyó más conveniente, para su comodidad, que los salmones subieran hasta donde él vivía. Para lograrlo se le ocurrió tirar desde su casa grandes piedras al Báltico, y las arrojó con tanta fuerza que, cruzando toda la región de Blekinge, cayeron en dicho mar. Cuando las piedras cayeron en el agua, los salmones, asustados, se metieron en las rías de Blekinge, nadaron contra la corriente y, saltando sobre las cascadas, no pararon hasta encontrarse muy adentro, en los dominios del viejo gigante.

JUNTO AL RÍO RONNEBY

Viernes 1 de abril

Ni Esmirra, la zorra, ni los patos silvestres esperaban encontrarse de nuevo después de haber abandonado la Escania. Una tarde en que Esmirra vagaba, no lejos del río Ronneby, vio una bandada de patos que cruzaba los aires. En seguida descubrió que uno de ellos era blanco y con ello supo quienes eran.

Cuando Esmirra llegó cerca de donde estaban los patos, se dio cuenta de que habían encontrado un sitio adonde no podía llegar.

Los patos se durmieron en seguida, pero Nils no pudo cerrar los ojos. Desde que el sol se puso lo había asaltado el miedo a las tinieblas y la naturaleza salvaje. Oculto bajo una ala de Martín, nada podía ver ni oír y tenía miedo de que les sobreviniera algún peligro sin que él pudiera advertirlo, lo que le hizo salir de su refugio y sentarse en tierra, junto a los patos.

Esmirra, desde la alta cima, alargaba el hocico y miraba a los patos con cara de disgusto. “Sería tonto continuar la persecución –se dijo–. No puedo bajar una montaña tan escarpada, ni atravesar una corriente tan impetuosa, ni llegar hasta donde están los patos. Vale más que abandone la caza”.

Pero como a todas las zorras a Esmirra le costaba mucho abandonar una empresa comenzada. Así es que se tendió en lo alto de la cima, sin apartar la mirada de los patos silvestres. Viéndoles, recordaba todo el mal que le habían causado. Por su culpa había sido obligada a vivir en el pobre Blekinge. Se contentaría con ver morir a los patos aunque no pudiera comerse uno solo.

Esmirra oyó de improviso un crujido que venía de un pino próximo y vio a una ardilla que descendía del árbol perseguida por una marta.

Cuando la ardilla cayó en las garras de su enemigo, avanzó Esmirra hacia la marta, deteniéndose unos pasos antes de llegar para demostrarle que no abrigaba el propósito de arrebatarle su presa. Esmirra sabía decir muy bellas palabras, como todas las zorras. –Me asombra –dijo– que un tan buen cazador como tú se contente con echar el diente a las ardillas, cuando tienes a tu alcance una caza mejor–. Hizo una pausa. –¿Será posible que no hayas visto los patos silvestres que están ahí abajo, al pie de la montaña?

Un instante después estaban ya en camino. Esmirra seguía con su mirada el cuerpo de serpiente de la marta, que saltaba de rama en rama, mientras pensaba “Este admirable cazador de los bosques tiene el corazón más cruel que todos. Creo que los patos tendrán un despertar sangriento”

Pero en el momento en que Esmirra esperaba a oír los gritos de los patos, vio que la marta rodaba de lo alto de una rama y caía en el río. Después, se oyó el fuerte batir de alas de los patos, que emprendieron la fuga precipitada.

–Ya he visto que tu falta de habilidad te ha hecho caer en el fondo del río –dijo la zorra con menosprecio.

–No ha sido por falta de habilidad. Ya estaba sobre una de las últimas ramas y lista a saltar para apoderarme de varios patos, cuando un pequeño, no mayor que una ardilla, me dio una pedrada en la cabeza con tal fuerza, que he caído al agua...

Okka volaba entre tanto con dirección al sur, al frente de toda su bandada, en busca de otro refugio. Quedaba todavía una leve claridad, y la luna, en cuarto creciente, despedía un resplandor que permitía ver las cosas. Siguió el río mientras le veía serpentear a través del paisaje, iluminado por la luna.

Así llegaron donde el río desaparece en una hondonada subterránea, de la que sale límpido y transparente como si fuera de cristal, para precipitarse en una angostura rocosa, deshaciéndose en gotas centelleantes y en espumas.

Okka descendió por fin. El lugar era excelente, sobre todo a una hora tan tardía, cuando los hombres permanecen ya en sus casas. Los patos se durmieron en seguida, y el muchacho, demasiado intranquilo, se sentó junto a ellos con el fin de velar el sueño de los demás..

Esmirra no tardó en llegar corriendo a la orilla del río y al ver que los

patos dormían rodeados de torbellinos espumeantes, comprendió que esta vez tampoco le sería posible atraparles. Se sentó en la orilla, esperando una ocasión propicia. Se sentía humillada en su orgullo de cazadora.

De repente surgió del agua una nutria con un pescado en la boca. Esmirra se adelantó y se detuvo a dos pasos de ella para demostrarle que no entraba en sus cálculos arrebatarle la presa.

—No me extraña que no quieras reparar en los patos, porque sé que eres incapaz de llegar hasta ellos —, dijo la zorra. La nutria no podía oír que existiera un torrente que no pudiera remontar. Se volvió hacia el río, descubrió a los patos, tiró la trucha y desde un ribazo se arrojó al agua de cabeza.

La nutria fue arrastrada por las olas y llevada al impulso de la corriente repetidas veces, pero al fin, remontó el río valerosamente. Aprovechándose de los remolinos del agua, trepó las piedras y se acercó a los patos silvestres. Era una expedición peligrosa que merecía ser cantada por ruiseñores.

Esmirra seguía los avances de la nutria. La vio después de varios incidentes, muy cerca de los patos silvestres; pero en ese momento se oyó un grito agudo y terrible. La nutria cayó de espaldas y se la llevó la corriente cual si fuese un gatito. Los patos volaron en busca de un sitio más seguro.

La nutria volvió pronto a la orilla. No decía nada y se limitaba a lamerse una de las patas delanteras. Cuando Esmirra se permitió dirigirle algunas censuras, contestó: —No ha sido por no saber nadar. Ya estaba cerca de los patos y a punto de escalar las rocas, cuando un hombrecito se lanzó sobre mí y me pinchó una pata con un hierro puntiagudo. Fue tan grande el dolor que no pude evitar caer en el torrente, dejando la presa.

ESMIRRA ECHÓ A CORRER.

Okka y su bandada volaron una vez más a través de la noche. Felizmente para ellos no se había ocultado aún la luna y gracias a su luz pudieron encontrar un tercer refugio ya conocido.

Los patos silvestres se instalaron en un balcón y se durmieron en el acto, como acostumbraban. Nils, que no había querido guarecerse bajo una de las alas del pato, no podía conciliar el sueño. De pronto oyó el aullido siniestro y agudo que venía del parque. Se levantó un poco y en medio de un claro de luna, vio una zorra debajo del balcón; era Esmirra, que había seguido una vez más el vuelo de los pájaros. Al comprender que esta vez tampoco había medio de atraparles no pudo reprimir un prolongado grito de despecho. Ese grito despertó a Okka, que, aunque no podía ver nada, reconoció la voz.

—¿Eres tú, Esmirra, que corres en medio de la noche? —preguntó.

—Sí —respondió Esmirra—, soy la zorra; quisiera saber lo que piensas de la noche que les he dado.

Okka no quiso responder. Esmirra dejó oír todavía algunos aullidos; después, el silencio. Nils continuaba sin poder dormir.

CALSKRONA

Aquella noche Nils se había propuesto ser valiente; pero repentinamente se le apareció algo que le asustó en gran manera. Era una gran isla rocosa, cubierta de enormes bloques cuadrados, entre los cuales había un semillero de pequeños granos de oro. Pero lo que le sobresaltó todavía más fue el ver multitud de cosas inquietantes en el agua que rodeaba la isla. Se hubiera dicho que eran ballenas, o tiburones, u otros monstruos marinos.

Nils quedó aterrorizado al darse cuenta de que los patos iban a descender. ¡No, no, eso no! ¡No descendamos! –gritaba.

Los patos no le prestaron atención, y pronto quedó el muchacho avergonzado. Hacia la parte de tierra había muchos botes de remo, otros de vela y algunos vaporcitos destinados a la navegación costera; pero al otro lado eran ya grandes barcos de guerra: acorazados, unos con enormes chimeneas inclinadas hacia atrás, otros largos, finos, que podían cruzar el agua como peces.

¿Qué ciudad era aquélla? Nils comprendió que un puerto en donde se hallaban tantos buques de guerra, debía ser la ciudad de Calskrona.

Nils tuvo el tiempo preciso para echar una ojeada sobre las torres y las fortificaciones del puerto. Okka descendió con su bandada sobre la plana techumbre de una iglesia. Aquél era un buen punto para librarse de las acechanzas de la zorra, y el muchacho confiaba en que aquella noche podría descansar bajo las alas del pato. Le convendría dormir. Después, cuando se hiciera de día, contemplaría a sus anchas el astillero y los buques.

Nils no se explicaba las causas de que no pudiera permanecer tranquilo ni le fuera posible esperar a que amaneciera para ver los barcos. Apenas habría dormido cinco minutos, se desprendió del ala del pato y bajó del techo de la iglesia a lo largo del pararrayos y las canales.

Al hallarse en la gran plaza y contemplar la iglesia, el edificio del Ayuntamiento y la gran iglesia de donde acababa de bajar, sintió un vivo deseo de volver cuanto antes a lo alto de la torre, donde se encontraban los patos.

Los que están acostumbrados a vivir en lugares desiertos o alejados de los grandes centros de población, experimentan viva inquietud al atravesar una ciudad, donde las casas alineadas forman calles en las que pueden verse cuantos las atraviesan. Felizmente, no había nadie en la plaza;

sólo un hombre de bronce se erguía majestuoso sobre un zócalo elevado. Era un hombre vigoroso, con la cabeza cubierta con un tricorno y vestido de levita, pantalón corto y grandes zapatos. Tenía en la mano un bastón que debió manejar a su antojo, porque en su cara marcaba un gesto terriblemente severo.

–¡Eres un tipo bien tieso y feo! –le dijo Nils, bromeando.

No había hecho más que comenzar a andar cuando oyó que alguien marchaba tras él. Unos pies muy pesados descargaban sobre el pavimento y un bastón golpeaba el suelo. Nils vio con espanto que era el mismo hombre de bronce el que se había puesto en marcha. Aterrado, buscó salvarse corriendo. En lugar de seguir rectamente, torció Nils por una calle transversal, pero de inmediato oyó como el hombre de bronce torcía también por la misma calle; y Nils tuvo mucho miedo.

De súbito se le apareció en medio de la avenida que conducía a la iglesia, un hombre que le llamaba por señas. Se consideró feliz y corrió hacia él. Al llegar cerca del hombre, se detuvo algo mohino. “No puede ser éste el que me llamaba, porque es de madera”.

Pero he aquí que de repente volvieron a sonar los pasos tremendos. Nils cruzó la calle y se dirigió hacia el hombre de madera. ¿Cómo escapar ahora?

En este momento Nils vio que el hombre de madera le extendía su grande y larga mano. Imposible no confiarse a él. Nils saltó a la mano que se le ofrecía. El hombre de madera le levantó y le ocultó debajo de su sombrero.

Apenas se refugiara Nils en su escondite, cuando apareció el hombre de bronce que gritó con voz fuerte y sonora: –¿Quién eres tú?

–Rosenbom, con el debido respeto, Majestad. En mi tiempo, segundo contra maestre a bordo del crucero Intrépido. Después de cumplir mi servicio, entré como guardián en la iglesia del Almirantazgo; finalmente,

esculpido en madera, he sido erigido aquí para implorar el favor de los pobres.

El muchacho se estremeció al oír la palabra Majestad en boca del hombre de madera. Comprendió que fue al rey Carlos XI al que había hecho burlas.

–Te explicas bien –dijo el hombre de bronce–. ¿Has visto por aquí un pequeñín que recorre la ciudad esta noche? Es un pícaro y un impertinente; si le cojo le enseñaré a tener buenos modales.

–Dicho sea con el debido respeto, lo he visto pasar, Majestad –contestó el hombre de madera. –Vuestra Majestad sigue una mala pista. El muchacho parecía tener la intención de refugiarse en el astillero para esconderse mejor.

–¿Crees eso, Rosenbom? Pues bien, sígueme para ayudarme a dar con él. ¿Por dónde comenzaremos mejor nuestras pesquisas, Rosenbom? –preguntó el hombre de bronce.

–Un ser tan diminuto como él se habrá ocultado en la sala de los modelos.

Nils no salía de su asombro. Tuvo tiempo para contemplar los modelos a sus anchas, porque el hombre de bronce, admirando las miniaturas, se olvidó de todo lo demás. Pasó revista a todos. Y Rosenbom, antiguo contra maestro del Intrépido, tuvo que referir cuanto sabía referente a los navíos. Saltaron a los muelles donde estaban los barcos de guerra, y contemplándolo todo como dos viejos lobos de mar, dudaron, censuraron, aprobaron y se enfadaron.

Nils, al abrigo del sombrero de madera, les escuchaba. Así pudo saber lo mucho que se había luchado y trabajado en tal sitio para armar todas las flotas de guerra salidas de aquel puerto.

Al fin dijo el hombre de bronce: –¡Quítate el sombrero, Rosenbom! ¡Todas presenciaron las luchas por la patria!

–Me descubro en honor del que escogió el sitio para fundar este puerto, y por el Rey que dio su vida para crear todo esto.

–Gracias, Rosenbom. Has dicho la verdad; eres un buen hombre... Pero, ¿qué es eso, Rosenbom?

Y señalaba a Nils Holgersson de pie, sobre el pelado cráneo de Rosenbom; pero Nils ya no tenía miedo, y agitando su gorra, gritó:

–¡Hurra, hurra, gran Rey!

El hombre de bronce golpeó la tierra con su gran bastón; pero el muchacho no supo jamás lo que se proponía con ello, porque en aquel instante apareció el sol y el hombre de bronce y el hombre de madera desaparecieron como si fuesen hijos de la niebla. Los patos silvestres escaparon del tejado de la iglesia para volar sobre la ciudad. Súbitamente descubrieron a Nils Holgersson, y el gran pato blanco hendió los aires y descendió para recogerle.

VIAJE A OLAND

Domingo 3 de abril

Los patos silvestres habían ido a un islote próximo a la costa. Allí se encontraron con unas patas grises que se quedaron muy sorprendidas al verles. Como eran curiosas e indiscretas, no cesaron de preguntar hasta que obligaron a los recién llegados a que refirieran la aventura de la zorra. Una pata gris que parecía igualarse con Okka en edad y experiencia, les advirtió:

–De estar yo en la piel de ustedes no volaría sobre Esmaland; atravesando el camino exterior pasaría sobre la isla de Oland. De este modo perdería la pista. La comida es allí abundante y la compañía numerosa.

El consejo era prudente y los patos silvestres resolvieron seguirlo. Una vez llenado el buche, volaron hacia Oland. Nadie de ellos había estado

allí, pero la pata gris les había indicado los medios para orientarse. No tenían más que ir hacia el sur hasta que encontrasen el camino de las aves de paso, de donde debían seguir a lo largo de la costa de Blekinge. Todos los pájaros siguen la misma ruta, y al pasar hacen escala en Oland para reponerse de la fatiga.

Era un día calmado y caluroso, un tiempo ideal para un viaje por mar, exceptuando que el cielo no estaba totalmente claro, sino más bien gris y un poco velado. Aquí y allá algunas nubes descendían hasta la superficie del agua e impedían la vista.

Cuando las aves viajeras dejaron atrás el archipiélago, apareció el mar tan hermoso y cristalino que al mirar abajo creyó Nils que la tierra había desaparecido.

En un momento oyó dos disparos de fusil y vio dos pequeñas humaredas que subían. “¡Cazadores! ¡Cazadores!” –gritaron los patos–. “¡Vuelen más alto! ¡Vuelen más alto!”.

En el agua se veía una multitud de pequeñas embarcaciones llenas de cazadores que disparaban tiro tras tiro. Las primeras bandadas de patos volaban a poca altura. Varios fueron abatidos por los disparos.

No estaban todavía a la vista de la isla cuando comenzó a soplar una brisa ligera que arrastraba masas compactas de humo blanquecino, como si hubiera un incendio en alguna parte. Las espirales de humo fueron espesándose y acabaron por envolverles. No se percibía ningún olor y la humareda no era negra ni seca, sino blanca y húmeda.

Nils acabó por comprender que aquello era niebla. Los patos enloquecieron de terror cuando la niebla fue haciéndose tan espesa que no podían distinguir nada más allá de su pico.

–¿Adónde van, buenas gentes? –gritó un cisne.

–Vamos a Oland, pero no conocemos el camino –contestaron

–Venid conmigo –dijo entonces el cisne–, les enseñaré el camino.

El cisne dio una vuelta y los patos le siguieron. Cuando ya les había llevado tan lejos del camino de paso que no les era posible oír los gritos de los pájaros viajeros, el cisne desapareció entre la niebla

Por fin encontraron algo en que guiarse. La pata gris les había aconsejado que no descendieran en la parte extrema de Oland, porque allí tenían los hombres un cañón con el que tiraban contra la niebla. Por fin Okka sabía donde se hallaba y en adelante nadie conseguiría desviarla de su marcha.

LA PARTE MERIDIONAL DE OLAND

4–6 de abril

Cuando los patos silvestres y Nils llegaron a Oland, descendieron en la playa como todos los pájaros. La niebla que cubría la isla era tan espesa como la que flotaba sobre el mar, lo cual no impidió que Nils quedase estupefacto al ver tan gran número de pájaros en el reducido espacio que sus ojos alcanzaban.

Al día siguiente también fue muy espesa la niebla. A mediodía todos los patos de la bandada corrieron a él para preguntarle si había visto al pato blanco.

–No, no ha estado conmigo –dijo Nils.

–Hace un momento estaba con nosotros –observó Okka–, pero ha desaparecido sin saber cómo.

Nils sintió profundamente la desaparición del pato, y se dedicó a buscarle. Anduvo en su busca hasta que se hizo de noche. Marchaba lentamente, descorazonado. ¿Qué sería de él sin el pato? Al llegar al centro del gran parque surgió de la bruma una cosa blanca. Era el pato. Estaba sano y salvo y se mostraba muy contento de haber encontrado la bandada.

A la mañana siguiente, los patos corrieron nuevamente en busca de

Nils para preguntarle por el paradero de su amigo. Había desaparecido otra vez.

Muy afligido, se dedicó a buscarle de nuevo. Estaba tan desesperado que se ahogaba de pena.

Había escalado un muro cuando oyó que a sus espaldas rodaba una piedra, y descubrió al pato que trepaba entre las piedras, llevando en el pico algunas raíces. El pato no se dio cuenta de la presencia del muchacho, y éste prefirió callar, con objeto de saber a qué obedecían sus frecuentes desapariciones.

Pronto lo supo. En lo alto de un montón de piedras descansaba una pata gris que lanzó un grito de alegría al ver a Martín. Nils se deslizó lo más cerca posible para oír lo que se decían, enterándose entonces de que la pata no podía volar por tener herida un ala. Estaba desolada y el pato la consolaba diciendo que no se marchaba todavía. Por último le dio las buenas noches y se marchó prometiéndole volver a la mañana siguiente.

Nils dejó que el pato se marchara y cuando desapareció en la lejanía, trepó hasta lo alto del montón de piedras.

—No tengas miedo —dijo—. Soy Pulgarcito, el compañero de viaje del pato Martín.

—Estoy muy contenta de que hayas venido en mi socorro. El pato blanco me ha dicho que no hay en el mundo nadie tan bueno e inteligente como tú.

Hablaba con tanta dignidad que Nils quedó impresionado.

—No puede ser un pájaro —pensó—. Es una princesita encantada.

Se apoderó de él un gran deseo de socorrerla. Después de rozar con sus manos el rico plumaje, le tocó el hueso del ala lastimada. No estaba roto; el mal estaba en la articulación solamente. El muchacho hundió un dedo en una cavidad vacía.

—¡Un poco de valor! —dijo.

Y apretando vigorosamente hizo que el hueso volviera a su sitio. La pobre patita gris dio un grito y se desvaneció entre las piedras, sin señales de vida.

Nils tuvo miedo. Había querido socorrerla y la había matado. Y saltando del montón de piedras echó a correr. Le parecía haber matado a un ser humano.

Al amanecer el nuevo día, el tiempo era magnífico. La niebla había desaparecido. Okka dio la orden de proseguir el viaje. El único que puso objeciones fue el pato.

Nils saltó sobre la espalda del pato, que siguió tras la bandada, aunque lentamente y a disgusto. De súbito, el pato se volvió y voló hacia la isla. En un momento llegó al montón de piedras pero la patita había desaparecido.

—Estoy aquí, pato; estoy aquí. He venido a tomar el baño matinal.

Y la patita gris salió del agua sana y salva, refiriéndole alegremente que Pulgarcito le había devuelto el hueso a su sitio y que estaba curada y pronta a seguir a los otros.

Las gotas de agua parecían perlas desgranadas sobre su plumaje tornasolado, y de nuevo pensó Nils que era una verdadera princesita.

LA CIUDAD SUBMARINA

La noche siguiente fue tranquila y serena. Los patos silvestres no se tomaron la molestia de buscar un abrigo, sino que durmieron en lo alto de la explanada. Nils se durmió sobre la hierba, junto a ellos.

La luna brillaba de tal manera que Nils no podía cerrar los ojos, y se dedicó a pensar en el tiempo que faltaba de su casa. Habían transcurrido tres semanas desde que abandonara a sus padres. Este recuerdo le hizo caer en la cuenta de que aquel día era la víspera de la Pascua.

Nils se hallaba entregado a estas reflexiones, tendido boca arriba, cuando apareció ante su vista algo muy bonito. El disco de la luna, redonda y llena, recorría la altura llevando delante un enorme pájaro. Este no atravesaba la luna en su raudo vuelo; parecía que el pájaro salía de ella. Su cuerpo era pequeño y su cuello largo y fino; las patas, colgantes, eran igualmente muy largas y muy finas. No podía ser más que una cigüeña.

Era el señor Ermenric. Descendió junto a Nils y le rozó con el pico para despertarlo. Nils se irguió inmediatamente.

—No dormía, señor Ermenric.

—Hay demasiada claridad para dormir esta noche—respondió la cigüeña— y por esto he emprendido el vuelo para venir a verte, amigo Pulgarcito. Una gaviota me ha dicho donde estabas.

Nils se alegró infinito de ver al señor Ermenric. Hablaban como dos viejos amigos. El señor Ermenric acabó por proponer a Nils hacer un vuelo juntos en aquella noche tan hermosa.

Nils no deseaba nada mejor, con tal de hallarse de regreso al apuntar el día. La cigüeña le prometió que estarían de vuelta a la hora deseada. Entonces Nils descubrió lo que, en verdad, es volar velozmente y con arte.

No habían volado más que un leve momento, al parecer, cuando la cigüeña descendió a tierra. Arribaron a una playa desierta, cubierta de fina arena.

El señor Ermenric se situó en una de las dunas, levantó una de sus patas, dobló el cuello hacia atrás para hurgarse con el pico una de sus alas, y dijo a Pulgarcito:

—Tú puedes pasearte un poco por aquí mientras yo descanso; pero no vayas muy lejos, no sea que te pierdas

Nils partió a las colinas para ver el paisaje. Al dar el primer paso su zapato tropezó con un objeto duro. Se agachó y vio entre la arena una

moneda tan corroída por el óxido que era casi transparente. Estaba en tan mal estado que no quiso tomarse el trabajo de recogerla y le dio un puntapié. Al erguirse de nuevo se quedó estupefacto: a dos pasos de distancia vio un alto muro de aspecto sombrío, coronado por una torre. En el mismo sitio donde momentos antes se extendía el mar vasto y brillante se elevaba un muro coronado de torres y en el lugar que hacía un instante sólo existían las arenas se abría ahora la gran puerta de entrada.

Nils comprendió que aquella repentina transformación era cosa de brujería, pero no tuvo miedo. Ofrecían tan soberbio aspecto tanto la puerta como el muro, que resultaba difícil abstraerse a contemplar lo que pudiera haber en el interior.

Bajo la inmensa bóveda, un grupo de militares, vestidos con trajes multicolores, jugaban a los dados, teniendo al lado sus grandes lanzas.

Atravesó otra puerta y se encontró en una gran plaza, pavimentada con anchas losas. La plaza rebosaba de gente. Los hombres llevaban largos mantos con forro de pieles sobre sus vestidos de seda; unos ribetes adornados con plumas cubrían, ladeados, sus cabezas; sobre sus pechos pendían pesadas cadenas de oro. Todos eran hermosos como reyes. Las mujeres llevaban unos sombreros altos y puntiagudos y ostentaban largos vestidos de mangas estrechas.

La ciudad era todavía más maravillosa que los habitantes. Todos los edificios ostentaban magníficas fachadas, con tan bellos adornos que todas rivalizaban en esplendor. Cuando se contemplan de golpe cosas tan asombrosas, no es posible recordarlo todo; pero Nils se acordaba después haber visto fachadas en las que había escalinatas, en cuyos peldaños se agrupaban los Apóstoles en torno de la imagen de Cristo.

Atraído por cosas tan bellas, no dejaba de experimentar Nils cierta inquietud. —Jamás contemplaron mis ojos nada semejante ni han de volver a contemplarlo—se decía.

Y echó a correr hacia el interior de la ciudad subiendo y bajando a través de calles y calles.

Corría con la mayor rapidez posible a lo largo de las calles, para ver cuanto pudiera antes de que todo desapareciese. Pronto se encontró en la gran plaza. Allí se elevaba la Catedral, con sus tres torres altísimas y sus portadas profundas y adornadas de estatuas.

Nils comenzaba a fatigarse y a sentir calor a fuerza de correr. Juzgaba haber visto las cosas más bellas del mundo. En esto llegó, marchando lentamente, a una calle donde había mucha gente parada frente a los escaparates de las tiendas.

Mientras el muchacho corrió a través de la ciudad, nadie reparó en él; se le hubiera podido tomar por un ratoncito negro; pero ahora, que andaba lentamente, fue advertido por un comerciante, que se puso a hacerle señas para que se acercara.

En el primer momento, el muchacho no tuvo otra idea que la de escapar para ponerse a salvo; pero el comerciante no cesaba de llamarle y sonreírle, mostrándole una pieza de damasco riquísimo, como para atraerle.

Nils movió la cabeza, diciendo para sí: Jamás seré bastante rico para comprar un solo metro de esa tela.

El comerciante levantó un dedo, movió la cabeza y aproximó hacia Nils todo su montón de riquezas.

Luego sacó de su bolsa una pequeña moneda, lo más pequeña posible, muy gastada, y la mostró a Nils.

—¿Sería posible que vendiese todo por una sola moneda? —se preguntó Nils.

Nils comenzó a escarbarse los bolsillos. Sabía muy bien que no llevaba un céntimo, pero quería convencerse de ello. El muchacho tuvo que sacar el forro de sus bolsillos para demostrarle que no tenía un centavo.

Entonces el rico comerciante derramó una lágrima, muy decepcionado. Nils se impresionó tanto al ver su desolación, que, angustiado, se llevó las manos a la cabeza para discurrir el medio de ayudarlo. De repente se acordó de la pequeña moneda enmohecida que había encontrado entre la arena.

Echó a correr y pronto encontró la puerta por donde había entrado, y al salir de la ciudad se dirigió en busca de la pequeña moneda de cobre.

La encontró, en efecto; pero cuando trató de volver hacia la ciudad, ya no vio más que la mar inmensa. Ningún muro, ninguna puerta, nada de calles, ni casas, nada más que el mar.

El muchacho no pudo contener sus lágrimas.

En este momento se despertó el señor Ermenric y se aproximó a él. Como Nils no reparara en su presencia, tuvo que tocarle con el pico para llamar su atención.

—Creí que dormías, como yo —le dijo.

—¡Ah, señor Ermenric! —gritó Nils.— ¿Qué ciudad era esa que estaba aquí hace un instante?

—¿Has visto una ciudad? —preguntó la cigüeña—. La soñaste, seguramente.

—No fue un sueño —afirmó Nils. Y le refirió cuanto había visto.

Después de oírle, dijo el señor Ermenric: —Creo que te has dormido aquí sobre la arena y que has soñado; pero no por esto te ocultaré que Bataki, el cuervo, que es el pájaro más sabio del mundo, me dijo una vez que aquí, junto al agua, hubo antiguamente una ciudad llamada Vineta. Desgraciadamente, sus habitantes se dieron al lujo y al pecado, y en castigo la ciudad de Vineta fue tragada por el mar según cuenta Bataki. Los habitantes de aquella población no pueden morir, ni la ciudad desaparecer por completo, por lo que una noche cada cien años surge de las olas con todo su esplendor y permanece en la superficie de la tierra durante

una hora, para ver si logran vender una sola cosa de sus tesoros aunque sea por la más insignificante monedita.

—Sí, eso debe ser verdad, porque yo la he visto —añadió Nils.

LA LEYENDA DE ESMALAND

Martes 12 de abril

Los patos silvestres, después de atravesar felizmente el mar, descendieron, en el norte de Esmaland.

Caía la tarde. El paisaje era bellissimo con sus pequeñas colinas rodeadas de brillantes brazos de mar. Nils pensó involuntariamente en Blekinge, la provincia donde la tierra y el mar se confunden de una manera suave y tranquila.

Los patos se reunieron sobre un islote sin vegetación, al fondo de una bahía profunda. Al golpe de vista comprobó allí que la primavera había hecho notables progresos. Los magníficos árboles no tenían hojas todavía, pero la tierra a sus pies aparecía sembrada de anémonas, de musgo y de hepáticas.

Al ver este tapiz de flores, los patos temieron haberse retrasado demasiado. Okka decidió no detenerse en Esmaland. Al día siguiente, al amanecer, continuarían el viaje hacia el norte.

El verano anterior, siendo guardador de patos, Nils se encontraba diariamente con dos pobres muchachos de Esmaland, también guardadores de patos, la bonita Asa y su hermanito Mats, que siempre hablaban de Esmaland.

—¿Has oído hablar de cómo fueron fundados el Esmaland y la Escania? En el tiempo en que el Señor creaba el mundo —contó uno—, cuando más enfrascado se hallaba en su trabajo, acertó a pasar San Pedro por allí y se detuvo para mirar y preguntar si era aquél un trabajo muy difícil

—No es muy fácil —respondió el Señor.

San Pedro estuvo mirándole un buen momento, y después, viendo con qué facilidad disponía las tierras el Señor, tuvo la tentación de hacer él lo mismo.

—Pues bien; ya que lo quieres. Tú que eres novicio, continúa trabajando aquí; yo crearé, mientras tanto, otra provincia.

San Pedro aceptó y se separaron para trabajar cada uno por su lado.

El Señor se dirigió un poco más hacia el sur y puso manos a la fundación de La Escania. No duró mucho el trabajo, y una vez terminado, San Pedro fue en busca del Señor para rogarle que viese las nuevas tierras.

—Hace mucho que yo terminé mi trabajo —le dijo San Pedro, revelando en el tono de su voz lo satisfecho que estaba de su obra.

—Vamos a verlo —añadió el Señor.

Apenas hubo dado unos pasos, Nuestro Señor se detuvo asombrado.

—¡Cómo! ¿Qué has hecho, Pedro?

San Pedro miraba y remiraba, demudado. Sabiendo que nada vale para la tierra tanto como el calor, había amasado y amontonado piedra sobre piedra y roca sobre roca y construido un meseta para acercarse al sol todo lo posible. Sobre esta elevación rocosa había extendido una fina capa de humus, y abandonó su obra creyéndola perfecta

En el intervalo habían caído fuertes aguaceros. Cuando el Señor fue a ver el país de San Pedro, toda la tierra había sido arrastrada por la lluvia, y el fondo de granito aparecía por doquier. En puntos cubría las rocas una capa de hielo y de gruesa arena; pero se veía en seguida que aquella tierra no podía dar más que abetos, musgo y matorrales.

—¿Cuál fue tu intención al crear un país semejante? —preguntó el Señor.

San Pedro se excusó como pudo; el había querido construir un país tan elevado como fuese posible para que recibiese mucho sol.

–Pero tendrá que sufrir los rigores del frío y las heladas nocturnas –replicó el Señor– porque el frío también viene del cielo.

San Pedro no había pensado en esto. –Sí, éste será un país pobre y expuesto a las heladas –terminó diciendo el Señor–; habrá que dejarlo como está.

El Señor estaba acongojado; pero San Pedro no se acobardó por eso y trató de consolar al Señor. –No lo tomes tan a pecho –le dijo–. Espera al menos que tenga tiempo para crear un pueblo capaz de cultivar y arreglar los campos.

–No quiero que sigas haciendo tonterías –le repuso Jesús–. Al menos, dotaré a este país de gentes ingeniosas, alegres y trabajadoras. Vete tú a la Escania.

–¿Y quién hizo a la gente de la Escania? –preguntó Nils.

–¿Quién crees tú que fue? –respondió el pequeño Mats con un guiño burlón, mientras huía de la cólera del burlado.

LA VASIJA DE BARRO

Una tarde de primavera, cuando las cornejas habían instalado sus respectivos nidos, hicieron un extraño descubrimiento. La Ráfaga y la Borrasca, temibles urracas crueles y ladronas, usurpadoras del liderazgo de la bandada, habían descendido con dos compañeras al fondo de un hoyo situado en un rincón de la llanura. El hoyo estaba lleno de arena y las cornejas no llegaban a comprender por qué habían hecho los hombres esa excavación.

Poseídas de viva curiosidad, todo eran vueltas y revueltas y un constante remover la arena. De improvviso se desprendió sobre ellas una avalancha de grava. Entre las piedras y el ramaje de los matorrales desprendidos descubrieron una vasija de barro bastante grande con una tapa de

madera. Trataron de averiguar lo que la vasija contenía; pero fue inútil su intento de destaparla.

Contemplaban la vasija desalentadas, cuando oyeron una voz que les decía:

–¿Queréis ayuda, cornejas?

Levantaron la cabeza sorprendidas y vieron una raposa junto al hoyo abierto. Era una raposa de las más hermosas de color y aspecto que pudieran ver. Su único defecto consistía en la falta de una oreja –Si deseas prestarnos tu ayuda, no la rechazaremos –dijo la Ráfaga echando a volar rápidamente con todos sus compañeros.

La raposa saltó al fondo del hoyo y se puso a morder la vasija y a tirar la tapa para arrancarla; mas no consiguió abrirla.

–¿Adivinarías lo que tiene dentro? –preguntó la Ráfaga.

La raposa hizo rodar la vasija, y les dijo que contenía dinero.

Esto era infinitamente superior a lo que las cornejas habían podido pensar.

–¿Crees verdaderamente que es dinero? –preguntaron con los ojos desmesuradamente abiertos por la codicia, por cuanto, aunque pareciera extraño, nadie ama más el dinero en el mundo que las cornejas.

–Escucha y oirás cómo suenan las monedas –añadió la raposa haciendo rodar nuevamente la vasija–. Desgraciadamente, no sé cómo abrirla.

–No, no hay ningún medio a nuestro alcance –suspiraron las cornejas.

La raposa se rascaba la cabeza con su pata izquierda, mientras reflexionaba. Y pensaba que, con la ayuda de las cornejas tal vez pudiera apoderarse de aquel pequeñuelo que volaba con los patos silvestres.

–¿Saben quién es el que podría abrirles la vasija? –dijo al fin.

–¿Quién? Di el nombre –gritaron las cornejas.

La raposa les habló de Pulgarcito, afirmando que sería capaz de abrir

la vasija, por lo que debían obligarle a venir. A cambio de este buen consejo la raposa exigía que las cornejas le entregaran a Pulgarcito, después que les prestase el deseado servicio. Las cornejas aceptaron la proposición.

Pero faltaba lo más difícil; faltaba saber dónde estarían los patos silvestres y Pulgarcito. La Ráfaga se puso en camino acompañada de cincuenta cornejas. Prometió volver pronto; pero pasaron los días sin que la vieran de regreso.

RAPTADO POR LAS CORNEJAS

Miércoles 13 de abril

Los patos silvestres despertaron con la aurora y se pusieron a comer un antes de emprender la travesía de Ostergotland. El islote donde habían dormido era estrecho y pelado; pero en las aguas habían bastantes plantas para alimentarse bien. El pequeño, por el contrario, no encontraba nada que comer.

Hambriento, se entretenía mirando en torno suyo, cuando descubrieron sus ojos dos ardillas que trepaban en sus juegos de uno a otro árbol. Imaginando que las ardillas tendrían guardadas provisiones de invierno, Nils rogó al pato que le llevara allí para pedirles un par de nueces.

El pato blanco accedió, nadando inmediatamente a través de las aguas y llevando consigo a Pulgarcito, pero tan entregadas a su juego estaban las ardillas, que no oyeron las súplicas del muchacho. Saltaban de árbol en árbol, internándose cada vez más en el bosque. Nils, que quiso seguirlos, no tardó en perder de vista al pato, que se había quedado junto al agua.

Pulgarcito avanzaba entre algunas plantas de anémonas blancas que le cubrían hasta la cabeza, cuándo súbitamente, se sintió cogido por

detrás. Se volvió rápidamente y vio una corneja que le había agarrado por el cuello de la camisa. Nils se debatía con toda su energía; pero una segunda corneja que llegaba en auxilio de la primera, le atrapó por las piernas, haciéndole caer. Por muchos puntapiés y puñetazos que diera, no consiguió deshacerse de sus enemigos, que emprendieron el vuelo de un modo tan imprudente, que a Nils se le nubló la vista y perdió el conocimiento:

Cuando pudo abrir los ojos se hallaba muy lejos de tierra. Al volver en sí no se dio cuenta de dónde estaba ni de lo que había pasado. En ese momento bajaron las cornejas.

A su mente acudían un tropel de preguntas. ¿Cómo no se hallaba sobre las espaldas del pato blanco?

De repente lo comprendió todo: le habían raptado las cornejas. El pato blanco le esperaba en la ribera y los patos se preparaban para partir aquel mismo día hacia la Ostrogocia

Cincuenta cornejas rodearon al muchacho, dirigiendo hacia él sus picos amenazadores.

—Ahora, señoras cornejas, espero que me digan por qué motivos me han raptado —dijo.

Una corneja le gritó: —Cállate si no quieres que te saque los ojos.

Nils tuvo que callar porque la corneja se mostraba dispuesta a poner en práctica su amenaza. Cuanto más las miraba menos simpáticas las encontraba. Su plumaje aparecía asquerosamente mal cuidado. Su terrible aspecto daba a entender que no conocían el baño ni el aceite que abrillanta las plumas.

—He caído en poder de una banda de ladrones —pensaba.

En ese momento oyó sobre su cabeza el grito de llamada de los patos silvestres. —¿Dónde estás? Estamos aquí.

Comprendió en el acto que lo iban buscando sus compañeros de

viaje; pero no pudo responder. La corneja grande que actuaba de jefe de la bandada, le dijo al oído: "Piensa en tus ojos". Y Nils no tuvo más remedio que callarse.

Los patos silvestres no podían saber que estaba tan cerca de ellos.

—Ahora Nils —se dijo el muchacho— tendrás que arreglártelas tú solito.

—Te llevaremos a un lugar donde harás un trabajo para nosotras —graznó ásperamente la más fea y grande de las urracas, que era la Ráfaga.

Otra urraca de gran tamaño, que tenía una pluma blanca en un ala y se veía más aseada que las demás aunque tenía un aspecto algo tontorrón, se adelantó ofreciendo: —Oye, Ráfaga, yo trataré de llevarlo sobre mis espaldas.

—Si tú puedes, tanto mejor —dijo el jefe.

Nils sintió algún alivio. —"No porque haya sido robado por las cornejas voy a acobardarme —pensó—. Yo sabré dar buena cuenta de estos miserables".

Las cornejas continuaban siempre hacia el sudoeste. Era una bella mañana de sol; y cantaban los pájaros sus canciones de amor.

Apenas fue conocida la nueva, la Borrasca y centenares de cornejas acudieron volando para ver a Pulgarcito. En medio de los gritos ensordecedores que hacían oír los dos grupos, Fumla—Drumla, la corneja de la pluma blanca, susurró a Nils al oído: —Te has demostrado tan digno y valeroso durante este viaje, que te he tomado cariño. Voy a darte un consejo: apenas lleguemos te pedirán que ejecutes cierto trabajo; pero pon cuidado.

Algunos minutos después Fumla—Drumla dejaba a Nils en el fondo de un gran agujero. El pequeñín se dejó caer por tierra como agotado por la fatiga

—Pulgarcito —dijo la Ráfaga—, levántate. Vas a hacernos una cosa que te será muy fácil.

Pero Nils no se movió. Parecía dormir profundamente. Entonces la Ráfaga le cogió un brazo y le arrastró hasta el sitio donde estaba la vasija de barro.

—Levántate y abre esta vasija —le ordenó.

—Déjame morir —respondió el muchacho—. Estoy muy fatigado y no puedo hacer nada esta tarde. Espera a mañana.

—¡Abre la vasija! —gritó la Ráfaga, sacudiéndole con el pico.

El pequeño se levantó de mala gana y se puso a examinar la vasija —¿Crees posible que pueda abrir vasija semejante? Es más grande que yo.

—¡Abrela! —repitió la Ráfaga—. Abrela si estimas en algo tu vida.

El muchacho se levantó, se aproximó a la vasija tambaleándose y tras intentar abrirla dejó caer los brazos

—Nunca me he sentido tan cansado como hoy. Si me dejaras descansar hasta mañana, creo que podría conseguir lo que deseas.

Pero la Ráfaga estaba rabiosa y lanzándose hacia él le dio un picotazo en una pierna. Sufrir tal trato de una corneja ya era demasiado. El muchacho dio algunos pasos atrás, sacó de la vaina su cuchillo y se dispuso a defenderse.

—¡Ten cuidado! —gritó a la Ráfaga

Pero a la corneja no se fijó en el cuchillito de su rival, y al abalanzarse sobre el muchacho le entró por un ojo, penetrándole hasta el cerebro. Nils retiró rápidamente el arma; la Ráfaga cayó a sus pies entre los esterres de su agonía.

—¡La Ráfaga ha muerto! ¡El extranjero ha matado a nuestro jefe! —exclamaron las cornejas.

Nils comprendía el peligro en que se hallaba, mirando desesperadamente en tomo suyo en busca de un lugar dónde refugiarse. De repente descubrió la vasija. De un golpe logró arrancar la tapa y saltó dentro para

ocultarse. La vasija no le ofrecía un buen refugio por hallarse llena hasta el borde de monedas de plata. No había manera de esconderse allí. Nils comenzó a tirar monedas para hacerse un hueco.

Las cornejas le rodeaban formando un enjambre espeso; pero cuando vieron rodar las monedas ante sus ojos atónitos, olvidaron su sed de venganza para recogerlas. El muchacho arrojaba el dinero a manos llenas y las cornejas, sin excluir a la Borrasca, luchaban por atraparlo.

Nils no se atrevió a levantar la cabeza hasta que hubo arrojado al suelo todas las monedas de plata; en el hoyo que formaba el terreno sólo quedaba una corneja. Era Fumla–Drumla, con su pluma blanca en el ala, la que había llevado a Pulgarcito.

–Tú me has prestado un servicio más grande de lo que te puedas imaginar, Pulgarcito –le dijo con un tono de voz muy distinto–; yo te salvaré la vida. Salta sobre mis espaldas y te conduciré a un sitio donde pasarás la noche con seguridad. Mañana ya procuraré que te reúnas con tus patos silvestres

LA CABAÑA

Jueves 14 de abril

Cuando el muchacho se despertó al día siguiente vio con sorpresa que se hallaba entre cuatro paredes, bajo techo, y creyó estar en su casa.

–Dentro de un ratito vendrá mi madre a traerme el café.

Pero luego cayó en la cuenta de que estaba en una casita abandonada, a donde Fumla–Drumla, la de la pluma blanca, la había llevado la tarde antes.

Saltó sobre la mesa y con ayuda de la cortina ascendió al estante que había encima de la ventana. Cuando estaba guardando unas cerillas en su saco, la corneja de la pluma blanca entró por la ventana.

–¡Ya estoy aquí! –dijo–. No he podido venir antes porque hemos tenido que elegir el jefe que ha de sustituir a la Ráfaga

–¿Quién ha sido elegido? –preguntó Nils.

–Ha sido elegido un jefe que no permitirá el pillaje ni el robo. Ha sido elegido jefe Pluma–Blanca –respondió la corneja, adoptando aire majestuoso.

–Es una buena elección –dijo Nils, felicitándola por ello.

En ese momento el muchacho oyó una voz en la ventana que creyó reconocer. –¿Es aquí donde está? –preguntó Esmirra, la raposa.

–Sí, aquí es donde está –respondió una voz de corneja.

–Cuidado, Pulgarcito –advirtió Pluma–Blanca–. La Borrasca está en la ventana con la raposa, que quiere devorarte.

En efecto, Esmirra comenzaba a golpear la ventana. La vieja madera podrida cedió y apareció Esmirra. Pluma–Blanca no tuvo tiempo de ponerse a salvo y Esmirra la mató de un golpe. Seguidamente saltó a tierra y comenzó a husmear buscando al muchacho. Este trató de ocultarse detrás de un paquete de estopa; pero Esmirra le había descubierto y se preparaba a darle caza. La casita era tan baja y estrecha que Nils comprendió que la raposa iba a alcanzarle. Rápidamente frotó una cerilla, la aplicó a la estopa, y la arrojó sobre la raposa. Loca de terror, ésta huyó afuera de la cabaña.

Desgraciadamente, Nils, para escapar de un peligro había caído en otro. La estopa inflamada había prendido en las cortinas de la cama. Nils saltó a tierra y trató de apagar el fuego, pero era tarde.

–Muy bien, Pulgarcito –gritaba Esmirra–. ¿Qué es lo que prefieres? ¿Dejarte asar o salir de ahí?

Nils estaba convencido de que la raposa sentía viva satisfacción al ver la espantosa rapidez con que el incendio se propagaba. Nils saltó hasta el hogar cuando oyó rechinar una llave en la cerradura. A pesar del peli-

gro en que se hallaba desechó el miedo y llegó a alegrarse. Se precipitó hacia la puerta y cuando llegó a ella se abrió como por encanto. Ante él aparecieron dos niños y sin fijarse en ellos, se lanzó fuera.

—¡Buenos días, Asa, guardadora de patos! ¡Buenos días, pequeño Mats!

Ante aquella miniatura de hombre que corría hacia ellos con los brazos abiertos, los dos niños se cogieron de la mano y retrocedieron aterrizados.

Al ver su espanto, Nils recordó dónde estaba; nada le podía acontecer más terrible, que llegar a ser visto por esos niños bajo el aspecto de un duende. Lleno de vergüenza volvió la espalda y escapó sin saber a donde dirigirse.

Al llegar a la llanura, el muchacho tuvo un buen encuentro: entre la bruma entrevió algo de color blanco; el pato, iba hacia él. Al verle correr con tanta precipitación, el pato creyó que Nils era perseguido. Volando rápidamente pudo alcanzarle, y sobre sus espaldas se lo llevó velozmente por los aires.

DEL TABERG A HUSKVARNA

Sábado 16 de abril

Cuando Nils despertó, la mañana estaba hermosa y clara. Los patos y el muchacho se elevaron por los aires; pronto advirtieron una montaña muy alta con los flancos casi verticales y la cumbre como truncada; comprendieron que debía ser el Taberg. En lo más alto, Okka, y los seis patos jóvenes, les esperaban. Cuando vieron que el pato y Finduvet conducían a Pulgarcito, se desbordó el júbilo entre los cloqueos, gritos y un batir de alas indescriptible.

El bosque ascendía a bastante altura por los flancos del Taberg, pero

la cumbre estaba desnuda de vegetación. Desde lo alto se descubría un vasto panorama. Al este, al sur y al oeste, no se veía más que una llanura bastante pobre, sombreada por extensiones de abetos y hornagueras negruzcas.

Al día siguiente, prosiguieron viaje. Estaban del mejor humor y gritaban tanto, que nadie que tuviera ojeas podía dejar de oírles. Era en aquella región el primer día hermoso de primavera

Los primeros que descubrieron los patos aquel día, fueron los mineros de Taberg, ocupados en arrancar el mineral a flor de tierra. Los patos silvestres, siempre en medio de su algazara, seguían por el río Taberg. Pasaron primero sobre la fábrica de papel de Munksjo. Era la hora de entrada al trabajo, y en grupos los obreros se dirigían hacia la puerta de la fábrica. A los gritos de los patos silvestres se detuvieron un momento para escucharles.

—¿Adónde van? —preguntó un obrero.

Los patos silvestres grazanron y el muchacho contestó:

—Donde no hay máquinas ni calderas.

El viaje continuó a lo largo de la orilla del Vettern; los patos llegaron a la altura del sanatorio de Sanna. Algunos enfermos, que para gozar el aire primaveral habían salido a una galería, los oyeron. —¿Adónde van? —preguntó uno de ellos con una voz tan débil que apenas se le oía.

—Al país donde no hay penas ni dolores —respondió el muchacho.

—¡Dejadnos ir con ustedes!

—¡No este año! —replicó Nils.

Un poco más allá y los pájaros llegaron a Huskvarna. En el momento en que llegaban se oyó una campana; multitud de niños salieron de la escuela. Eran tantos que llenaron el patio de recreo.

—¿Adónde van? —preguntaron los niños, al ver los patos silvestres.

—Donde no hay libros ni lecciones —respondió el muchacho.

–¡Llevadnos también! ¡Llevadnos!

–¡No este año! ¡Otro año! –respondió Nils.

Viernes 22 de abril

Nils dormía una noche sobre un islote del lago de Takern cuando fue despertado por el golpe de los remos sobre el agua. Apenas hubo abierto los ojos vio una luz deslumbrante. Era una barquilla junto a los cañaverales.

Dos viejos estaban en ella. Uno, sentado, sosteniendo los remos, y el otro, de pie, tenía en la mano un arpón, con redes burdamente tejidas.

–Para –ordenó el aldeano cuando llegaron junto al islote donde estaba durmiendo el muchacho. Con un movimiento rápido echó el arpón al agua. Cuando hubo pescado una gruesa anguila, dijo: –He aquí una que no es pequeña. Creo que ya hay bastante para esta noche y que podemos regresar.

Su compañero no movía los remos; miraba como encantado en torno de él:

–¡Qué bien se está esta noche en el lago! –dijo.

En verdad que era así. Todo estaba en calma; el agua se extendía inmóvil, a excepción de la estela que el bote dejaba al marchar. El otro volvió la cabeza para no quedar deslumbrado por la antorcha, y miró en torno suyo.

–Sí, es un hermoso país –dijo al fin.

Sábado 23 de abril

Nils volaba muy alto; bajo sus pies se extendía la gran llanura de Ostergotland. Gozaba de mirar las bellas granjas allá abajo. La mayor parte de las granjas eran grandes casas blancas de dos pisos, de aspecto tan soberbio, que Nils no salía de su asombro.

–Habría que creer que no hay aldeanos en este país –pensaba– porque aquí no hay granjas de labradores.

Los patos silvestres gritaron: –¡Aquí los aldeanos viven como señores!

–¡Qué son esos cangrejos que se arrastran por el suelo? –preguntaba Nils.

–¡Arados y bueyes! –respondieron los patos.

Los bueyes avanzaban tan lentamente, que apenas se notaba en ellos movimiento alguno. Aquí y allá se veían caballos que tiraban del arado. Caminaban con mayor rapidez que los bueyes. Un hombre caminaba por la carretera; le precedía un pequeño ganado, de lechoncitos de Escania, que no contaban más que algunas semanas y que esperaba vender en el norte. Los lechoncitos trotaban vivamente, a pesar de los pequeños que eran, y se apretujaban unos contra otros para protegerse.

Cuando atravesaban esta inmensa llanura, Nils pensó de repente en un relato que había leído hace tiempo y que recordaba vagamente. Tratábase de una prenda de vestir parecida a una falda, cuya mitad era de terciopelo bordado en oro y la otra mitad de paño burdo de color gris. Alguien había cubierto el paño burdo con tantas perlas y piedras preciosas que brillaban con mayor belleza y suntuosidad que el terciopelo bordado en oro.

Y recordó lo del paño burdo, viendo Ostergotland desde su altura, porque esta provincia la forma una inmensa llanura, rodeada de regiones montañosas llenas de bosques que se extienden al norte y al sur. Estas alturas, de un azul magnífico, resplandecen en la claridad de la mañana bajo ligeros velos de oro; la llanura, que se extendía hasta el infinito sus campos desnudos no presentaba menos atractivo a la mirada que el paño burdo.

Los patos habían abandonado el rincón del Omberg y remontaban su vuelo por el canal de Gota hacia el este. Al llegar a Norkoping, los patos

dirigieron su vuelo hacia las florestas de Kolmarden. Un instante después seguían un viejo camino vecinal que serpenteaba al pie de las pendientes abruptas.

KARR

Unos doce años antes de que Nils Holgersson realizara su gran viaje, ocurrió que un propietario de Kolmarden pensó en deshacerse de uno de sus perros. Llamó a uno de sus guardas y le dijo que aquel perro no cesaba de atacar a los corderos y gallinas; se lo debía llevar al bosque y pegarle un tiro.

El guardia ató el perro y se lo llevó. A pesar de que no era un hombre malo, el guarda experimentaba cierto placer de deshacerse de aquel perro, porque sabía que el animal, además de atacar corderos y gallinas, se escapaba con frecuencia al bosque para atrapar alguna liebre o gallo silvestre.

El perro, pequeño y negro, tenía el pecho y las patas de delante amarillos. Se llamaba Karr y era tan inteligente que comprendía todo lo que le decían los hombres. —¡Qué alegría sentirían muchos de los que están entre la maleza si supieran lo que me espera! —se decía.

Y se puso a menear el rabo y a dar ladridos de contento para que no se sospechara nada.

Pero, de pronto, cambió su estado de ánimo: extendió el cuello y levantó la cabeza como para aullar. Y en vez de ir al paso del guarda se fue quedando atrás; se advertía que le dominaba una idea desagradable.

El verano apenas había comenzado. Los ciervos acababan de dar al mundo sus pequeños y la víspera por la noche había conseguido Karr arrebatar a su madre un cervatillo que no tendría más allá de cinco días y que arrastró hacia una marisma. Allí le había perseguido, no para darle

caza, sino simplemente, por el placer de ver el terror que le infundía. La madre, que sabía que en esta época del año, poco tiempo después del deshielo, no tiene fondo la marisma y, por lo tanto, apenas si puede sostener un gran animal como ella, permaneció cuanto le fue posible sobre la tierra firme; pero como su pequeño se alejaba más y más, se lanzó de golpe en la marisma y poniendo en fuga al perro recogió a su hijo y volvió hacia la orilla. Los ciervos son más hábiles que los otros animales para avanzar a través de las marismas y el evitar el hundirse en el fango; los dos animales no revelaban temor por hallarse aún distantes de la tierra; pero llegados cerca de la orilla, sobre la cual acababa de poner el pie de la cierva madre, ésta se hundió en el limo. Fue en vano todo su esfuerzo, pues se hundía más y más. Karr miraba lo que estaba sucediendo sin atreverse a respirar viendo que la cierva no aparecía. No ignoraba que le esperaba una paliza terrible si se llegaba a descubrir que había sido la causa de la muerte de una cierva. Y le entró tal miedo, que sólo dejó de correr al llegar a su casa.

Tal es la aventura cuyo recuerdo acababa de asaltar a Karr, ninguna de sus antiguas hazañas le había afligido de tal manera. Sin querer causar el menor mal a la cierva ni a su pequeño, les había causado la muerte.

—Tal vez no hayan muerto —pensó al cabo.— Puede que se hayan salvado.

Sintió un deseo violento de saberlo. El guarda no sujetaba el lazo muy fuerte; Karr dio un salto brusco y escapó corriendo libremente a través de la marisma; estaba ya lejos cuando el guarda se repuso de su sorpresa. Corrió tras él y logró alcanzarle en la marisma, de pie sobre un otero, a algunos metros de tierra firme, aullando con fuerza. Deseoso de saber lo que ocurría, el guarda avanzó arrastrándose sobre el hielo. No tardó en ver una cierva ahogada en el limo. Junto a ella estaba su pequeñuelo, aún

con vida, pero ya sin fuerzas para seguir lanzando su gemido. Karr se acercó al cervatillo y tan pronto lanzaba un aullido en demanda de socorro como le lamía.

El guarda llevó a tierra al animal. El perro estaba loco de contento. Saltaba en torno al guarda, dando ladridos y lamiéndole las manos. El guarda se llevó el cervatillo y lo encerró en su establo. Inmediatamente requirió el auxilio de otros hombres para sacar a la cierva grande de la marisma. Por fin llamó al perro y se lo llevó nuevamente al bosque. Una vez en camino cambió de propósito, porque se encaminó hacia el castillo.

El amo estaba en la escalinata. Karr se encogió cuanto pudo cuando el guarda comenzó a hablar de los ciervos. Pero éste hizo el elogio de Karr que sabiendo que los ciervos estaban en peligro y había querido salvarlos. —Que el señor me perdone —acabó diciendo—; pero ya no puedo matar a este perro.

Karr levantó las orejas. Aunque no hubiera querido revelar su inquietud, no pudo retener un débil ladrido lastimero. El dueño contestó que no podía menos que reconocer que Karr se había portado bien; pero como estaba decidido a no tenerlo un día más, pensó un poco acerca del asunto.

—Si tú te encargas de él y me garantizas que no volverá a cometer ninguna fechoría, le dejaré con vida —dijo al fin. El guarda aceptó, y he aquí el por qué Karr fue a habitar a la casa forestal.

LA HUIDA DE PELO GRIS

Desde entonces dejó Karr de cazar furtivamente. Cuando todo estaba en calma y el guarda cuidaba sus plantas, Karr se iba a jugar con el cervatillo.

En un principio, Karr no había tenido el menor deseo de ocuparse de él, pero como seguía a su dueño por todas partes, le acompañaba también al establo en las horas en que correspondía dar la leche al pequeño. Karr se sentaba delante del abrevadero y se entretenía viendo beber al cervatillo. El guarda había bautizado a éste con el nombre de Pelo Gris, porque no creía que el cervatillo mereciera un nombre más bonito.

El cervatillo tenía unas largas patas desgavilladas y tan mal puestas, que hubiera podido decirse que iba montado sobre zancos. La cabeza era enorme, vieja y arrugada, y caminaba siempre ladeando hacia uno y otro costado. La piel, demasiado floja, formaba pliegues y bolsas. Tenía un aspecto triste y desolado, pero, cosa extraña, apenas veía a Karr se mostraba contento de estar con él.

El animalito parecía enfermo, no crecía y su estado empeoraba cada vez más; por último, acabó no levantándose del suelo ni aun al ver a Karr. El perro saltaba entonces sobre el abrevadero; una débil lucecilla iluminaba los ojos de la pobre bestia. Desde entonces Karr le hacía todos los días una visita; pasaba a su lado horas enteras, lamiéndole, jugando y saltando con él, a la par de que le enseñaba lo que necesita saber un animal del bosque.

Poco a poco se fue registrando un hecho notable; el cervatillo comenzó a mejorar y a crecer. Su crecida fue tan rápida, que a las dos semanas no podía entrar donde estaban los becerritos y hubo necesidad de trasladarlo a un pequeño lugar de pastoreo cercado con una valla. Dos meses más tarde tenía unas patas tan largas que podía saltar la cerca sin dificultad.

Pelo Gris llevaba ya cinco años en casa del guarda, cuando el propietario de aquel terreno recibió una carta del director de un jardín zoológico del extranjero proponiéndole la venta del animal. El guarda quedó

desolado, pero nada podía hacer. La venta del ciervo quedó resuelta. Karr supo pronto lo que se tramaba y corrió a instruir a su amigo. El perro estaba afligido ante la idea de perderlo; pero el ciervo aceptó su suerte con calma.

—¿Es qué piensas dejarte llevar sin resistencia? —le preguntó Karr.

—¿Para qué resistir? —replicó el ciervo—. Ciertamente, prefiero continuar aquí; pero como me han comprado no tardarán en llevarme.

Karr miró al ciervo, midiéndole con los ojos. Se veía que no había alcanzado todavía el límite de su talla; no tenía los retoños muy desarrollados, la jiba muy alta ni la crin tan espesa como los ciervos adultos, aunque no era menos fuerte que ellos.

—Se ve que ha estado siempre cautivo —pensó Karr— pero nada le dijo.

Karr no volvió a ver al ciervo hasta después de medianoche, a la hora en que sabía que Pelo Gris, luego de un sueño, hacía su primera comida.

—Haces bien, Pelo Gris, dejándote llevar —le dijo—. Lo único triste es que tengas que abandonar el país sin conocer el bosque. Ya conoces la divisa de los tuyos: “Los ciervos y el bosque son una misma cosa”.

—De haber querido hubiese visto el bosque; pero yo no puedo salir del encierro —contestó con su acostumbrada indolencia.

—En efecto, es imposible cuando se tienen las patas tan cortas —dijo Karr.

El ciervo le miró con el rabillo del ojo. Karr, siendo más pequeño, saltaba la empalizada varias veces al día. Pelo Gris se aproximó a la cerca, dio un salto y, sin saber cómo, se vio libre. Karr y Pelo Gris se encaminaron hacia el bosque. Era una hermosa noche, iluminada por la luna.

Karr le llevó a la parte del bosque donde crecían enormes abetos, tan juntos que el viento casi no podía penetrar.

—Aquí es donde los miembros de tu familia se ponen al abrigo de la tempestad y del frío dijo Karr—. Pasan el invierno a pleno aire. Tú te alo-

jarás mejor. Durante el invierno te meterán en un establo, como si fueras un buey.

—¿Tienes algo más que enseñarme dijo al fin— o me lo has mostrado todo?

Karr le condujo a una gran marisma, donde le mostró los islotes y las laderas abruptas.

—Cuando los ciervos son perseguidos se salvan a través de esta marisma —dijo Karr—. No sé cómo lo consiguen siendo tan grandes y pesados; pero no se hunden en el limo. Tú no podrías marchar por un terreno tan peligroso; pero, felizmente, no tendrás necesidad, porque a ti no te perseguirán los cazadores.

Pelo Gris no respondió; pero de un salto se lanzó a la marisma. Sentíase feliz al percibir el temblor de los islotes bajo sus pies y corrió en todos sentidos por las laderas; después volvió al lado de Karr.

—¿Hemos visto ya todo el bosque? —preguntó.

—Todavía no —respondió Karr.

Y condujo al ciervo hacia el arrenal, donde crecían hermosos árboles llenos de hojas: robles, álamos y tilos.

—Es aquí donde los de tu raza vienen a comer hojas y cortezas —dijo Karr—. Consideran que es como un regalo, pero tú tendrás en el extranjero mejor alimento.

El ciervo contempló con admiración los árboles que extendían sobre su cabeza sus copas verdes. Y saboreó las hojas de los robles y la corteza de los álamos.

—Esto es bueno y amargo —dijo—. Es mejor que el trébol.

—Al menos lo habrás probado una vez —dijo el perro.

Más arriba condujo al ciervo junto a un pequeño lago.

¿Qué es esto? —gritó. El no había visto nunca un lago.

—Es un lago —respondió Karr—. Tu gente tiene la costumbre de atrave-

sarlo nadando de una a otra orilla. Tú no sabrás hacerlo pero podrías darte un baño.

Apenas dijo esto, Karr se echó al agua y se puso a nadar. Pelo Gris permaneció en tierra un rato; pero acabó por seguir al perro. Cuando el agua envolvió blandamente su cuerpo, experimentó una voluptuosidad que le hizo jadear; quería hundir su espalda bajo el agua y se alejó de la orilla; se puso a nadar. Nadaba cerca de Karr y parecía en su elemento. Cuando salieron a la otra orilla Karr le propuso arrojarle al agua nuevamente.

—Aún está lejos la mañana —objetó el ciervo—. Demos otra vuelta por el bosque.

Penetraron otra vez en el bosque. Pronto llegaron a un pequeño claro iluminado por la luna; la hierba y las flores brillaban bajo el rocío; allí pastoreaban grandes animales. Había un ciervo y varias ciervas, algunos más jóvenes y otros más pequeños. Al verlos se detuvo Pelo Gris. Apenas si fijó su mirada en las ciervas y los cervatillos; parecía fascinado ante un ciervo viejo, jefe de la tribu, que ostentaba un bosque de cuernos y una alta jiba en sus espaldas; una barba recubierta de largos pelos pendía de su cuello.

—¿Quién es aquél? —preguntó Pelo Gris. Su voz temblaba de emoción.

—Se llama el Coronado —contestó Karr— y es pariente tuyo. Tú también tendrás un día, como él, un bosque de cuernos y una crin, y si te quedaras en el bosque conducirías un rebaño como ése dentro de algún tiempo.

—Puesto que es de mi familia —añadió Pelo Gris— voy a verle más de cerca. Yo no había imaginado ver un animal tan soberbio.

Se aproximó al rebaño; pero pronto volvió corriendo hacia Karr, que se había quedado esperándole bajo un árbol.

—¿Acaso no te ha querido recibir? —preguntó Karr.

—Le he dicho que era la primera vez que veía a mis padres y él me ha amenazado con los cuernos.

—Has hecho bien retirándote —dijo Karr—. Un joven como tú que apenas si tienes los primeros cuernos no puede medir sus fuerzas con los viejos ciervos. Hubiera sido otra la canción del bosque si él hubiera cedido sin resistencia ¿Y esto qué puede importarte a ti, que no has de quedar en él, porque tienes que vivir en el extranjero?

No había acabado Karr cuando Pelo Gris le volvió la espalda para marchar al lugar de donde venía. El viejo ciervo se puso ante él y comenzó la lucha. Cruzaban sus cuernos y se embestían con todas sus fuerzas. Pelo Gris retrocedía a lo largo del claro del bosque, sin que al parecer supiera valerse de su fuerza; pero al llegar a los linderos del bosque hundió más firmemente sus pies en el suelo y arqueándose hizo un esfuerzo vigoroso y consiguió rechazar a su adversario. Luchaba en silencio, mientras su viejo rival soplaba y rechinaba sus dientes. De pronto se oyó el ruido de algo que se resquebrajaba. Era un retoño que saltaba del bosque de madera del viejo ciervo. Retrocedió bruscamente y huyó hacia el bosque.

Karr esperaba a su amigo bajo los árboles.

—Ahora has visto todo lo que hay en el bosque —le dijo a Pelo Gris al regresar—. ¿Quieres que volvamos a casa?

—Sí, ya es hora —respondió el ciervo.

Caminaron en silencio. Karr suspiró varias veces, como víctima de una decepción; Pelo Gris marchaba con la cabeza alta, contento de su aventura. Avanzó hacia su encierro sin vacilación; pero al llegar, se detuvo.

—Los ciervos y el bosque son una misma cosa —gritó. Y tras esto echó atrás su cabeza y huyó precipitadamente hacia el bosque.

Una tarde Okka y su bandada descendieron a la orilla de un lago del bosque. Nils, que había perdido un zueco por la mañana, corría entre los alisos y los álamos de la orilla, buscando algo con que resguardar su pie.

Debió ir bastante lejos para encontrar lo que buscaba. Había encontrado un pedazo de corteza de álamo que se ajustaba bien a su pie, cuando escuchó a sus espaldas un rumor de hojas secas. Se volvió y advirtió una culebra que avanzaba hacia él. Era muy larga y muy gruesa. Nils vio que tenía una mancha clara en cada mejilla, y permaneció quieto.

–No es más que una culebra –pensó– y no llegará a hacer me daño.

Pero la culebra se abalanzó sobre él y le dio tal golpe en el pecho que le echó de espaldas. Nils dio un salto y echó a correr, mas la culebra lanzóse en su persecución. Al descubrir una roca escarpada se dispuso a escalarla. Ya en lo alto vio que el animal trataba de seguirle.

Junto al muchacho había una piedra casi redonda, gruesa como una cabeza de hombre, situada junto a la pendiente y que parecía suelta. Viendo que se aproximaba la culebra, corrió Nils a ponerse tras la piedra y la empujó con toda su fuerza. La piedra rodó recta hacia la culebra y le aplastó la cabeza

–Ya estoy salvado –dijo Nils exhalando un suspiro, mientras la culebra hacía algunos movimientos bruscos hasta quedar inmóvil–. Creo que no he corrido tantos riesgos como ahora en todo el viaje.

Apenas se había repuesto del susto oyó un batir de alas y vio un pájaro que descendía cerca de la culebra. El muchacho se ocultó prudentemente en un hoyo. Guardaba muy vivo recuerdo de su aventura con las cornejas.

El pájaro negro describió algunas vueltas en torno del cadáver y, por último, le empujó con el pico. Tras esto batió dos o tres veces las alas y gritó con voz sobrealagada

–Es Indefensa, la culebra; la he encontrado muerta aquí. No es posible que en el bosque haya dos culebras tan grandes. No puede ser más que ella.

Y se dispuso a hundir su pico en el cuerpo de la culebra; pero se contuvo.

–No hagas el bestia, Bataki –murmuró–. ¿Cómo es posible que pienes en comerte la culebra antes de haber llamado a Karr? No querrá creer que Indefensa, su enemiga, ha muerto, si no lo ve con sus propios ojos.

Nils no pudo reprimir una carcajada. Le oyó el pájaro y de un vuelo se plantó sobre la roca. Nils se levantó y fue hacia él.

–¿No eres tú el llamado Bataki, el cuervo amigo de Okka? –le preguntó.

El pájaro se le quedó mirando y agitó tres veces su cabeza.

–¿Serás tú, acaso, el que vuela en compañía de los patos silvestres y al que llaman Pulgarcito?

–Soy el mismo –contestó Nils.

–¡Qué suerte haberte encontrado! ¿Podrías decirme quién ha matado a esta culebra?

–La ha aplastado una piedra que he hecho rodar desde lo alto de la roca –dijo Nils. Y acto seguido le refirió cuanto había acontecido.

–Eso está muy bien para un hombrecito como tú –dijo el cuervo–. Yo tengo por aquí un amigo que se pondrá muy contento cuando sepa la muerte de la culebra.

Bataki había vuelto la cabeza y aguzaba el oído.

–¡Escucha! –prorrumpió de pronto–. Karr no está lejos ¡Qué contento se podrá!

Nils escuchaba también.

–Habla con los patos silvestres.

El muchacho y el cuervo se dirigieron rápidamente hacia la orilla.

Todos los patos habían salido del agua y habían entablado conversación con un perro viejo, tan cansado y tan débil, que se esperaba verlo caer de un momento a otro.

–Mira a Karr –dijo Bataki a Nils–. Dejémosle que oiga lo que le cuenten los patos y después le diremos que la culebra ha muerto.

–¡Karr, Karr! –gritó en ese momento una voz humana desde el bosque. El viejo perro se irguió de nuevo.

–Es mi amo que me llarna –dijo– y no puedo retardar mi vuelta. Hace un momento le he visto cargar su escopeta. Hemos venido al bosque por última vez.

EL DESHIELO

Jueves 28 de abril

Era la primera hora de la mañana. Los dos pequeños esmalandeses, Asa, la guardadora de patos, y el pequeño Mats, caminaban por la carretera que de Sudermania conduce a Narke pensando en los muchos pasos que se ahorrarían si pudieran atravesar el gran lago en vez de darle la vuelta.

No ignoraban los peligros que ofrece confiarse al hielo de la primavera, pero el que estaban viendo parecía completamente sólido.

–Intentémoslo –propuso el pequeño Mats–. Sólo con que procuremos no caer en ningún agujero creo que podremos llegar muy bien.

Se aventuraron a través del lago. El hielo no estaba muy resbaladizo y se mantenía firme bajo los pies. Sin embargo, había un poco más de agua de lo que imaginaban; a trozos se veía el hielo poroso y dejaba pasar el agua con cierto glogloteo. Estos eran los escollos que había que evitar, pero nada más fácil en pleno día y bajo tan hermoso sol.

–Creo que la orilla se aleja de nosotros –dijo el pequeño Mats.

En medio de esta gran llanura de hielo, nada hubiera que pudiera protegerles contra el viento oeste que a cada minuto aumentaba su violencia y les plegaba los vestidos contra su cuerpo, de tal manera, que les hacía bastante penosa la marcha. Este viento frío y penetrante era el primer motivo de disgusto que encontraron. Lo que les causaba un gran asombro era que el viento llegara con mucho ruido, como si trajera hasta allí el estruendo de un gran molino o de una fábrica. ¿De dónde podía llegar tal batahola?

Hubo un momento en que creyeron que este ruido nacía de las olas que se estrellaban contra la ribera entre espumarajos de espuma. Pero ¿cómo había de ser esto posible si el lago permanecía helado?

Detuvieron el paso y miraron en torno de ellos. Entonces descubrieron a lo lejos, hacia el oeste, una blanca muralla de escasa altura que cortaba el lago de parte a parte. En el primer momento la tomaron como un montículo de nieve que bordeara un camino; pero no tardaron en comprender que aquello no era otra cosa que la espuma de las olas que se lanzaban contra el hielo.

Al ver esto se cogieron de la mano y echaron a correr sin pronunciar palabra. El lago se había abierto allá abajo.

–Asa –dijo el pequeño Mats–, esto es el deshielo.

–Sí, es el deshielo, pero aún podremos llegar a tierra. Corre, corre.

En este momento pasó sobre sus cabezas una bandada de patos silvestres cortando el aire en vuelo rápido. Gritaban hasta ensordecer. Los niños creyeron oír estas palabras:

–Esperen donde están, esperen donde están.

Los niños no contestaron, pero obedecieron. Los bancos de hielo no tardaron en unirse, facilitándoles el paso de este modo. Otra vez se dieron la mano para correr juntos. El extraño socorro que les prestaban los patos les infundía tanto temor como el peligro.

Cuando vacilaron de nuevo ante el camino a seguir, dijo la misma voz:

–Adelante, sigan adelante.

Así continuaron durante media hora. Por fin pudieron abandonar el hielo y ganar la orilla a través de agua poco profunda.

–Espera un poco aquí, pequeño Mats –dijo Asa–. Yo he olvidado una cosa.

Y al llegar corriendo a la orilla se puso a buscar en su bolsón y sacó un pequeño zueco, que colocó bien visible sobre una piedra. Tras esto corrió hacia su hermano.

Apenas hubo vuelto la espalda, un gran pato blanco descendió hasta la piedra y tras apoderarse del zueco se remontó rápidamente.

Cuando los patos silvestres dieron por terminada la ayuda que podían prestar a Asa y Mats, emprendieron su vuelo hacia el norte hasta llegar a Vastmanlandia, donde descendieron en medio de un gran prado para comer y descansar. Nils también sentía hambre; pero no veía cómo podría saciarla. Miraba a todos lados hasta que descubrió dos hombres que araban un poco más allá. De pronto terminaron su trabajo y se sentaron para almorzar.

El chicuelo se dirigió hacia ellos con la esperanza de recoger algunas migajas o que le dieran algún pedazo de pan cuando ya hubiesen terminado.

Junto al campo pasaba un camino por el que avanzaba un viejo, el cual, al ver a los dos labradores, les dijo:

–Yo también iba a almorzar.

Y sacando de su saco un pedazo de pan con manteca, se sentó próximo a ellos, añadiendo:

–Es más grato comer en compañía que hacerlo solo, sentado al borde de un camino.

Entraron en conversación y en buena amistad comenzaron a alabar unos y otros las excelencias de la tierra que habitaban.

EN LAS LADERAS DE LA MONTAÑA

Los patos tuvieron una travesía pesada. Después de haber almorzado se dirigieron hacia el norte, pero como el fuerte viento del oeste fuese en aumento, fueron arrastrados hacia el este en dirección de Uppland.

Volaban a gran altura y el viento, con su violencia, les hacía adelantar rápidamente. Nils alargaba el cuello para ver mejor el aspecto de la región, pero no podía distinguir nada. Pudo observar, sin embargo, que los terrenos de la parte este eran uniformes, mas no acertaba a comprender lo que eran ciertos surcos que iban de norte a sur, atravesando el llano. Lo que más le extrañaba era que los surcos fuesen casi rectos y marchasen en línea paralela.

–Esta tierra –decía Nils– tiene rayas como el delantal de mi madre.

Alrededor de un agujero había grandes montones de piedras y una máquina de vapor que resoplaba en un cobertizo. Mujeres y niños se encontraban esparcidos sobre el terreno escogiendo las piedras y por una estrecha vía eran arrastrados por caballerías algunos vagones cargados de pedruscos rojizos. Junto a los linderos del bosque existían modestas viviendas obreras.

Nils no adivinaba lo que aquello pudiese ser y a voz en grito preguntó:

–¿Qué sitio es éste del cual se sacan tantas piedras de la tierra?

Entonces comprendió el chico que lo que tenía delante era una mina, y se extrañó porque creía que las minas sólo existían en las altas montañas y no en terreno llano, entre dos riachuelos que descendían de los montes.

Pronto el chiquillo volvió a mirar hacia adelante creyendo que no habría nada más que observar entre aquellos terrenos forestales; pero apenas se habían separado un poco oyeron un estrépito formidable que provenía de tierra. Al mirar hacia abajo pudo observar un pequeño torrente que en forma de cascada salía con fuerza de la ladera de una montaña. Junto a la cascada había un gran edificio de oscura techumbre y alta chimenea que lanzaba humo espeso salpicado de chispas, y contiguo al edificio, hierro en barras y planchas y montículos de carbón.

—¿Qué sitio es éste —gritaba el chiquillo— en que nadie se cuida de que dentro de esa casa se estén matando unos a otros?

—¡Ja, ja, j a! —rió una paloma blanca—. ¡Ahí va uno que no sabe que es el hierro que hace ese ruido cuando se le golpea con el martillo.

Habían volado ya un buen rato después de esto cuando oyó el sonido de una campana y miró hacia abajo para ver de dónde procedía. Entonces vio una casa de labor como no había visto nunca. Sobre la techumbre de la dependencia destinada a cuadra y bajo un pequeño cobertizo estaba la campana que le había llamado la atención. El amo, seguido de un gran número de criados, se dirigía hacia la cocina y movido por la curiosidad que sentía, gritó:

—¿Qué clase de gente es ésta que construye tan grandes casas de labor en medio del bosque, no habiendo tierras de labradío en derredor?

Un gallo que se hallaba sobre un montón de basura, le contestó:

—Esto es la antigua vivienda de un minero; las tierras de labor están en el subsuelo.

Y entonces comprendió el chicuelo que aquellos bosques que había atravesado no eran como muchos otros sobre los que había volado ya. En todas partes existían verdaderamente bosques y montañas; pero no todos ofrecían cosas tan nobles ni riquezas tan grandes como aquéllos.

Declinaba el sol cuando el viento cesó de soplar, y los patos, abruma-

dos de fatiga, creyeron que su vuelo se haría más fácil y que podrían hacer un buen recorrido antes de que desapareciera por completo la luz solar. De repente se desencadenó un irresistible huracán que arrastró a los patos, lanzándoles por los aires como si fuesen pompas de jabón. El chicuelo fue arrastrado por el viento y su cuerpecito quedó largo rato a merced del aire que soplabla con furia, cayendo finalmente a tierra como si fuese débil hoja desprendida de un árbol.

Pulgarcito cayó de espaldas y como tuvo la suerte de que el descenso fuese lento, no se hizo ningún daño. Repuesto del susto se levantó del duro suelo, recogió su gorro y empezó hacer señales con para llamar la atención de sus compañeros de viaje, sin dejar de repetir a voz en cuello:

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí!

Como transcurriera el tiempo y Okka no apareciese, se decidió a marchar en su busca apenas amainase.

A la mañana siguiente, al despertarse con el amanecer, fue extraordinario el júbilo de la bandada de patos al ver que Nils dormía entre ellos.

Sentían tales ansias por saber lo que le había acontecido a Nils, que nadie pensó en levantar el vuelo para ir en busca de alimento. Y allí permanecieron todos hasta que Nils terminó de referirles lo que le había sucedido.

—Y ya saben cómo he llegado hasta aquí —dijo Nils.

—No, no lo sabemos; te equivocas. Nosotros no sabemos nada. Creíamos que te habías estrellado al caer.

—Trepé a lo alto de un abeto y me dormí. A los primeros albores del día observé que se aproximaba hacia mí una gran águila, que, cogiéndome entre sus garras, me llevó consigo. ¡Y entonces sí que creí llegado mi último momento! Pero no fue así, porque el águila no hizo más que traermelo directamente, en rápido vuelo, hasta dónde aquí me dejó.

—¿Y no te dijo el águila quién era? —le preguntó Okka

—No —contestó Nils.— Marchó tan ligera que no me dio tiempo ni para darle las gracias.

Okka miró a sus compañeros como interrogándoles acerca de lo que pudiera pensarse del suceso; pero todos miraban hacia el espacio como si no les importase lo que acababan de oír.

—No debemos olvidar que todavía no hemos almorzado esta mañana —dijo Okka.

Y abriendo sus alas emprendieron los patos el vuelo.

LA MEJORA DE LA HERENCIA

La vieja población minera

Entre las poblaciones de Suecia ninguna le gustaba tanto al cuervo Bataki como la ciudad de Falun, y apenas llegada la primavera, en que la tierra quedaba libre de hielo, hacia ella volaba con objeto de permanecer unas semanas en las cercanías de la vieja mina.

Al mismo tiempo, Nils, con la bandada de patos, se hallaba en la orilla de un lago próximo.

Quiso la casualidad que una fuerte racha de viento abriese una de las puertas de las ranuras y el cuervo se precipitó por ella, con tan mala fortuna, que apenas hubo entrado cerró el viento la puerta, quedando dentro, con la esperanza que el viento volviese a abrir la puerta, lo que no sucedió.

Tan prolongada y triste soledad hizo que el cuervo comenzara a graznar en demanda de auxilio, consiguiendo llamar la atención de unos pajarillos que volaban por los alrededores de la casa y que llevaron la noticia de lo que sucedía a otras aves, que vinieron en tropel dispuestas a hacer todo lo posible para liberar al acongojado cuervo.

Pronto llevó el aviso una paloma y no tardó en presentarse Okka lle-

vando sobre sus espaldas a Nils, quienes después de consultar con su amigo salieron en dirección a un caserío cercano, donde recogieron hilo, un martillo y un punzón, objetos que, olvidados junto a la casa, habían servido de juego a unos niños, y en un vuelo se volvieron hacia la casa.

Una vez allí ató Nils el hilo en lo alto de la chimenea y se deslizó hacia el interior llevando consigo los objetos enumerados. Aunque las paredes no eran muy gruesas, le costó mucho abrir un boquete. El hervor que no concedía a Nils un momento de reposo, daba muestras de la impaciencia que sentía con sus gritos, y como observase que el muchacho diera señales de fatiga, le dijo con el propósito de hacerle más llevadero el trabajo:

—¿Quieres que te cuente un cuento?

—Sí —contestó el muchacho, abrumado por la fatiga, que apenas si le permitía sostener la herramienta en la mano.

EL CUENTO DE LA NIÑA DE FOLU

—Yo he pasado en esta vida horas buenas y horas malas —comenzó diciendo el cuervo— y como más de una vez he sido prisionero del hombre, de ahí que haya logrado conocer su lenguaje y aprender este cuento.

—“Hace muchos, muchísimos años, que en este sitio vivía un gigante que tenía dos hijas, y como era viejo y se sentía morir, las llamó y les dijo: —“Mi principal riqueza consiste en una montaña llena de mineral de cobre; pero antes de dejarles esta herencia tendrán que prometerme que si algún extraño llegase a descubrirlas, le matarán antes de que pudiese dar cuenta a nadie del hallazgo”.

La mayor de las hijas, de corazón duro y sentimientos perversos, prometió cumplirlo sin vacilar. La otra, de condición más humana y sensible,

reflexionó antes de hacer alguna promesa.

Por entonces descubrió un campesino que al volver por la noche el ganado a los corrales, un macho cabrío traía los cuernos colorados y que, por más que se los lavaron, volvieron a aparecer igualmente colorados al día siguiente.

A la otra salida del ganado tuvo el campesino especial cuidado en vigilar al macho cabrío, logrando descubrir que, apenas llegado al bosque, restregaba el animal sus cuernos sobre unas piedras rojizas. Tomó el campesino algunas de ellas, las mordisqueó y olió y, por último, dedujo que había dado con alguna clase de mineral.

Meditaba acerca de esto al pie de la colina donde había hecho el hallazgo, cuando, inesperadamente, vio que desde la cumbre se desprendía una gran piedra que, rodando, rodando, fue a caer sobre el macho cabrío, que quedó aplastado.

Como viese en lo alto a la hija del gigante, le preguntó el campesino: –¿He hecho algo contra alguno de los tuyos para que quieras matarme?

–Ya sé que nada me has hecho –contestó la gigante–: pero he de matarte porque has descubierto esa mina de cobre, que es mía

Y dicho esto trató de hacer rodar un pedrusco.

–No tengas tanta prisa en matarme– replicó el campesino–. Además, para cumplir tu promesa no debes matarme a mí, puesto que fue el macho cabrío el que descubrió la mina, y a éste ya le mataste.

Y se mostró tan razonable el campesino, que acabó convenciendo a la gigante. Y al salir con vida de aquel trance se dedicó a trabajar la mina y, una vez rico, construyó allí una hermosa finca, a la que puso el nombre del macho cabrío muerto.

El último del cual se tenía noticia de que hubiera podido ver el filón que mejoraba la herencia era un joven minero, natural de Falun, de rica

familia. Quería casarse con una joven campesina muy bella, pero fue rechazado por el único motivo de no querer ella vivir en Falun, donde el humo de las chimeneas daba un aspecto tan triste a la población, que sólo pensar en ello entristecía a la campesina.

Le entristeció tanto el aspecto de su ciudad, que desviándose del camino que a ella conducía vagó inconscientemente hasta el anochecer, en cuya hora, al último resplandor del crepúsculo, vio algo extraño que atraía su mirada y hacia lo cual se aproximó, descubriendo entonces que era un hermoso filón de cobre.

–¡Hoy me persigue la desgracia! El haber descubierto esta riqueza me costará la vida.

Y pensando en ello se dirigió hacia su casa. Cuando apenas había echado a andar, se le presentó la mayor de las hijas del gigante.

–Me llama la atención lo que tú puedas hacer por acá –le dijo– porque he observado que durante todo el día has rondado por estos lugares.

–Lo he hecho –contestó el joven minero– buscando un sitio ameno donde vivir, porque la muchacha a quien amo no quiere vivir en Falun.

–¿Es que no piensas venir a explotar el filón que acabas de descubrir?

–No; quiero acabar con mis trabajos mineros, porque, de no hacerlo, no podría conseguir la mujer que amo.

–Atente a tu propósito y yo te aseguro que no te sobrevendrá daño alguno.

Con esto terminó el cuervo su relato, y si bien Nils se mantuvo en vela, no adelantó mucho su trabajo.

–¿Y qué sucedió luego? –preguntó Nils con interés.

–Ya te lo diré cuando termines el agujero y pueda yo salir.

Nils continuó su tarea. El cuervo le dijo, al fin, que el joven minero cumplió su palabra y se casó con la joven; pero que aún podría contarle más cosas si terminaba pronto el agujero.

Y momentos después refería Nils todo a la vieja Okka, que había estado esperándole.

LA GUARDADORA DE PATOS Y EL PEQUEÑO MATS

La enfermedad

El mismo año del viaje de Nils Holgersson se hablaba mucho de dos niños, un muchacho y una jovencita, que atravesaban el país en busca de su padre. Eran de Esmaland, del cantón de Sunnerbo; habitaban con sus padres y cuatro hermanos y hermanas, una pequeña cabaña en los linderos de un arrenal inmenso. Cuando los dos niños eran pequeños todavía, una vagabunda llamó una tarde a la puerta e imploró un rincón donde pasar la noche. Aunque la cabaña era muy pequeña y estaba ya llena, la madre le arregló un lecho sobre el suelo. Durante la noche había estado a punto de morir y al amanecer continuaba demasiado enferma para continuar su camino.

Los padres de los niños habían sido con ella sumamente buenos. Le habían cedido su propia cama y el padre había ido a la farmacia en busca de una medicina. La enferma en los primeros días se mostró exigente e ingrata, pero, poco a poco, se fue suavizando y cambiando su carácter, aunque no dejaba de suplicar que la llevaran fuera y la dejaran morir sobre la hierba. Poco después moría la enferma y comenzaron las desgracias.

La época que siguió a la muerte de la pobre vagabunda fue para los niños como un mal sueño. No recordaban el tiempo exacto que había pasado, pero tenían la impresión de haber asistido a una serie ininterrumpida de entierros.

El dolor no había abatido a la madre; pero el padre había cambiado mucho. Ya no bromeaba ni trabajaba. Desde la mañana hasta la noche

permanecía con la cabeza entre las manos, entregado a amargas reflexiones. Una vez, después del tercer entierro, prorrumpió en exclamaciones desvariadas que asustaron a los niños. No comprendía por qué se cebaba en él la desgracia ¿No habían realizado una buena acción al recoger a la enferma? ¿Es qué el mal puede más que el bien? ¿Cómo permitía Dios que una mujer malvada causara tantos males? La madre trató de consolarle, sin que él la escuchara

Dos días después los niños perdieron a su padre, no por haber muerto, sino por haberse marchado, abandonándolo todo. Por entonces fue cuando cayó enferma la hermana mayor. El padre la quería más que a los otros hijos y al verla morir perdió la cabeza, y se fue. La madre no se lamentó ante el abandono pues temía verle loco.

Con la marcha del padre cayeron en la más completa pobreza. Al principio les enviaba algún dinero; pero estos envíos cesaron pronto. Y el mismo día que enterraron a su hermana mayor, la madre cerró la casa y partió con los dos niños que le quedaban. Al llegar a la Escania, dispuesta a trabajar en los campos de remolacha, encontró ocupación en la refinería de Jordberga. Era una buena operaria y se comportaba de un modo franco y alegre. Todos la querían, aunque se extrañaban de verla tan tranquila después de tantas desgracias; pero la madre era una mujer muy resignada, fuerte y resistente. Si le hablaban de los niños que llevaba consigo, contestaba invariablemente:

—Tampoco vivirán mucho.

Se había acostumbrado a no esperar nada y lo confesaba así, sin una lágrima.

Sin embargo, se equivocaba. Fue ella la que murió primero, y su enfermedad duró menos que las de sus hijos. Llegada a Escania en la primavera quedaban sus hijos en la mayor orfandad al comienzo del otoño.

Durante su enfermedad repitió varias veces a sus hijos que recordaran

siempre que ella no había lamentado haber acogido a la pobre enferma. “Nada tiene de extraordinario –decía– morir después de haber cumplido con su deber, nadie escapa a la muerte, y cada cual escoja entre morir con la conciencia limpia o cargada de remordimientos”.

Antes de morir se preocupó del porvenir de sus hijos, logrando que se les dejara en la habitación que ocupaban. Los niños no podían ser una carga para nadie; seguramente se ganarían la comida. Quedó convenido, en efecto, que a cambio de la habitación, se dedicaran los dos hermanos durante el verano a guardar los patos. La conducta y laboriosidad de los niños demostraron que la madre no se equivocaba. La pequeña Asa hacía bombones y su hermano fabricaba objetos de madera que vendían en seguida en las granjas. También se dedicaban a cumplir encargos y se les podía confiar cualquier cosa que fuese. La niña era mayor, a los trece años se mostraba razonable como una mujer. Era grave y silenciosa, y su hermanito alegre y hablador en tal grado, que su hermana le decía que él y los pájaros eran los que más charlaban en los campos.

Hacía dos años que los niños estaban en Jordberga. Una tarde hubo una conferencia popular en la sala de la escuela. Aunque se trataba de una conferencia para las personas mayores, los niños estaban en el auditorio. El conferenciante habló de la tuberculosis, esa terrible enfermedad que tantos estragos causaba todos los años en Suecia. Habló en términos sencillos y los dos hermanitos lo comprendieron todo.

Pensaron que si el padre y la madre hubiesen sabido lo que sus hijos habían aprendido aquella tarde, tal vez viviesen todos juntos todavía; si hubiesen quemado los vestidos de la pobre vagabunda, si hubiesen hecho una gran limpieza en la cabaña y no hubieran usado después la ropa de la cama, ¿no vivirían todos los que ellos lloraban ahora? Aquella tarde hablaron largamente.

Al día siguiente fueron a despedirse. Aquel verano no podrían guar-

dar los patos porque estaban obligados a marchar. Iban en busca de su padre. Querían decirle que la madre, los hermanos y las hermanas habían muerto de una enfermedad natural.

Los niños marcharon primero a su casita del arenal y, con gran terror, vieron al llegar que estaba ardiendo. De allí marcharon al presbiterio, donde se les dijo que un empleado del ferrocarril había visto a su padre en la Laponia, trabajando en las minas de Malmberg; tal vez continuaría allí. Al saber que los niños querían reunirse con su padre, el pastor les enseñó un atlas para advertirles cuán largo era aquel viaje; pero los niños no se intimidaron por eso.

Aunque habían hecho algunos ahorrillos gracias a su comercio, no querían gastarlos en trenes, por ello resolvieron recorrer a pie el largo trayecto. Y no tuvieron que arrepentirse de ello, porque hicieron un viaje maravilloso.

Antes de abandonar el Esmaland entraron en una granja para comprar algo que comer. La granjera era alegre y habladora. Les preguntó adónde iban y le refirieron su historia. La buena campesina no salía de su asombro. Sin querer cobrarles nada les dio muchas y buenas cosas, y cuando se levantaron para emprender el viaje les dio las señas de su hermano, que habitaba en la región próxima

–Irán a verle para darle noticias mías y al mismo tiempo podrían contarle vuestra historia.

Los niños siguieron fielmente este consejo y fueron tan bien acogidos en casa del hermano como lo habían sido en la de la hermana. Hasta les condujo en un carricoche a una granja del distrito contiguo, donde tenían buenos amigos. Y desde entonces, en cada casa se les hacía la misma exhortación:

–Si pasan por allá, entren en tal o cual casa y cuenten lo que les ha sucedido.

En casi todas las granjas que habían visitado de este modo habían encontrado un tuberculoso. Y sin saberlo, los dos niños recorrían el país, poniendo en guardia a las gentes contra la terrible enfermedad y enseñando el medio de combatirla

EL ENTIERRO DEL PEQUEÑO MATS

El pequeño Mats había muerto. Parecía imposible a cuantos le habían visto unas horas antes alegre y sano. Sin embargo, era verdad. El pequeño Mats había muerto e iba a ser enterrado. Murió una mañana al amanecer, sólo con su hermana Asa.

—¡No vayas a buscar a nadie! —le dijo el pequeño ya próximo a expirar.

Y su hermana obedeció.

—Soy feliz porque no muero de la “enfermedad”, Asa —prosiguió—. Y tú también ¿verdad?

Como Asa no contestara, continuó:

—Creo que importa poco morir desde el momento en que no muero como mi madre, mis hermanos y hermanas, porque estoy seguro de que tú no hubieras podido convencer a nuestro padre de que todos murieron de una enfermedad ordinaria; pero ahora lo conseguirás.

Cuando todo hubo acabado, Asa reflexionó largamente sobre lo mucho que el pequeño Mats había sufrido en la vida. Pensaba que había soportado todas las desgracias con el mismo valor que un hombre. Pensaba también en sus últimas palabras, que revelaban el mismo valor de siempre.

Sor Hilma había llegado a la cabaña un momento antes de la muerte del pequeño Mats. Esperaba no encontrarle con vida, porque la víspera había sabido que, habiéndose aproximado el pequeño Mats al pozo de

una mina, en el momento de hacer explosión un cartucho de dinamita, le habían alcanzado varias piedras. Quedó largo rato desvanecido en tierra; finalmente le habían recogido, curado y llevado a su casa; pero había derramado mucha sangre para poder seguir con vida.

Al llegar la enfermera pensó más en la hermana que en el pequeño Mats. La monja quedóse muy sorprendida al ver que la pequeña Asa no lloraba ni gemía y la ayudaba tranquilamente en todo. Al hablarle después Asa, comprendió esto.

—Cuando se ha de cumplir un deber como el mío para con el pequeño Mats —comenzó diciendo solemnemente—, lo primero que hay que pensar es en honrarle mientras sea tiempo. Después, no faltarán días para entregarse al llanto.

Y ambas se dedicaron a preparar para el pequeño Mats el funeral que ese valiente niño se merecía; luego se marchó directamente a la Laponia en busca de su padre.

ENTRE LOS LAPONES

Todos se apretaron para dejar sitio a los recién llegados. El hombre comenzó a hablar en tono vivo con los lapones en su lengua. La jovencita, que no comprendía nada de lo que decían miraba, presa de gran curiosidad, la marmita y la cafetera el fuego y el humo, a los lapones y a sus mujeres, a los niños y a los perros

Una lapona le pasó una taza llena de café, que le pasaron de mano en mano, y un muchacho, casi de su edad, se deslizó hacia ella y al llegar cerca, se tendió sobre el suelo sin dejar de mirarla

La jovencita comprendió que su amigo, Söderberg, refería su historias y el entierro que había hecho a su pequeño Mats. Hubiera querido que hablase menos de ella y más de su padre. Había oído decir que vivía

entre los lapones, y había venido en tren desde Gellivara a Kirunavara. Allí se portaron todos muy bien con ella. Un ingeniero había enviado a Söderberg, que hablaba lapón, para que la acompañara a buscar a su padre al otro lado del lago. Esperaba encontrarle al llegar y el corazón le palpitaba cuando al entrar en la tienda miró a todos los reunidos. Su padre no estaba allí.

Vio que Söderberg se ponía cada vez más grave mientras hablaba con los lapones. Estos movían la cabeza y de vez en cuando se llevaban el índice a la frente como para referirse a un hombre que había perdido la razón. Por último, ya inquieta y no queriendo esperar más, preguntó a Söderberg lo que decían los lapones.

–Dicen que se ha ido a pescar. No saben si volverá aquí esta noche; pero apenas mejore el tiempo irán a buscarle.

Dicho esto, Söderberg volvió vivamente la cabeza y reanudó su conversación con los lapones. Era evidente que hablaba de Jon Assarsson, su padre.

A la mañana siguiente amaneció un buen día. El mismo Ola Serka, el más influyente de los lapones, había prometido ir en busca de Jon Assarsson; pero no demostraba prisa. Acurrucado ante su choza, reflexionaba sobre el mejor modo de decir al padre que su hija había llegado en su busca.

Mientras Ola reflexionaba, Asa, la guardadora de patos, y Aslak, el joven lapón que tanto la había mirado la vispera, hablaban tranquilamente. Aslak, que había frecuentado la escuela, hablaba el sueco. Refería a Asa los rasgos del pueblo lapón, de los samos, asegurándole que ningún otro pueblo gozaba de una existencia más feliz. Asa le declaró con toda franqueza, que encontraba terrible la manera de vivir de los lapones.

–Si tú, Asa –dijo el muchacho–, te quedarás un mes aquí, un mes solamente, ya no podrías marcharte–. Calló Aslak. Su padre, Ola Serka, reti-

ró la pipa de su boca y se levantó. El viejo Ola comprendía el sueco más de lo que hubiera convenido confesar y comprendió cuanto había dicho su hijo. Ahora sabía ya cómo hablar a Jon Assarsson para comunicarle que su hija había venido a buscarle.

Ola Serka descendió hasta el lago y siguió las riberas hasta encontrar un hombre sentado sobre una piedra y con una caña de pescar entre las manos. El pescador tenía los cabellos grises y el cuerpo encorvado. Sus ojos reflejaban cansancio y daba la impresión de un ser desamparado.

–Buena debe ser hoy la pesca, Jon, cuando no has abandonado la caña toda la noche –dijo el lapón al saludarle.

Jon Assarsson se estremeció y levantó la cabeza. Sobre la hierba no había pescado y el anzuelo no tenía el menor cebo. Al oírle se apresuró a retirar la caña y cebar el anzuelo. El lapón se sentó sobre la hierba a su lado.

–Quisiera pedirte un consejo –comenzó diciendo Ola–. Tu sabes que yo tenía una hija que se me murió el año pasado y que me hace mucha falta.

–Ya lo sé –le interrumpió el pescador, cuyo rostro se nubló un instante, porque no gustaba oír hablar de niños muertos.

–Como no es cosa de que yo muera de pena, he pensado adoptar una jovencita. ¿Qué opinas tú?

–¿Qué me preguntas a mí? –contestó Jon.

–Voy a contarte lo que sé de la jovencita que he pensado adoptar –respondió Ola.

Y refirió a Jon que dos niños, un muchacho y una muchacha, habían venido a Malmberg para buscar a su padre; que el muchacho había perdido la vida en un accidente y que la hermana le había querido enterrar con los mismos honores que si fuera una persona mayor.

–¿Y esa jovencita es la quieres adoptar? –le preguntó el pescador.

—Sí —dijo el lapón—. Todos hemos oído su historia y hemos pensado que una niña semejante sería una hija muy buena para con sus padres.

Jon Assarsson no respondió; pero, transcurrido un momento y por no enojar a su amigo con su indiferencia, le preguntó:

—Pero, ¿esa niña pertenece a tu pueblo?

—No —respondió el lapón.

—Será, sin duda, la hija de uno de esos colonos que tienen la costumbre de vivir aquí, en el norte.

—No, viene de lejos, del sur —respondió Ola vivamente.

El pescador pareció interesarse más.

—¿No has dicho que tenía sus padres en Malmberg?

—El padre ha muerto —añadió el alpón con firme acento.

—¿Estás seguro, Ola?

—Naturalmente que sí —respondió el lapón—. ¿Hubiera tenido necesidad de recorrer el país con su hermano, de haber vivido su padre? ¿Se hubieran visto obligados a trabajar para ganarse el sustento de haber tenido un padre capaz de trabajar? ¿Estaría aquí sola, de tener padre, ahora que todo el pueblo samo habla de ella con admiración? La misma muchacha cree que su padre vive pero yo estoy convencido de que ha muerto.

El hombre de los ojos fatigados se volvió hacia Ola.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

El lapón reflexionó un instante.

—No me acuerdo. Yo se lo preguntaré; ahora está allá abajo, en mi choza.

—¿Cómo! ¿La has llevado a tu casa antes de saber si su padre, que no ha muerto, lo permite?

El pescador comenzó a subir el ribazo.

—¿Adonde vas? —le preguntó Ola.

—Quisiera ver a tu hija adoptiva, Ola.

—Muy bien; ven conmigo. Tengo la seguridad de que te parecerá buena la muchacha que he adoptado.

El sueco marchaba muy de prisa; poco después de haber echado a andar le dijo Ola:

—Ya me acuerdo de su nombre. Se llama Asa.

Jon apresuró el paso sin decir palabra. Ola Serka reía de satisfacción. Cuando estaba cerca del grupo de chozas, Ola añadió:

—Ha venido hasta estas tierras en busca de su padre; pero si no lo encuentra, yo tendré mucho placer en adoptarla.

El sueco ya no andaba, corría.

Cuando el hombre de Kirunavara que la víspera condujera a Asa a través del lago hasta el campamento lapón, regresó por la tarde a su punto de partida, se llevó en su barca a dos personas sentadas en el mismo banco y con las manos cogidas como para no separarse más: eran Jon Assarsson y su hija.

Jon Assarsson se mostraba más erguido y parecía menos fatigado; sus ojos despedían un destello luminoso y miraban con aire de bondad, como si tras infinitos esfuerzos hubiera encontrado al fin la solución de un problema angustioso; y Asa, la guardadora de patos, no miraba ya en torno de ella con aquella atención y aquella prudencia que le eran peculiares y que la hacían aparecer como una vieja. Tenía en quién apoyarse y esto la hacía volver a la niñez.

¡HACIA EL SUR! ¡HACIA EL SUR!

Sábado 1 de octubre

Nils, sobre las espaldas del pato blanco, viajaba por encima de las nubes. Volaban hacia el sur, formando un triángulo regular, treinta y un

patos silvestres. Las plumas zumbaban y las alas se agitaban en el espacio haciendo vibrar el aire; no se podía oír ni una voz.

Nils pensaba que ya debía ser tiempo de ponerse en camino hacia el sur porque nevaba mucho y la tierra estaba blanca en toda su extensión visible. Ultimamente lo habían pasado bastante mal allá arriba, en el valle de las montañas. La lluvia, la tempestad y la niebla se sucedían sin interrupción y si alguna vez se aclaraba un poco el tiempo, no tardaba en sobrevenir alguna helada. Las bayas y las setas con las que Nils se alimentaba se helaron o se echaron a perder, y había tenido que comer pescado crudo, que no le gustaba. Nils cantaba y reía al mismo tiempo, de contento.

No deseaba abandonar la Laponia sólo porque allí no alumbraba el sol, hiciera frío y escaseara la comida; había otra cosa que le arrastraba hacia la Escania

¡Ah, qué feliz era el saber que seguía el camino de la Escania!

Al divisar el primer bosque de abetos, agitó su gorra alegremente y saludó con un ¡hurra! las primeras casitas grises de los campesinos, las primeras cabras, el primer gato, las primeras gallinas. Cuando descubrió la capilla de Kvickjock, con un pequeño presbítero y la aldea que la rodea, ya fue otra cosa. Le pareció tan bello este rincón que las lágrimas saltaron de sus ojos.

Al despertar el día siguiente, Nils no vio el menor rastro de los patos silvestres. Llamó repetidas veces; pero en vano. No concebía que los patos hubieran podido abandonarle; si acaso, temía que hubiera podido ocmrirlas una desgracia. Se devanaba los sesos para imaginar un medio que le permitiera unirse a ellos, cuando de repente, Bataki, el cuervo, abatió el vuelo junto a él.

Jamás pudo imaginar Nils que pudiese saludar a Bataki con tanto cariño.

–Mi querido Bataki –le dijo–; ¡qué suerte que hayas venido! ¿podrías darme noticias del pato blanco y los patos silvestres?

–Precisamente vengo de su parte –contestó Bataki–. Okka había descubierto la presencia de un cazador y no se ha atrevido a venir en tu busca Me ha encargado que te conduzca adonde están los amigos. Sube sobre mis espaldas y dentro de un instante estaremos con ellos.

Nils saltó sobre las espaldas del cuervo, que le llevó hacia el sur.

–Este verano ha habido trigo aquí en la cosecha, –le dijo–. Mira si puedes encontrar algunos granos para comer.

Mientras Nils buscaba algunas espigas, de las que sacaba los granos que luego comía, Bataki se entretenía conversando con él.

Después de haber comido, Bataki y el muchacho continuaron su camino, siguiendo el curso del Ljusnan. Llegados cerca del pueblo de Kolsatt, en los límites de Hälsingland, el cuervo se detuvo junto a una pequeña cabaña, donde descansaron.

Los dos viajeros reanudaron el vuelo al día siguiente. El cuervo llevó a Nils a través de la parte de Herjedalen, vecina a la Dalecarlia, y descendió sobre una colina que dominaba la llanura.

–Bueno; puesto que estamos solos –dijo finalmente– quiero preguntarte una cosa. ¿Te has dado bien cuenta de la condición impuesta por el duende que te ha transformado, para que puedas volver a convertirte en hombre?

–La única de la que oído hablar, consiste en que yo debo conducir al pato blanco a la Laponia y llevarle sano y salvo a la Escania

–Precisamente es lo que yo pensaba –dijo Bataki–, porque la última vez que nos vimos, decías tú con orgullo que no está bien traicionar a un amigo cuya confianza se tiene. Tú procederías cuerdate si le preguntaras a Okka cuál es esa condición. Ella misma ha ido a tu casa para hablarle al duende.

–Okka nada me ha dicho.

–Sin duda que pensaba que era mejor para ti que no lo supieses. Te estima mas a ti que al pato blanco.

–Es curioso, Bataki –dijo Nils–, el modo que tienes de ponerme siempre triste e inquietarme.

–Tal vez pueda, en efecto, parecerte así –añadió el cuervo– pero tal vez creo que me agradecerás el que te repita las palabras del duende. Ha dicho que volverás a ser hombre cuando conduzcas al pato blanco a tu casa para que pueda matarlo tu madre.

Nils se levantó de un salto.

–¡Es una mala invención tuya, Bataki! –gritó.

–Ahora mismo puedes preguntárselo a Okka, porque creo que se aproxima con su bandada.

Miércoles 5 de octubre

Al día siguiente, aprovechando un momento en que Okka se había alejado un poco de los otros patos, le preguntó Nils si era verdad lo que le había dicho Bataki. Okka no pudo negarlo. El muchacho hizo entonces que la vieja pata le prometiera que por nada del mundo daría motivos para que el pato blanco sospechara lo más mínimo referente a este secreto. Bravo y generoso como era, podría obrar por su cuenta sin pedir consejo a nadie.

Después de esta conversación, Nils permaneció silencioso, recostado sobre las espaldas del pato y sin interesarse por nada.

Como es probable que tenga que viajar toda mi vida con los patos, ya tendré tiempo de ver este país más de lo que deseo –refunfuñó Nils.

Los patos silvestres descendieron en medio de una gran marisma, sobre una altura. Encontrándose en el aire vio Nils que al pie había algunas casas y resolvió que el camino era mucho más largo de lo que había

imaginado; al fin se hizo más clara la floresta y llegó a un camino. Un poco más lejos surgía una bella avenida de álamos que conducía a una quinta y Nils se encaminó por ella.

No se veía a ningún ser viviente y Nils pudo recorrer tranquilamente aquella posesión. Al penetrar en el jardín vio algo que casi le puso de buen humor. Se había subido a un serbal para comer algunos frutos, cuando advirtió los racimos encendidos de un grosello. Y se deslizó a lo largo del tronco. Al mirar en torno suyo observó que el jardín estaba lleno de grosellos rojos y negros y de frambuesas. Había nabos y rábanos en la huerta, granos en las plantas, espigas lozanas entre la hierba. Y allá, en medio de la avenida, una hermosa y gruesa manzana brillaba bajo los rayos de la luna.

Nils se sentó sobre un mullido lecho de césped, y cogiendo la manzana, comenzó a cortarla en pedacitos con su cuchillo.

No sería tan duro ser duende –se decía– si en todas partes pudiera uno alimentarse tan fácilmente.

De repente oyó un zumbido encima de su cabeza e inmediatamente descubrió ante él algo que le llamó la atención y tenía la forma de una bola. Ésta se deshizo y dos puntos luminosos brillaron como dos carbones encendidos en lo alto. Nils vio entonces que la bola tenía también un pico ganchudo y dos ojos ardientes, envueltos en un círculo de plumas. Esto le tranquilizó.

–¡Qué alegría encontrar al fin algún ser viviente! –pensó . ¿Podría decirme la señora lechuza cómo se llama esta posesión y quién la habita?

–Este dominio se llama Marbacka –respondió– y ha sido habitado por señores. Pero, ¿quién eres tú?

–He decidido instalarme aquí –exclamó el muchacho sin responder a la pregunta de la lechuza

–Esta posesión no es ya gran cosa si la comparamos con lo que era en otro tiempo –añadió la lechuza–; pero todavía se puede vivir en ella. Esto dependerá, sobre todo, del género de vida que tú quieras llevar y de lo que comas. ¿Piensas dedicarte a la caza de ratones?

–¡Dios me libre! –prorrumpió el muchacho–. Lo que voy a hacer es procurar que los ratones no me devoren. Yo en cambio, les podría hacer poco daño.

–No es posible que sea tan inofensivo como quiere hacerme creer –se dijo la lechuza–. No obstante, ya veremos.

En seguida se elevó un poco volando y abalanzándose sobre Nils Holgersson, le clavó las uñas en sus espaldas, al mismo tiempo que con el pico lo apuntaba a sus ojos para sacárselos. El muchacho se cubrió la cara con un brazo y con el otro trató de desprenderse del animal, pidiendo socorro con todas sus fuerzas. Y entonces se dio cuenta que estaba en peligro de muerte.

El mismo año en que Nils viajaba con los patos silvestres, había, precisamente, una persona que no dejaba de acariciar la idea de escribir un libro sobre Suecia, un libro que sirviera de lectura a los niños de las escuelas. Estuvo pensando en ello desde Navidad

hasta el otoño; pero no llegó a escribir una sola línea. Finalmente, ya cansada, se dijo:

–Tú no eres capaz de escribir ese libro. Siéntate a tu mesa y escribe cuentos e historias como hasta ahora, y deja a otro el cuidado de escribir un libro que sea instructivo y moral y en el que no haya, sobre todo, una palabra que no sea verdad.

Ya estaba dispuesta a abandonar su proyecto, aunque con pena, porque amaba escribir cosas de Suecia, cuando tuvo la idea que su incapaci-

dad provenía de vivir en una ciudad. De instalarse donde viera bosques y campos, tal vez no le faltara inspiración.

Había nacido en el Vermland y tenía la idea muy arraigada de comenzar su libro por esta provincia, para describir primeramente el rincón que la había visto nacer. Era ésta una pequeña propiedad, bastante aislada del resto del mundo, donde se conservaban muchos usos y costumbres de otros tiempos. Hacía años que no la visitaba y le gustaba tener un pretexto para ir a verla. Siempre sentía la nostalgia de su tierra.

A pesar de todo no era cosa fácil volver a ella, había sido vendida a gentes que no conocía. Seguramente no sería mal recibida; pero le repugnaba la idea de presentarse allí como una extraña. Decidió presentarse a la caída de la tarde, cuando todo el mundo estuviera de vuelta en su casa.

Jamás hubiera creído que aquello pudiera causarle una impresión tan extraña. Mientras el coche la conducía a la vieja casa se sentía rejuvenecer por instantes; ya no era una señora de cabellos grisáceos, sino una muchacha en traje corto y una mata de cabellos color de lino sobre la espalda.

Cuanto más se acercaba más feliz se sentía. Era el otoño, período de ocupaciones diversas, que bastaban para que nadie se aburriese. Había visto a las gentes cosechando papas, quizás estarían en lo mismo los habitantes de su casa.

Quando el cochero detuvo los caballos a la entrada de la avenida de álamos, como le había indicado la viajera, se vio rodeada de pequeños hornos a punto de ser encendidos y de corderitos de Navidad hechos de pastas. Estremecida, despertó bruscamente de su sueño. Era siniestro encontrarse sola casi al anochecer, después de haberse creído rodeada de todos los suyos. La angustia que se apoderó de la viajera y hubiera querido retroceder.

—¿Por qué no he venido antes a este lugar? No puedo encontrar las cosas como fueron —se decía.

Pero ya que estaba allí, podría, por lo menos, ver de nuevo la casita. Y prosiguió su camino, aunque más triste a cada paso.

Se detuvo ante el gran olmo que había cerca del enrejado de la entrada, contemplándolo todo. Y, cosa extraña, un enjambre de gorriones vino a abatir su vuelo junto a ella.

Apenas si podía creer que aquellos fuesen verdaderos pájaros. Sin duda, les había despertado una hermosa claridad de luna, y creyendo que era la luz del día, abandonaron su nido y al volar aturdidos vieron un ser humano y volaron hacia él, como si desearan salir a su encuentro.

Allá debían haber continuado viviendo multitud de pajaritos del tiempo de sus padres; los gorriones figuraban entre los animales que su padre había puesto bajo su protección particular.

¿No pudiera ser también que su padre le enviara con los pajaritos un buen recuerdo para que no se sintiera tan triste?

—En ninguna parte del mundo he podido llevar una existencia tan dulce como en estos pequeños dominios señoriales de mi infancia —pensaba—. Había una justa medida de trabajo y de placer y todos los días discurrían alegres. ¡Cómo me gustaría volver a aquellos tiempos!

Tras estas reflexiones, dijo, dirigiéndose al enjambre de gorriones: —¿Por qué no van a decirle a mi madre que siento la nostalgia de la casa? Ya estoy cansada de ir de un lugar a otro.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, se elevó en el aire todo aquel enjambre de gorriones. Trató de seguirles con la mirada; pero no tardaron en desaparecer.

En el preciso momento en que acababan de huir los gorriones, llegaron a sus oídos, desde el jardín, unos gritos, y vio algo extraordinario: un pequeñín, un buen hombrecito no más alto que la palma de la mano, que

se debatía entre las garras de una lechuza. En el primer momento, el estupor la dejó clavada en su sitio; pero como los gritos de Pulgarcito se hacían más angustiosos cada vez, intervino para separar a los combatientes. La lechuza volvió hacia un árbol, y el pequeñín quedó ante su salvadora

—Le doy las gracias por haberme socorrido —le dijo—; pero ha hecho mal en dejar escapar a la lechuza, porque me está acechando desde lo alto de aquella rama y eso impide que me marche.

—Ciertamente, he cometido una torpeza al dejarla marchar —confesó la señora—. Pero ¿no podría yo, en cambio, acompañarte hasta tu casa?

Aunque estaba habituada a escribir cuentos de hadas, no por eso le asombraba menos conversar con un duende. Sin embargo, estaba mucho menos sorprendida de lo que hubiera imaginado; no en balde había esperado alguna aventura extraordinaria.

—Es que yo tenía la intención de pasar aquí toda la noche —contestó el hombrecito—. Si usted pudiera proporcionarme abrigo seguro, yo no volvería al bosque hasta que apunte el día

—¿Proporcionarte abrigo? Pero, ¿acaso no habitas aquí?

—Ya me doy cuenta que usted me ha tomado por un duende —dijo el hombrecito—; pero soy un ser humano como usted, sólo que he sido transformado en duende.

—¡Esto es lo más extraordinario que he oído en mi vida! ¿Por qué no me cuentas todo lo que te ha sucedido?

Al muchacho no le disgustaba referir a alguien sus aventuras; y observaba que a medida que avanzaba en su relato, su interlocutora se mostraba más admirada, maravillada y contenta.

—¡Qué suerte haber encontrado a alguien que ha recorrido toda Suecia montado en un pato! —exclamaba la señora—. No tengo más que escribir tu historia para poder hacer este libro que tanto me ha preocupado.

En este momento cruzó por su mente una idea que apenas se atrevió a formular. Había enviado a su padre un mensaje por medio de los gorriones para decirle que sentía la nostalgia de la casa, y un instante después había sido favorecida con una aventura que la había causado mucha zozobra, al par que satisfacción. ¿Sería ésta la respuesta de su padre a lo que le había pedido?

EL TESORO DE LA PLAYA

Viernes 7 de octubre

Al cruzar el valle de Fryken tomaron otra dirección, dirigiéndose hacia el Bohuslän.

El viaje fue largo, y Nils recobró un poco de su antiguo buen humor. Se sentía contento de haber hablado con un ser humano. La dama le había dicho que mientras procurase hacer bien, podía estar seguro de que su aventura tendría un desenlace feliz.

–Creo, pato –le dijo una vez mientras iba con el pato blanco por los aires–, que será muy monótono para nosotros permanecer en casa todo el invierno. Estoy tentado de decirte que no haríamos mal si acompañásemos a los patos en su viaje al extranjero.

–Espero que no hables en serio –exclamó el pato muy alarmado, porque no deseaba otra cosa que reintegrarse al establo del granjero Holger Nilsson.

–Nunca vi la tierra tan bonita como hoy –prorrumpió después de un momento de silencio–. ¿No piensas tú que sería una desgracia no ver ya nada más en el mundo?

–Creí que tenías prisa por encontrar a tu padre y a tu madre, para hacerles ver lo bueno que te has hecho –contestó el pato.

Había estado soñando en el delicioso momento en que abatiría su

vuelo en el pequeño corral de la casa de Holger Nilsson, donde mostraría a Finduvet y a los seis patos silvestres a los patos domésticos, a las gallinas, a las vacas, al gato y a la señora Nilsson. La proposición de Nils apenas si le seducía

–¿Pero no encuentras que sería algo triste, pato Martín, no ver más tan bellas cosas? –preguntó Nils.

De repente, vieron el mar que se ofrecía ante ellos, irisado por reflejos rosa y azul, y aún les fue posible ver nuevamente el sol, enorme y encendido, encima de las olas donde iba a abismarse.

–¿Por qué afligirse, Nils Holgersson? –le decía el sol–. Es bueno vivir en este mundo, así para los grandes como para los pequeños. Es bella cosa ser libre y tener el espacio abierto ante sí.

EL DONATIVO DE LOS PATOS

Los patos se instalaron para dormir sobre un escollo, ante la ciudad de Fjellbacka. Como se aproximaba la media noche y la luna había ascendido muy alto en el cielo, la vieja Okka fue a despertar a Ykisi y Kaksi, a Kolme y Nelja, a Viisi y Kiisi. Y acabó de tocar con el pico a Pulgarcito

–¿Qué hay madre Okka? –gritó este poniéndose en pie de un salto. Nils vio que a su lado un lado se hallaba Gorgo, el águila.

–He venido –respondió Gorgo–; he cumplido muy mal la misión que me confiaste.

–Estoy segura –le dijo Okka– de que has hecho más de lo que aparentas, y antes de que refieras cómo te fue en el viaje, he de pedir al liliputiense que me ayude a buscar algo que debe estar escondido entre las peñas e islotes de estas playas. Hace una porción de años –continuó diciendo– que yo y un par de los que se han hecho viejos en la bandada,

fuimos arrastrados hasta estos lugares entre cuyas piedras hubimos de buscar refugio durante varios días. Sufrimos hambre y anduvimos buscando algo con que alimentarnos. No encontramos nada que comer y sólo vimos unos sacos medio enterrados en la arena, sobre los que nos lanzamos hasta romper sus telas a picotazos en la creencia de que pudieran contener trigo; pero aquellos sacos no contenían otras cosas que brillantes monedas de oro, y las dejamos donde estaban. En todos estos años no hemos pensado en tal hallazgo; pero por sucesos acontecidos en el pasado otoño, tenemos deseo de poseer dinero. No es probable que el tesoro se encuentre aquí todavía; pero, de todos modos, hemos de ver si lo hallamos.

El chico se metió entre las rendijas, y empezó a quitar arena en varios sitios. No encontró los sacos, pero sí un par de monedas que le pusieron sobre la pista, y haciendo un gran hoyo encontró el caudal derramado por allí, pues los sacos habían desaparecido por la acción del tiempo. Inmediatamente dio cuenta a la pata Okka, que al frente de la bandada vino a felicitarle con gran ceremonia .

–Tenemos que comunicarte –dijo Okka al pequeño Nils– que nosotros hemos pensado que si hubieses servido a los hombres y les hubieses hecho tanto bien como a nosotros, no se hubieran separado de ti sin darte una buena retribución.

–Soy yo el que debo estar agradecido, porque las enseñanzas de ustedes valen más que el oro –contestó Nils–; pero no tienen necesidad de esta riqueza, que de seguro ya no tiene dueño, porque aquí se encuentra abandonada.

–Sí; la necesitamos para dártela a ti como remuneración, para que vean tu padre y tu madre que has servido a señores de distinción.

El pequeño Nils se volvió entonces rápidamente, y muy ofendido se dirigió a Okka:

–Es muy extraño que me separen de ustedes y me paguen sin que yo haya dicho nada de marcharme.

–Sólo queríamos que supieses dónde se hallaba el tesoro; por lo demás, puedes continuar con nosotros mientras permanezcamos en Suecia

–Justamente es lo que yo digo; quieren que me separe de ustedes antes de tener ganas, ¿no podría acompañarlos también al extranjero?

Todos los patos, deseosos de demostrar su satisfacción, extendieron y elevaron su cuello, quedando un rato con sus picos entreabiertos, hasta que Okka, repuesta de la impresión, le dijo:

–Es verdad, no habíamos pensado en ello; pero antes de resolver sobre el particular, oigamos lo que Gorgo tiene que referir. Tú sabes que cuando salimos de la Laponia, Gorgo y yo convinimos en que iría a tu casa, en la Escania, a fin de conseguir para ti mejores condiciones de vida.

–Es cierto –replicó Gorgo–; pero no he tenido mucha suerte. Pronto tuve la certeza de haber encontrado la granja de Holger Nilsson, y después de haber volado algunas horas por encima de la casa, descubrí al duende.

Me dirigí a él y le conduje entre mis garras hasta un campo para hablar mejor con él. Le dije que venía de parte de Okka para suplicarle que aminorara las duras condiciones que le había impuesto a Nils Holgersson.

–Así lo quisiera –respondió– porque sé lo bien que se ha portado durante el viaje; pero eso no está en mi poder.

Me enfadé entonces, amenazándole con arrancarle los ojos a picotazos si no accedía

–Haz de mí lo que quieras –respondió–; pero no por ello le sucederá a Nils Holgersson otra cosa que lo que digo. Lo que tú debes decirle es

que vuelva con su pato blanco, porque las cosas de su casa marchan mal. Holger Nilsson ha tenido que pagar una gruesa suma de dinero. Después ha comprado un caballo con dinero prestado, y el caballo quedó cojo el primer día, sin que haya podido obtener ningún provecho de él. Dile a Nils Holgersson que sus padres han tenido ya que vender las vacas y no tardarán en verse obligados a abandonar la granja si no viene alguien en su ayuda.

Al oír este relato, Nils frunció el ceño y cerró los puños con fuerza.

LA CASA DE HOLGER NILSSON

Martes 8 de noviembre

El tiempo era gris y brumoso. Los patos silvestres se hallaban entregados a la siesta, cuando Okka se aproximó rápidamente a Nils, diciéndole:

–El tiempo parece calmado y he decidido que mañana atravesaremos el Báltico.

–Bueno –dijo Nils. Y su garganta se anudó. Esperaba, a pesar de todo, ser desencantado en la Escania.

–Ahora estamos bastante cerca de Vemmenhög –prosiguió Okka–. He pensado que tal vez quisieras hacer una visita a tu casa

–Será mejor que no vaya –respondió Nils; pero el tono de su voz indicaba lo mucho que le complacía esta proposición.

Okka respondió:

–Debes ir a informarte de la marcha de tu casa y de la salud de tus padres. ¡Quizás les podrás prestar ayuda!

–Tienes razón, madre Okka. Debí pensar en ello antes –respondió Nils muy excitado.

Un instante después estaban los dos en marcha hacia la granja de

Holger Nilsson. Descendieron al abrigo de un muro de piedra que rodeaba la granja.

–Es extraño que todo esté igual –exclamó Nils trepando por la cerca–. Parece que fue ayer cuando los vi venir, sentado en este mismo sitio.

–¿Sabes si tu padre tiene escopeta? –preguntó Okka de repente.

–Sí –dijo Nils–. Precisamente por esa escopeta quise yo permanecer en casa aquel domingo.

–Entonces no me atrevo a esperarte aquí. Será mejor que vengas a reunirme con nosotros al cabo de Smygehuk, mañana a primera hora. Podrás pasar aquí la noche.

–¡Oh, no! ¡No te vayas madre Okka! –prorrumpió Nils saltando del muro. No sabía por qué pero tenía el presentimiento de que les sucedería algo y que ya no volverían a verse.

–Ya sabes cómo me entristece no haber recobrado mi estatura normal –prosiguió–; pero quiero que sepas que antes de volver a ser hombre, preferiría de nuevo ese viaje.

Okka aspiró el aire fuertemente antes de responder.

–Hay una cosa de la que he querido hablarte repetidas veces –comenzó diciendo–. No es preciso que te la diga en este momento, porque tú no vienes en busca de los tuyos para quedarte. Es lo siguiente: Si verdaderamente crees que has aprendido alguna cosa entre nosotros, ¿verdad que no opinarás que sólo los hombres deben vivir en la tierra? Piensa en el hermoso país que tienes. ¿No podrías conseguir que se nos reservara algunas rocas en la costa, algunos lagos que no sean navegables y algunas marismas, algunas montañas desiertas y algunas florestas apartadas, donde nosotros, pobres animales, podamos estar tranquilos? Toda mi vida me he visto perseguida. ¡Qué bueno sería saber que en alguna parte existe un refugio para un ser como yo!

–Ciertamente, yo estaría muy contento y satisfecho de poder prestar-

les mi ayuda –contestó el muchacho–; pero yo no podré decir nunca gran cosa a los hombres.

–Pero nosotros estamos hablando aquí como si no fuéramos a vernos ya más –interrumpió Okka–. Hasta la vista.

Y después de abrir sus alas volvió de nuevo, y acariciándole dulcemente con el pico, partió al fin.

Era ya mediodía y aún no había señales en la granja. Nils corrió al establo, creyendo que las vacas le informarían mejor que nadie de todo. El establo presentaba un triste aspecto: en vez de los tres hermosos animales, no había más que uno. Era Rosa de Mayo; Añorando a sus compañeras, permanecía con la cabeza doblada por la pena y sin probar el forraje.

–Buenos días, Rosa de Mayo –gritó Nils, corriendo hacia ella sin temor alguno.– ¿Como están el padre y la madre? ¿Cómo están los patos, y las gallinas y el gato? ¿Dónde están tus compañeras, Lis de Oro y Estrella?

Al reconocer la voz del muchacho la vaca se estremeció, después bajó la cabeza como dispuesta a embestirle; pero como la edad había hecho que sus movimientos fuesen más lentos, tuvo tiempo para fijarse en Nils Holgersson. El Nils Holgersson que partiera en la pasada primavera, tenía un aire torpe y lánguido y los ojos semidormidos; el que volvía se mostraba vivaracho y ágil y hablaba animadamente. Andaba tan erguido y con un paso tan firme, que inspiraba respeto a pesar de su pequeñez.

–¡Mu! –mugió Rosa de Mayo.– Me habían dicho que habías cambiado, pero no lo creí. Nils Holgersson, sé bienvenido a casa. Este es el primer momento de alegría que tengo desde tanto tiempo.

–Te agradezco mucho este recibimiento, Rosa de Mayo –contestó Nils con el corazón conmovido por tan buena acogida–. Dame noticias de mis padres.

–No han tenido más que penas desde que te marchaste. Lo peor ha sido lo ocurrido con el caballo, que les costó mucho dinero, sin que durante todo el verano haya podido hacer otra cosa que comer. Tu padre no quiere matarlo; pero nadie lo quiere comprar. Por su culpa ha tenido que vender tu padre mis dos compañeras, Estrella y Lis de Oro.

–¿Verdad que mi madre sufrió un gran disgusto al ver que el pato blanco se había escapado?

–Creo que no hubiera llegado a experimentar tanta pena de haber sabido cómo escapó el pato. Sólo se lamentaba de que su propio hijo, al marchar de su casa, se llevara el pato consigo.

–¡Ah! ¿Pero cree que lo he robado yo? –preguntó Nils.

–¿Pues qué quieres que crea? Han llorado tu ausencia con todo el dolor de perder al ser más querido del mundo.

Nils salió corriendo del establo. Lo primero que hizo fue entrar en la cuadra, pequeña, pero en perfecto estado de limpieza. Se veía en seguida que Holger Nilsson la había dispuesto de modo que complaciera al nuevo huésped que iba a albergar. Había en ella un hermoso caballo reluciente que reventaba literalmente de salud.

–Buenos días –dijo Nils saludando–. He oído decir que había un caballo enfermo por aquí. ¿Cómo es posible que seas tú, teniendo tan buen aspecto?

El caballo volvió la cabeza hacia el muchacho.

–¿Eres tú el hijo de la casa? –le preguntó–. He oído muchas cosas malas de ti; pero tienes un aspecto tan simpático que jamás te hubiera tomado por Nils de no saber que has sido transformado en duende.

–Sé que he dejado un mal recuerdo tras de mí –añadió Nils Holgersson–. Hasta mi propia madre cree que yo desaparecí de esta casa como un ladrón. No espero estar mucho tiempo aquí; pero antes de partir he querido saber qué es lo que tienes.

—¡Qué pena que no te quedes entre nosotros! —exclamó el caballo—. Tengo la seguridad de que llegaríamos a ser amigos. Yo sufro por una tontería, por una punta de un cuchillo u otro objeto puntiagudo que me ha penetrado en un pie.

Esta punta está muy bien disimulada y el mismo veterinario no ha podido descubrirla; pero me hace mucho daño y me impide marchar. Si tú pudieras advertir a Holger Nilsson de lo que me pasa, creo que podría curarme. Me da vergüenza permanecer ocioso.

—¡Cuánto me alegro de que no tengas una verdadera enfermedad! —respondió Nils—. Ya procuraremos curarte; permíteme que de momento haga algunas señales con mi cuchillo en tu pata.

Acababa de rascar la pata al caballo, cuando oyó voces en el corral. Erán sus padres que regresaban. Se veía que estaban agobiados por la pena. La madre tenía el rostro lleno de arrugas y los cabellos del padre habían encanecido.

—No, no; yo no pido ya dinero prestado —decía el padre, ante la puerta entreabierta de la cuadra—. Nada más terrible que contraer deudas. Será mejor vender la casa.

—Nada tendría que decir contra esto —respondió la madre—. Si no existiera nuestro hijo. ¿Qué haría él si volviera algún día y no nos encontrase aquí?

—Es triste, ciertamente —respondió el padre—, pero habrá que pedir a los que compren la granja que lo acojan con dulzura y que le digan que será siempre bien atendido y bienvenido a nuestra casa. Estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Por cierto. ¡Ah! ¡Si al menos anduviese por ahí, sabiendo yo que no pasa hambre ni frío por los caminos!

Nils no pudo oír nada más de esta conversación porque sus padres penetraron en seguida en la casa. Hubiera querido correr hacia ellos;

pero ¿no les hubiera causado mayor pena verle tal como era en la actualidad?

En eso llegó un carruaje que se detuvo ante la verja. Nils estuvo a punto de lanzar un grito de asombro al ver descender a Asa y su padre. Los recién llegados se dirigieron hacia la casa cogidos de la mano, graves y recogidos, con un inefable destello de felicidad en los ojos. Ya cerca de la puerta, Asa detuvo a su padre:

—Quedamos entendidos, padre, ¿verdad? Nada diremos que ese duende que tanto se parece a Nils, ni de los patos.

—Eso es —respondió Jon Assersson—. Sólo diré que su hijito te ha ayudado varias veces mientras tú me buscabas a través del país, y que hemos venido a preguntarles si podemos, en pago de tal favor, prestarle algún servicio, ya que he llegado a crearme una posición y a ser rico, gracias a la mina que he descubierto allá

Entraron en la casa y Nils hubiera dado mucho por oír la conversación; pero no se atrevió a entrar en el corral. Al salir Asa y su padre les acompañaban sus padres. Parecían como animados por una nueva vida

Cuando partieron los visitantes, los padres de Nils quedaron junto a la verja viendo como se alejaba el carruaje.

—Ya no quiero estar triste, Holger, después de haber oído tantas cosas buenas de Nils —exclamó la madre.

—No han dicho muchas cosas, en el último término —contestó el padre.

—¿No te basta con que hayan venido aquí expresamente para ofrecernos sus servicios como prueba de agradecimiento por los favores que les prestó Nils? Creo que hubieras podido aceptar su ofrecimiento.

—No, no he querido. Nosotros no aceptaremos dinero de nadie, prestado ni regalado. Quiero antes que nada desembarazarme de mis deudas; todavía no somos unos viejos decrepitos.

El padre rió al pronunciar estas palabras.

–Se diría que gozas ante la idea de deshacerte de esta tierra –dijo la madre con un tono de reproche.

–Pero ¿es que no comprendes por qué me estoy riendo? –, preguntó el padre–. Lo que me quitaba las fuerzas era el sentimiento que me causaba la creencia de haber perdido a mi hijo; más ahora que sé que mi hijo vive y promete ser un hombre honrado, ya verás que Holger Nilsson es capaz todavía de trabajar.

La madre entró en la casa y Nils debió ocultarse rápidamente, porque el padre se encaminó hacia la cuadra. Y al llegar al caballo, le levantó el pie enfermo para buscar una vez más dónde estaba el mal.

–¿Qué es esto? ¿Qué es lo que hay aquí? –gritó viendo algunas letras grabadas en la pata del animal.

“Retira el hierro de los pies”, leyó con estupor. Y se puso a examinar la pata con toda atención.

Creo que tiene clavado algo puntiagudo –murmuró.

Mientras el padre se ocupaba del caballo y Nils permanecía inmóvil en un rincón, llegó a la casa una nueva visita. El pato blanco no había podido resistir al deseo de mostrar su mujer y sus hijos a sus compañeros, invitando a Finduvet y a los seis patos.

Cuando llegaron a la casa de Holger Nilsson, no había nadie en el corral. El pato blanco descendió tranquilamente hasta donde estaba su familia y mostró a Finduvet los esplendores de que gozan los patos domésticos. Después de haber hecho los honores del corral, advirtió que la puerta del establo estaba entreabierta.

–¡Vengan y verán! –gritó–, dónde vivía yo en otro tiempo. Esto es muy distinto a tener que pasar las noches en las marismas y en las hornaguerras, como nosotros hacemos ahora.

El pato permanecía en el dintel del establo.

–Aquí no hay nadie –exclamó–. Ven Finduvet, y verás el sitio de los patos. No tengas miedo, no hay ningún peligro.

Finduvet y los seis patos entraron en el sitio indicado para contemplar el lujo en medio del cual había vivido el gran pato blanco, antes de reunirse con los patos silvestres.

–Vean cómo era. Allí estaba mi sitio y allá el cubillo siempre lleno de avena y la pila con agua. Esperen, creo que todavía debe quedar algo de comida.

El pato blanco fue al cubillo y se puso a comer. De Finduvet se iba apoderando una gran intranquilidad.

–Salgamos pronto –suplicó.

–Espera un poco; aún quedan unos granos –contestó el pato.

En ese mismo momento lanzó un grito y se precipitó hacia la salida. Era ya demasiado tarde. La puerta quedó cerrada, y el ama de La casa echó el pestillo. ¡Estaban atrapados!

El padre de Nils acababa de extraer un pedazo de hierro puntiagudo del pie de su caballo y acariciaba al animal con toda solicitud, cuando llegó la madre muy sofocada.

–¡Ven, ven y verás la hermosa presa que acabo de hacer! –gritó.

–Aguarda un momento y mira un poco aquí. He descubierto lo que motivaba el malestar del caballo.

–Creo que comienza otra vez la suerte para nosotros –dijo la madre.– Figúrate que el gran pato blanco que desapareció durante la última primavera, ha vuelto a casa con siete patos silvestres. Ha debido seguir a alguna bandada de ellos. Han ido directamente a su puesto y yo he conseguido encerrarles.

–¡Es extraño! –le dijo Holger Nilsson–. Lo que más me alegra es saber que ya no tenemos motivo para sospechar que Nils se llevara el pato al partir.

–En efecto. Pero creo que no debemos matarlos esta misma tarde. Dentro de algunos días se celebrará la fiesta de San Martín y será preciso que vayamos cuanto antes a la ciudad para venderlos.

–Sería muy desagradable matar al pato, ya que ha vuelto con tan buena compañía –objetó Holger Nilsson.

–Si los tiempos fueran menos duros, les dejaríamos vivir tranquilamente; pero como nosotros no continuaremos aquí, probablemente, ¿qué vamos a hacer de los patos?

–Es verdad

–Ven pues, ayúdame a llevarlos a la cocina –dijo la madre.

Y partieron. Algunos instantes después, Nils vio salir a su padre del establo llevando al pato blanco bajo un brazo y a Finduvet bajo el otro. El pato gritaba, como siempre que se encontraba en peligro:

–¡Socorro, socorro, Pulgarcito!

Pero Nils no corrió en su auxilio, convencido de que no debía abandonar la puerta de la cuadra, y no porque pensara ni un solo momento en que sería muy conveniente para él que se diera muerte al pato blanco –porque no se acordaba para nada de la condición impuesta por el dueño–; lo que le retenía en su puesto era la idea de que por salvar al pato blanco tenía que mostrarse a sus padres, y esto le repugnaba mucho.

–Siendo ya felices –se decía– ¿por qué yo he de proporcionarles esta pena?

Pero cuando la puerta se cerró tras el pato, Nils abandonó sus vacilaciones. Y atravesando el corral todo lo aprisa que pudo, entró en el vestíbulo. Se quitó los zuecos, según su vieja costumbre, y se aproximó a la puerta; pero se detuvo de nuevo.

–Es el pato blanco que está en peligro –se decía–, el que ha sido tu mejor amigo desde que abandonaste esta casa.

En este instante recordó bruscamente todos los peligros que él y el

pato habían corrido juntos sobre los lagos helados y la mar tempestuosa, y entre los feroces animales de presa. Su corazón se llenó de reconocimiento y de afecto, y dio unos golpes a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó el padre antes de abrir.

–¡Madre, madre, no hagas mal al pato! –gritó Nils, entrando como una tromba.

El pato y Finduvet, que reposaban sobre un banco con las patas atadas, lanzaron un grito de alegría al reconocer su voz. Pero la que lanzó el mayor grito de alegría fue la madre.

–¡Oh, Nils, Nils! ¡Qué grande y hermoso vuelves!

El muchacho se detuvo en el umbral, como dudando del recibimiento que le dispensaban sus padres.

–¡Loado sea Dios. que te trae a mi lado! –gritaba la madre– ¡Ven, ven!

–¡Te doy la bienvenida, hijo! –dijo el padre, sin poder proferir ni una palabra más.

Entonces comprendió Nils lo que le ocurría.

–¡Padre, madre, vuelvo a ser alto! ¡Vuelvo a ser hombre –gritó fuera de sí de contento.

EL ADIÓS DE NILS A LOS PATOS SILVESTRES

Miércoles 9 de noviembre

Al día siguiente se levantó Nils antes del alba y se dirigió hacia el sitio fijado por Okka. Estaba solo.

Antes de partir había entrado en el establo donde se hallaba el pato blanco, con el fin de despertarle; pero éste no dijo palabra y volvió a cerrar los ojos para dormirse de nuevo.

El día prometía ser muy hermoso como aquel domingo de primavera en que los patos silvestres llegaron hasta allí. El mar se extendía vasto e

–En efecto. Pero creo que no debemos matarlos esta misma tarde. Dentro de algunos días se celebrará la fiesta de San Martín y será preciso que vayamos cuanto antes a la ciudad para venderlos.

–Sería muy desagradable matar al pato, ya que ha vuelto con tan buena compañía –objetó Holger Nilsson.

–Si los tiempos fueran menos duros, les dejaríamos vivir tranquilamente; pero como nosotros no continuaremos aquí, probablemente, ¿qué vamos a hacer de los patos?

–Es verdad

–Ven pues, ayúdame a llevarlos a la cocina –dijo la madre.

Y partieron. Algunos instantes después, Nils vio salir a su padre del establo llevando al pato blanco bajo un brazo y a Finduvet bajo el otro. El pato gritaba, como siempre que se encontraba en peligro:

–¡Socorro, socorro, Pulgarcito!

Pero Nils no corrió en su auxilio, convencido de que no debía abandonar la puerta de la cuadra, y no porque pensara ni un solo momento en que sería muy conveniente para él que se diera muerte al pato blanco –porque no se acordaba para nada de la condición impuesta por el dueño–; lo que le retenía en su puesto era la idea de que por salvar al pato blanco tenía que mostrarse a sus padres, y esto le repugnaba mucho.

–Siendo ya felices –se decía– ¿por qué yo he de proporcionarles esta pena?

Pero cuando la puerta se cerró tras el pato, Nils abandonó sus vacilaciones. Y atravesando el corral todo lo aprisa que pudo, entró en el vestíbulo. Se quitó los zuecos, según su vieja costumbre, y se aproximó a la puerta; pero se detuvo de nuevo.

–Es el pato blanco que está en peligro –se decía–, el que ha sido tu mejor amigo desde que abandonaste esta casa.

En este instante recordó bruscamente todos los peligros que él y el

pato habían corrido juntos sobre los lagos helados y la mar tempestuosa, y entre los feroces animales de presa. Su corazón se llenó de reconocimiento y de afecto, y dio unos golpes a la puerta.

–¿Quién es? –preguntó el padre antes de abrir.

–¡Madre, madre, no hagas mal al pato! –gritó Nils, entrando como una tromba.

El pato y Finduvet, que reposaban sobre un banco con las patas atadas, lanzaron un grito de alegría al reconocer su voz. Pero la que lanzó el mayor grito de alegría fue la madre.

–¡Oh, Nils, Nils! ¡Qué grande y hermoso vuelves!

El muchacho se detuvo en el umbral, como dudando del recibimiento que le dispensaban sus padres.

–¡Loado sea Dios. que te trae a mi lado! –gritaba la madre– ¡Ven, ven!

–¡Te doy la bienvenida, hijo! –dijo el padre, sin poder proferir ni una palabra más.

Entonces comprendió Nils lo que le ocurría.

–¡Padre, madre, vuelvo a ser alto! ¡Vuelvo a ser hombre –gritó fuera de sí de contento.

EL ADIÓS DE NILS A LOS PATOS SILVESTRES

Miércoles 9 de noviembre

Al día siguiente se levantó Nils antes del alba y se dirigió hacia el sitio fijado por Okka. Estaba solo.

Antes de partir había entrado en el establo donde se hallaba el pato blanco, con el fin de despertarle; pero éste no dijo palabra y volvió a cerrar los ojos para dormirse de nuevo.

El día prometía ser muy hermoso como aquel domingo de primavera en que los patos silvestres llegaron hasta allí. El mar se extendía vasto e

inmóvil. El aire estaba en calma y Nils pensaba en el magnífico viaje que harían sus amigos.

Era un día de emigración. A cada instante se oían gritos de llamada para reunirse. Sonreía al pensar que nadie sabía como él lo que los pájaros se comunicaban unos a otros.

Pasaban bandadas de patos silvestres.

—Creo que los míos no partirán sin decirme adiós—pensó—. ¡Tengo tantos deseos de referirles cómo he vuelto a ser hombre!

Se aproximaba una bandada de patos; éstos volaban más rápidamente y gritaban más que las otras. Algo le decía que aquélla era la suya pero no la reconocía con la seguridad que lo hubiera hecho la víspera.

Los patos disminuyeron la rapidez de su vuelo y revolotearon por encima de la playa. Nils comprendió que eran sus compañeros de viaje. Pero ¿por qué no descendían hasta él?

Intentó lanzar un silbido, pero su lengua no obedeció a su deseo. No pudo articular la nota justa.

Oyó la voz de Okka que cruzaba los aires, mas sin comprender lo que decía.

—Es extraño. ¿Habrán cambiado de lenguaje los patos silvestres?—se interrogó.

—¡Aquí estoy! ¡Dónde estás tú?

Esto no produjo otro efecto que asustar a los patos, que elevando su vuelo se alejaron de la costa. Por último, comprendió lo que ocurría; los patos ignoraban que había vuelto a ser hombre. Y ya no pudieron reconocerle. Nils no pudo llamarles tampoco, porque los hombres no saben el lenguaje de los pájaros. En adelante no podría hablarles y comprenderles.

Aunque Nils se consideraba dichoso de haber escapado al encantamiento, encontraba doloroso separarse así de sus amigos, los patos. Y sen-

tándose sobre la arena, se cubrió el rostro con las manos. ¡Qué triste era verles partir!

De repente oyó una vibración de alas; la vieja madre Okka no había podido resignarse a abandonar a su amigo Pulgarcito, y se había vuelto atrás. Ahora que Nils permanecía inmóvil, se había decidido a aproximarse a él. Sin duda había comprendido de un modo instintivo y súbito que era aquél. Y descendió sobre el promontorio, cerca de Nils.

Éste lanzó un grito de alegría y la estrechó entre sus brazos. Los otros patos se aproximaron entonces y le acariciaron con el pico.

Bruscamente callaron los patos. Parecían haberse dado cuenta de golpe del cambio que se había operado en él, y exclamaron:

—¡Vuelve a ser hombre! ¡Ya no nos comprende ni nosotros le comprendemos tampoco!

Entonces se levantó Nils y fue hacia Okka. La abrazó y la llenó de caricias. Después fue hacia Yksi y Kaksi, Kolme y Nelja, Viisi y Kiisi, las viejas patas de la bandada, y las abrazó también. En seguida regresó con paso rápido hacia su casa. Sabía que la pena de los patos no dura mucho.

Cuando llegó a lo alto de la duna, se volvió para mirar los grupos de pájaros que se preparaban a atravesar el mar. Todos lanzaban al aire sus llamadas; de todas, sólo una bandada de patos silvestres voló en silencio mientras él pudo seguirla con los ojos.

Mas el triángulo que formaba era de un orden perfecto, los intervalos tales como correspondían, la velocidad del vuelo la indicada y el golpe de las alas vigoroso y rítmico. Nils sintió una sensación tan dolorosa, que casi hubiera preferido continuar siendo Pulgarcito, para poder viajar por encima de la tierra y del mar con una bandada de patos silvestres.

FIN